

El Evangelio según **MARCOS, 6^a parte**

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY**
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA
Tomo 23, N.º 8

MARCOS

**LA ENTRADA
TRIUNFAL Y LA
ENSEÑANZA DE
JESÚS EN JERUSALÉN**
(11.1—12.44)

**LA AUTORIDAD DE
JESÚS (11.1—33)**

**LA AUDACIA DE
JESÚS (12.1—44)**

Estudio del texto:
Martel Pace

**Enfoque de la
predicación y
la enseñanza
del texto:**
Eddie Cloer

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.



«De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento» (Marcos 12.43, 44).

De cara a la verdad

Durante la noche anterior, Jesús había sido glorificado en la transfiguración, conversando con Moisés y Elías, y cuando el Padre celestial anunció desde el cielo la gloriosa verdad sobre Él: «Este es mi Hijo amado...» (9.7).

Ahora, Jesús, Pedro, Jacobo y Juan venían bajando del monte para reunirse con los otros nueve apóstoles (9.9). Mientras caminaban, era el momento perfecto para que Jesús hablara con Su círculo íntimo y les ayudara a entender qué habían de hacer con esta información dinámica, enviada del cielo y que habían recibido. Habían sido expuestos a la más alta de todas las verdades. Habían visto a Jesús en Su estado glorificado. Habían visto a dos líderes antiguos que habían regresado del mundo de los espíritus y estaban hablando con el Hijo de Dios sobre «su partida, que iba [...] a cumplir en Jerusalén» (Lc 9.31). Habían escuchado a Dios mismo hablar y confirmar a Jesús como Su Hijo.

Obviamente, necesitaban la guía de Jesús con respecto a lo que habían visto y oído. Él respondería a sus preguntas y los ayudaría a procesar la asombrosa información que estaba dando vueltas en sus mentes. Sigamos Su conversación con ellos, observando lo que les dijo sobre recibir y manejar la verdad. Podemos verlo como una lección sobre qué hacer cuando enfrentamos la verdad.

1. Jesús les dijo a los apóstoles que *tenían que enfrentar el poder de la verdad*. Marcos dijo: «Y descendiendo ellos del monte, les mandó que a nadie dijiesen lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos» (9.9; énfasis agregado).

La revelación que presenciaron atestiguaba de

la verdad más notable que el mundo había visto u oído. Tenían que ser reverentes al respecto. No la entendían lo suficientemente bien como para conversarla con otros. Más adelante, verían su gran significado.

Por las anteriores razones, Jesús les encargó que guardaran la verdad de quién era Él en sus mentes hasta después de Su resurrección de entre los muertos. Lo que había sucedido en el monte había de formar parte vital de la evidencia de la deidad de Cristo. Dios deseaba que este evento fuera parte de los relatos del Evangelio, una parte del cuerpo de evidencia que confirmara que Jesús era quien dijo que era.

2. Jesús también les recordó a estos apóstoles que *tendrían que enfrentar las repercusiones de la verdad*. Habían visto a Elías frente a Jesús.

¿Qué Elías era este? Los apóstoles le preguntaron: «¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?» (9.11). Sabían lo suficiente acerca de la profecía como para preguntarse: «Si este es el Elías que había de venir, ¿cómo podemos decir que vino primero?». Jesús tenía que aclarar el tema de la venida de Elías. Tenía que señalar una de las implicaciones de Su conversación con Moisés y Elías, y dijo: «Elías a la verdad vendrá primero, y restaurará todas las cosas...» (9.12). Procedió a informarles que el Elías que había de venir era Juan el Bautista: «Pero os digo que Elías ya vino, y le hicieron todo lo que quisieron, como está escrito de él» (9.13; vea Mt 17.13).

La verdad siempre trae consigo consecuencias. En vista de que Dios es el único Dios verdadero,

(Continúa en la página 52)

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2019 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

La autoridad de Jesús

Cuando leemos los evangelios sinópticos, casi nos da la impresión de que Jesús pasó la mayor parte de Su tiempo en Galilea sin visitar Jerusalén. Sin embargo, Juan revela que asistió a las fiestas principales en Jerusalén (Jn 2.13; 5.1; 7.10). La pequeña ciudad de Betania estaba a una corta distancia de poco más de tres kilómetros de Jerusalén y se convirtió en la casa de Jesús cuando estaba en la región. Allí fue recibido por Sus amigos: María, Marta y Lázaro. No se quedó a pasar la noche en la ciudad de Jerusalén, tal vez porque muchos judíos allí deseaban darle muerte. Su estrecha amistad con María, Marta y Lázaro sugiere que podría haber visitado la casa de ellos varias veces para pasar la noche.

Jesús probablemente llegó a Betania un viernes y pasó el sábado con estos amigos. Con esta familia, disfrutó de la comunión en la casa de Simón el leproso.¹ Según Juan 12.2–8, María lo ungió con un unguento de gran precio (vea Mt 26.6–13; Mr 14.3–9). La entrada triunfal de Jesús ocurrió al día siguiente (Jn 12.12).² Por lo tanto, hemos comenzado un estudio de lo que se ha llamado «La Semana de la Pasión». Durante esta semana, Jesús llevó a cabo Su obra final entre los judíos, en preparación para la pasión de la cruz.

¹ Obviamente, Jesús había sanado previamente a este «leproso», ya que la ley prohibía entrar en la casa de un hombre leproso. Cuando Jesús se encontraba con un leproso, realizaba un milagro casi de inmediato (vea Mt 10.8; 11.5; Lc 7.22; 17.12–19).

² William Hendriksen, *Exposition of the Gospel According to Mark (Exposición del evangelio según Marcos)*, New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1975), 468. Hendriksen examinó las actividades de Jesús cada día, de domingo a martes.

LA ENTRADA TRIUNFAL A JERUSALÉN (11.1–11)³

¹Cuando se acercaban a Jerusalén, junto a Betfagé y a Betania, frente al monte de los Olivos, Jesús envió dos de sus discípulos, ²y les dijo: **Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego que entréis en ella, hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado; desatadlo y traedlo.** ³**Y si alguien os dijere: ¿Por qué hacéis eso? decid que el Señor lo necesita, y que luego lo devolverá.** ⁴**Fueron, y hallaron el pollino atado afuera a la puerta, en el recodo del camino, y lo desataron.** ⁵**Y unos de los que estaban allí les dijeron: ¿Qué hacéis desatando el pollino?** ⁶**Ellos entonces les dijeron como Jesús había mandado; y los dejaron.** ⁷**Y trajeron el pollino a Jesús, y echaron sobre él sus mantos, y se sentó sobre él.** ⁸**También muchos tendían sus mantos por el camino, y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían por el camino.** ⁹**Y los que iban delante y los que venían detrás daban voces, diciendo: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!** ¹⁰**Bendito el reino de nuestro padre David que viene! ¡Hosanna en las alturas!**

¹¹**Y entró Jesús en Jerusalén, y en el templo; y habiendo mirado alrededor todas las cosas, como ya anoecía, se fue a Betania con los doce.**

Versículos 1–3. Cuando se acercaban a Jerusalén, junto a Betfagé y a Betania, frente al monte de los Olivos, Jesús envió a dos discípulos a buscar un pollino, indicándoles: **Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego que entréis en ella, hallaréis un pollino atado, en el cual ningún**

³ Hay relatos paralelos en Mateo 21.1–11; Lucas 19.29–44; y Juan 12.12–19.

hombre ha montado; desatadlo y traedlo. Incluso les dijo qué decir cuando la gente les preguntara sobre llevarse el animal. Si alguien les preguntaba, habían de decir: ... **el Señor lo necesita.** Cuando los discípulos tomaran el pollino, la gente estaría segura de que no se lo estaban robando.

¿Por qué usó Jesús la palabra «Señor» (κύριος, *Kurios*) en Su explicación? Aquellos que voluntariamente renunciaron al pollino parecían saber que «el Señor» era una referencia a Jesucristo. Ciertamente, si creían que Jesús era «el Señor», confiaban en que el pollino sería devuelto. Es evidente que Jesús tenía muchos «siervos» en Judea que estaban listos para servirle. El relato paralelo en Lucas 19.34 podría interpretarse en el sentido de que el propietario había conocido previamente a Cristo. Independientemente de que así fuera o no, el Señor sabía que el hombre suministraría generosamente lo que se necesitaba.

La gente no encontraría nada vergonzoso en montar un pollino. De hecho, una bestia así era considerada una propiedad valiosa. Los pollinos, o asnos, fueron incluidos como parte de la riqueza de Job (Job 1.3; 42.12), se incluyeron en los espléndidos regalos que Faraón le dio a Abram (Gn 12.16), y estuvieron entre los regalos presentados por Jacob a Esaú (Gn 32.15). Se dice que los hijos y nietos de jueces adinerados en el Antiguo Testamento habían montado asnos (Jue 10.4; 12.14). Los reyes a veces montaron burros o mulas; en el camino a su propia coronación, Salomón montó sobre la mula de David (1° R 1.33).

La identidad de Jesús como el «Príncipe de la paz», profetizada en Isaías 9.6, fue descrita montando un burro, un símbolo de paz en lugar de guerra. Además, este pollino nunca había sido montado antes (11.2b). Un animal que había sido previamente montado o puesto en yugo para trabajar no era apto para un propósito sagrado (vea Nm 19.2; Dt 21.3; 1° S 6.7). Puede que este pollino sin domesticar de un asna haya sido algo salvaje, sin embargo, aceptó con calma al Amo del mundo como su jinete.

Versículos 4–6. La declaración de Jesús con respecto a la ubicación del pollino muestra Su conocimiento previo especial, como lo demostraron los videntes y profetas del Antiguo Testamento. Todo sucedió tal como lo había dicho. El intercambio en 11.5, 6 sugiere que el dueño o sus siervos gustosamente dejaron que los discípulos de Jesús tomaran prestado el animal.

Conseguir el pollino fue parte de la preparación

para la entrada triunfal⁴ y anunciar a toda Jerusalén que Jesús era el Mesías. ¡Fue Su acto más audaz! No estaba buscando la aclamación pública ni estaba anunciando una realeza terrenal. Jesús sabía que este acto precipitaría el odio que los líderes judíos tenían por Él y obligaría a estos enemigos a actuar rápidamente para enviarle a la cruz.

Versículo 7. Los discípulos se quitaron sus vestimentas exteriores y las pusieron sobre el pollino para servir como una silla suave para el Señor. Ellos «subieron a Jesús encima» del pollino (Lc 19.35) y Él avanzó hacia la ciudad.

Versículo 8. Mientras cabalgaba, **muchos tendían sus mantos [...] y [...] ramas** por el camino delante de Él (vea Mt 21.8; Lc 19.36; Jn 12.13). Tuvieron que haber creído que era el momento para Su coronación como Rey de los judíos. Combinadas, las expresiones que las personas usaron durante esta entrada pública indudablemente decían: «¡Jesús es nuestro Mesías!».

Esta entrada a Jerusalén se registra en los cuatro relatos del Evangelio (vea Mt 21.1–11; Lc 19.28–44; Jn 12.12–19). Tuvo que haber causado una impresión duradera en los apóstoles y podría haber sido uno de sus días más emocionantes con Jesús. Como confirma Mateo 21.4, 5, lo anterior obviamente cumplió la profecía mesiánica de Zacarías 9.9 que dice:

Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna.

Versículos 9, 10. La multitud clamaba:

¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene! ¡Hosanna en las alturas!

Las multitudes elogiaron a Jesús como el «Hijo de David» (Mt 21.9; vea Sal 89.3, 4). Lo estaban recibiendo como el Mesías, Rey y Conquistador. Sus clamores sugerían que estaba a punto de ser coronado. La mayoría de los judíos consideraban a Herodes, como idumeo que era, un usurpador y no un verdadero rey. Jesús explicó que tenía que partir (vea Jn 16.7) para conseguir Su reino, mientras que Herodes recibía su poder de Roma (vea Lc 19.11, 12). De hecho, la coronación de Jesús estaba cerca, sin embargo, no en la forma en que anticipaban

⁴Este evento es conmemorado por muchos grupos religiosos como «Domingo de Ramos».

estos discípulos.

«Hosanna» quiere decir «salva, yo oro»⁵ en hebreo, y constituía tanto una alabanza como una súplica para que Dios salvara a Su pueblo.⁶ En la forma aramea, las palabras quieren decir «Salva ahora, te ruego, Oh Señor» (vea Sal 118.25). Este saludo era dado por peregrinos mientras viajaban a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. «Aquel que viene» era lo mismo que «el que viene», una expresión judía común para el Mesías. «Bienaventurado el que viene en el nombre del Señor» es una alusión a Salmos 118.26. «Bendito el reino de nuestro padre David que viene» sugiere que muchos esperaban que el reino llegara de una vez. Dios le había prometido a David: «Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente» (2° S 7.16; vea Sal 132.11; Ez 37.24).

Jesús había dicho que Su reino vendría con poder, sin embargo, este no era el momento. Su poder vendría con el derramamiento del Espíritu Santo y el establecimiento de la iglesia (vea Mr 9.1; Hch 1.6–8; Hch 2). Por lo tanto, el reino vino después de Su resurrección y se dice que está en existencia más adelante en el Nuevo Testamento (Col 1.13; He 12.28).

Algunos de los galileos en la multitud habían intentado antes hacer a Jesús rey por la fuerza (Jn 6.15). Puede que era la intención en sus mentes en esta ocasión también. Es triste que el pueblo judío no haya tenido en cuenta las profecías mesiánicas de Salmos 22, 118 e Isaías 53, para reconocer que Él había venido a «[salvar] a su pueblo de sus pecados» (Mt 1.21) y no para liberarlos de los romanos.

Evidentemente, la multitud era el grupo que le seguía desde Galilea y las regiones cercanas que habían oído o visto la sanidad del ciego Bartimeo (10.46–52). El informe de la reciente resurrección de Lázaro había impresionado a muchos de ellos y les había hecho salir (Jn 12.17–19). Su entusiasmo por Jesús era extremadamente alto. Lo honraron con sus palabras de alabanza y colocando sus prendas por el camino, como correspondía a un gran rey.⁷

Ciertamente estos adoradores no eran los que cinco días después gritarían: «¡Crucifícale!» (15.13,

⁵ Joseph Henry Thayer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament (Diccionario griego-inglés del Nuevo Testamento)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1962), 682. Esta definición incluye la idea de pedirle a alguien que «sea propicio», es decir, «sea bueno con nosotros», con la implicación de que esta «bondad» incluiría salvación.

⁶ Hendriksen, 437.

⁷ Esta era la forma habitual en que se trataba a un rey. En el Antiguo Testamento, el pueblo extendió sus prendas ante Jehú en 2° Reyes 9.13.

14). A menudo se dice que eran las mismas personas; sin embargo, fueron los judíos de Jerusalén a quienes los principales sacerdotes incitaron, mientras que muchos de ellos eran personas de Galilea que habían seguido a Jesús desde allí y habían presenciado milagros en el camino. Si estas mismas personas más adelante pidieron que crucificaran a Jesús, entonces tuvieron que haberse desanimado y desilusionado por la apariencia humillada de Jesús antes de Su crucifixión.

Existía una brecha entre los discípulos de Galilea y los serviles de Jerusalén que estaban sujetos al sumo sacerdote, los principales sacerdotes y los funcionarios del Sanedrín. Es posible que seres humanos inconsistentes cambien de opinión rápidamente cuando a la multitud se le esté persuadiendo a actuar de manera diferente. Algunos podrían haber pensado: «Quizás nuestros líderes se hayan dado cuenta de algo que no sabemos».

Los fariseos podían controlar a los judíos de Jerusalén, sin embargo, muy probablemente no a los de Galilea. Esta adoración causó consternación entre los fariseos, sin embargo, Lucas 19.39, 40 nos informa que Jesús no le pediría al pueblo que dejara de dar voces: «Entonces algunos de los fariseos de entre la multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. Él, respondiendo, les dijo: Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían». Las profecías de Dios siempre se cumplen.

Versículo 11. Y entró Jesús en Jerusalén; y de acuerdo con Lucas 19.41, «cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella». En pocos días, pronunció estas tiernas palabras después de denunciar a los escribas y fariseos: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!» (Mt 23.37).

Después de la gozosa entrada a Jerusalén, se produce un cambio brusco en el tono cuando Jesús **[hubo] mirado alrededor todas las cosas** en el templo. Solo Marcos dice que Jesús hizo esta inspección preliminar antes de purificar el templo al día siguiente (11.15–18; vea Mt 21.12, 13; Lc 19.45). Tuvo que haber estado planeando Su próximo movimiento agresivo para obligar a los líderes judíos a tomar medidas contra Él.

La palabra para **templo**, ἱερόν (*hieron*), quiere decir «toda la periferia del recinto sagrado», esto es, toda la zona del templo, con todos sus edificios y pórticos. La palabra ναός (*naos*) en Marcos 14.58 y 15.29, 38, se refiere solo al «edificio sagrado (o santuario) propiamente dicho», y no a todos los

terrenos y edificios que le rodean.⁸ Después de examinar el complejo del templo, Jesús regresó a Betania, probablemente al hogar de María, Marta y Lázaro.⁹

LA MALDICIÓN DE LA HIGUERA ESTÉRIL (11.12–14)¹⁰

¹²Al día siguiente, cuando salieron de Betania, tuvo hambre. ¹³Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si tal vez hallaba en ella algo; pero cuando llegó a ella, nada halló sino hojas, pues no era tiempo de higos. ¹⁴Entonces Jesús dijo a la higuera: Nunca coma nadie fruto de ti. Y lo oyeron sus discípulos.

Versículos 12–14. Después de una noche en Betania, cuando Jesús regresaba a Jerusalén con Sus discípulos, **tuvo hambre**. Jesús vio **una higuera que tenía hojas, fue a ver si tal vez hallaba en ella algo**, sin embargo, no tenía higos porque **no era tiempo de higo**. Maldijo el árbol para que nunca volviera a producir higos.

El anterior no constituía un acto ocioso; más bien, era uno con profundo significado y simbolismo. Sirvió como una parábola actuada. En vista de que «no era tiempo de higos», el árbol tenía aspecto fructífero, pero era estéril.¹¹ Quizás «es justo decir que [...] el Señor estaba buscando los pequeños higos maduros y tempranos, que maduran con las hojas, antes de la cosecha principal».¹² Más importante es la lección simbólica: Jesús vendría a Su templo, lo encontraría infructuoso en producir justicia y anunciaría su destrucción (11.15–19; vea Mt 24.1–34; Mr 13.1–30). El hecho quedaría totalmente recalado más adelante en Sus discípulos. (Vea comentarios sobre 11.21.)

⁸ Thayer, 299, 422.

⁹ El hecho de que los doce se quedaran en una sola casa podría haber sido un inconveniente para María, Marta y Lázaro; compañeros discípulos podrían haber acogido con gusto a algunos de los apóstoles. Seguramente, Simón el leproso también puso a disposición su casa en Betania (Mt 26.6). Parece que Jesús pasó solo la noche antes de Su crucifixión en Getsemaní en el Monte de los Olivos (Mr 14.26).

¹⁰ Hay un relato paralelo en Mateo 21.18, 19.

¹¹ La explicación de Warren W. Wiersbe en cuanto a que el fruto debió haber quedado de una producción anterior parece débil. (Warren W. Wiersbe, *The Wiersbe Bible Commentary: New Testament [Comentario de la Biblia Wiersbe: El Nuevo Testamento]* [Colorado Springs, Colo.: David C. Cook, 2007], 121.)

¹² R. A. Cole, *The Gospel According to St. Mark: An Introduction and Commentary (El Evangelio según San Marcos: Una Introducción y Comentario)*, The Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1973), 177.

A Israel mismo se le representó a menudo en el Antiguo Testamento como un árbol frutal (vea Jer 8.13; 29.17; Os 9.10, 16; Miq 7.1). Algunas higueras palestinas producen higos y luego hojas; por lo tanto, Jesús podría haber estado utilizando la higuera como una imagen de Israel con los adornos del fervor religioso, pero sin ningún fruto real. A Israel se le representaba adecuadamente con este árbol y su maldición. R. A. Cole dijo: «Como es el árbol, es el templo y la nación; el paralelo es exacto».¹³

El pueblo no reconoció el tiempo de gracia que se le estaba proporcionando (Lc 19.44). Lo que les sucedería a los incrédulos en la ciudad sería como lo que Jesús le hizo a esta higuera. La ciudad, tal como la conocía y amaba el pueblo de Dios, sería maldecida y se convertiría en nada, aunque los judíos anhelan su antigua gloria hasta el día de hoy. No es, ni puede volver a ser, la ciudad santa de Dios; porque Él la abandonó y dejó pasar dos mil años sin un templo para Su adoración en el monte santo de Sión. Lo que alegan algunos hoy en cuanto a que el templo será reconstruido y los sacrificios se restaurarán durante un milenio terrenal es un grave malentendido de la naturaleza de la obra de Jesús y la oportunidad de salvación de esa generación. El engaño deriva de la doctrina del premilenialismo; y se tiene que rechazar, porque no hay evidencia bíblica para ello. Si bien Jesús no pronunció ninguna maldición sobre los judíos aquí, una maldición parece estar implícita en sus palabras a la higuera: **Nunca jamás coma nadie fruto de ti (11.14a)**.

LA PURIFICACIÓN DEL TEMPLO (11.15–19)¹⁴

¹⁵Vinieron, pues, a Jerusalén; y entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; ¹⁶y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno. ¹⁷Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. ¹⁸Y lo oyeron los escribas y los principales sacerdotes, y buscaban cómo matarle; porque le tenían miedo, por cuanto todo el pueblo estaba admirado de su doctrina. ¹⁹Pero al llegar la noche, Jesús salió de la ciudad.

¹³ *Ibíd.*, 177.

¹⁴ Hay relatos paralelos en Mateo 21.12–17 y Lucas 19.45–48. La purificación anterior se registra en Juan 2.13–22.

La entrada de Jesús, con toda su adulación, había puesto celos a los fariseos; sin embargo, Su posterior expulsión del templo de todos los cambistas con fines de lucro los enfureció. Jesús provocó de manera intencional una manifestación de los líderes contra Él. Sabía que el acto los obligaría a llevar a cabo el plan de ellos para darle muerte de inmediato. Era probablemente Su propósito, en vista de que ya lo había hecho una vez. Sin embargo, tendrían que llevar a cabo el complot de manera sigilosa durante la noche, mientras la masa de Sus seguidores dormía.

Todo lo anterior era conocido y calculado por el Señor para que crucificaran al Cordero de Dios durante la Pascua en lugar de demorarlo, como lo habían planeado. Decidieron no actuar «durante la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo» (Mt 26.5). Con purificar el templo, los desafió a hacer rápidamente lo que habían planeado demorar.

Versículo 15. Después de llegar a **Jerusalén**, Jesús entró **en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas**. Los compradores y vendedores fueron expulsados del atrio exterior, donde incluso podían venir a orar los gentiles. El complejo del templo era muy grande, habiendo sido ampliado por Herodes a treinta y cinco acres.¹⁵ Jesús lo había purificado tres años antes, llamándolo «casa de mercado» (Jn 2.16). Muchos han afirmado que solo hubo un episodio de purificación, sin embargo, la evidencia está en contra de esa posibilidad. Los relatos sobre el hecho de que Jesús obligó a las personas a salir del templo en los otros Evangelios sinópticos son similares a Marcos y tienen que ser referencias a la misma ocasión posterior.

Leon Morris escribió acerca de si Juan dependió o no de Marcos para su información:

La diferencia más obvia entre los Sinópticos y Juan es el hecho de que ubican el evento en los extremos opuestos del ministerio de Jesús.

Sólo hay cinco palabras en común entre los relatos [...].

El relato de Juan tiene cinco características distintivas: las ovejas y los bueyes; el látigo; la palabra [...] para los cambistas; el «esparcimiento» del dinero; y el mandamiento [«Quitad de aquí esto»].

¹⁵ E. P. Sanders, *Judaism: Practice and Belief (Judaísmo: Práctica y creencia)* 63B CE–66 CE (Minneapolis: Fortress Press, 2016), 86.

Solo el relato sinóptico [de Marcos] tiene una referencia a Jesús prohibiendo llevar utensilios atravesando el templo (Mr 11.16).

En los relatos sinópticos, Jesús citó de Isaías 56.7 y Jeremías 7.11 para explicar Sus actos, sin embargo, Jesús no cita en Juan ningún texto bíblico. En cambio, los discípulos recordaron Salmos 69.9.

En los relatos sinópticos, Jesús estaba objetando una conducta deshonesto, sin embargo, en Juan, objetaba la provisión de animales y el cambio de dinero como tal.¹⁶

Al comparar los relatos en Marcos y Juan, Allan Chapple notó el uso de diferentes palabras griegas para «volcó las mesas», la inclusión que hace Marcos de «compraban» y «vendían», la cita que hace Juan de la referencia de Jesús a «la casa de mi Padre», y la discrepancia en el informe de las reacciones de las personas a este evento. Mientras que Marcos 11.15 dice que Jesús volcó las mesas de los que vendían palomas, Juan 2.16 solo tiene a Jesús hablándoles a los vendedores.¹⁷ Los hechos indican que hubo dos ocasiones en que Jesús expulsó a los mercaderes del templo.

Versículo 16. Después de volcar las mesas, Jesús **no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno**. J. W. McGarvey dio una breve explicación de la circunstancia:

El espacio del templo, por ser nivelado y espacioso, tentaba al pueblo de Jerusalén a usarlo como una vía o atajo de un sector de la ciudad a otro, sin embargo, Jesús no les permitió llevar ningún saco, bolsa, jarra, cubo, cesta, paquete ni cosa similar a través del recinto sagrado.¹⁸

La *Mishná* incluso prohibió tomar un «atajo» a través del templo.¹⁹

¹⁶ Adaptación hecha de Leon Morris, *Studies in the Fourth Gospel (Estudios en el Cuarto Evangelio)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1969), 26–27. (Vea Jn 2.14–16.)

¹⁷ Veá Allan Chapple, “Jesus’ Intervention in the Temple: Once or Twice” («La intervención de Jesús en el templo: Una o dos veces»), *Journal of the Evangelical Society (Publicación de la sociedad evangélica)* 58 (20 de septiembre del 2015): 545–69.

¹⁸ J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio en cuatro partes o Armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 582.

¹⁹ *Mishná Berakoth* 9.5. El *Talmud* está formado por la *Mishná* y la *Gemara*. La *Mishná* consiste en la tradicional «ley oral de los judíos que existía a fines del siglo II d.C.», y la *Gemara* contiene «los comentarios de los rabinos del 200 al 500 d.C. sobre la *Mishná*» (C. L. Feinberg, “Talmud and Midrash” [«Talmud y Midrash»], en J. D. Douglas, ed., *The New Bible Dictionary [Nuevo Diccionario de la Biblia]* [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1962], 1237).

Versículos 17, 18. Jesús les recordó a las personas que el templo había de ser una **casa de oración para todas las naciones**, no una **cueva de ladrones**, cuando citó de Isaías 56.7 y Jeremías 7.11. Puesto que el sumo sacerdote había autorizado toda la actividad de compra y venta en el área del templo, Jesús estaba revelando que él también estaba involucrado.²⁰ Si los sacerdotes no aprobaban los animales de sacrificio que había traído una persona, el adorador tenía que comprarlos a los precios elevados en el templo. ¡Jesús despreció esta práctica! Además, las autoridades del templo no aceptarían las monedas griegas ni romanas para pagar el «impuesto del templo» de medio shekel que se le exigía cada año a cada judío varón. Tenía que ser la moneda «más fina» de la acuñación «tiria» (hecha en la cercana Tiro).²¹ Podían sostener que nada era demasiado bueno para el templo de Dios. Los vendedores en el templo pagaban un alto precio por el espacio de sus mesas y tenían la intención de obtener ganancias.²²

Estos mercaderes se estaban aprovechando injustamente incluso de los pobres que venían de lejos para adorar, porque 11.15 menciona a vendedores de palomas, que podrían ser sacrificadas por los pobres (vea Lc 2.24). Por lo tanto, mientras Jesús purificaba el templo, también estaba mostrando preocupación por los pobres. No se opuso a que se comprara un animal de sacrificio ni pagar el impuesto del templo, sin embargo, engañar al pueblo de Dios en los terrenos del templo cobrándole el doble era inaceptable. El atrio de los gentiles era el único lugar donde quienes no eran judíos podían adorar al verdadero Dios; los judíos debían haber estado evangelizando a los gentiles que llegaban.²³ Los fariseos «[recorrían] mar y tierra para hacer un prosélito» (Mt 23.15), sin embargo, en casa estaban

²⁰ No todos los sacerdotes eran deshonestos, por supuesto. Por ejemplo, el *Talmud* informa que cuando Rabban Simeon ben Gamaliel (hijo de Gamaliel en Hechos 5.34; 22.3) supo que se estaba cobrando una moneda de oro por una paloma, él insistió en que el precio se redujera ese mismo día a una moneda de plata. (*Mishná Kerithoth* 1.7.)

²¹ Stephen S. Short, "Mark" («Marcos»), en *The International Bible Commentary (Comentario de la Biblia Internacional)*, nueva ed., ed. F. F. Bruce (Carmel, N.Y.: Guideposts, 1986), 1172. William Barclay insistió en que incluso la acuñación «tiria» no era válida y que el pago tenía que ser en shekels del santuario. (William Barclay, *The Gospel of Mark [El Evangelio de Marcos]*, 2ª ed., The Daily Study Bible [Philadelphia: Westminster Press, 1956], 284.)

²² Hendriksen, 452.

²³ Después de este atrio, estaba «el Atrio de las Mujeres», más allá del que las mujeres no podían ir a menos que hubieran venido a sacrificar. A continuación estaba «el Atrio de los israelitas», donde se llevaban a cabo muchas reuniones grandes. Finalmente, estaba «El Atrio de los Sacerdotes». Luego venía el *naos*, «el Templo propiamente dicho» (Barclay, 284).

demasiado ocupados ganando dinero.

En los relatos del Evangelio se refleja la actitud de Jesús para con el templo: A los doce años, la consideró la casa de su Padre (Lc 2.46, 49). A los treinta años, enseñó que no era un lugar para realizar comercio (Jn 2.14–16). Ahora se refirió al mismo como «casa de oración para todas las naciones» (vea Is 56.7). Se lamentó de que los gobernantes judíos lo habían convertido en «cueva de ladrones» (vea Jer 7.11; Mt 21.13; Lc 19.46). G. Campbell Morgan señaló que una «cueva» es donde los ladrones van a esconderse, a repartirse su botín y evitar la detección de sus crímenes. Cerca del final de Su ministerio, cuando Jesús dijo: «He aquí vuestra casa os es dejada desierta» (Mt 23.38), quizás estaba insinuando que ya no era la casa de Dios. Usar el templo de Dios como una mampara para su codicia era lo opuesto al plan de Dios para cubrir el pecado.

Jesús regularmente iba al templo a enseñarle al pueblo cuando estaba en Jerusalén (Jn 18.20). El templo tenía un propósito sagrado para Él. Era la casa de Su Padre, y tenía todo el derecho de un Hijo de expulsar a los que abusaban de ella. Por supuesto, un edificio no tiene santidad; era la presencia de Dios que hacía santo el templo. La casa de Dios hoy es Su pueblo, la iglesia (vea Ef 2.19–22).

Naturalmente, los principales sacerdotes estaban muy molestos por lo que hizo Jesús, ya que el comercio en el templo constituía la fuente principal de la riqueza de los gobernantes judíos y los principales sacerdotes. Después de la primera «expulsión de los cambistas» y de los comerciantes de ganado, no vemos mucha evidencia de que los judíos planearan deshacerse de Cristo. Según Juan, solo querían ver una «señal» de Su autoridad para lo que acababa de hacer (Jn 2.18). Sin embargo, después de este segundo incidente, **los principales sacerdotes [...] buscaban cómo matarle** (11.18a).

Ver la ira del amoroso rabino que se tomó el tiempo para bendecir a los niños constituía una nueva experiencia para los espectadores. La explicación de este enojo se da en Juan 2.17, que dice: «El celo de tu casa me consume» (vea Sal 69.9). Esta demostración de justa ira podría haber causado cierta semejanza con Elías en Jesús (Mr 6.15). La enseñanza y la práctica de Jesús inculcaron temor en los líderes judíos y en el pueblo **admirado** (11.18b, c). Estaban asombrados de que alguien se enfrentara a los sacerdotes. Cuando llegó la hora de la purificación, temían más a Jesús y, por esa razón, se llevaron una turba con ellos para arrestarlo en Getsemaní. Jesús nunca desobedeció a las autoridades legítimas. En Su juicio ante el Sanedrín, incluso confesaría la acusación de alegar ser «el

Hijo de Dios» cuando fue puesto bajo juramento (Mt 26.63, 64). Temían a Jesús, sin embargo, no se someterían a Él.²⁴

Versículo 19. Jesús sabía que los principales sacerdotes y los escribas ahora estaban tramando Su muerte. Pronto lograrían ese propósito, sin embargo, no podrían salvar el templo de ellos dándole muerte. Como Jesús ya no podía pasar las noches a salvo en Jerusalén, regresó a Betania al final de cada día, hasta la última noche.

LA HIGUERA SECA Y LOS RESULTADOS DE LA FE (11.20–23)²⁵

²⁰Y pasando por la mañana, vieron que la higuera se había secado desde las raíces. ²¹Entonces Pedro, acordándose, le dijo: Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado. ²²Respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe en Dios. ²³Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho.

Versículo 20. La higuera seca maldita por Jesús evidentemente había muerto la noche anterior, sin embargo, Jesús y Sus discípulos habían rodeado el monte para pasar la noche en Betania. A la mañana siguiente, vieron el árbol, **que [...] se había secado desde las raíces.** Nos enteramos únicamente por medio de Marcos que era martes de la última semana antes de la crucifixión de Jesús. El registro que hace Marcos de ese día se registra en 11.20—13.37.²⁶

Versículo 21. Mientras viajaban de regreso a Jerusalén, Pedro dijo: **Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado.** A menudo, a Jesús se le dirigía como Maestro o «Rabino» o incluso «Raboni».²⁷ Estos términos arameos o semíticos de trato son equivalentes a «mi Maestro» y provienen de la palabra *rabh*, que quiere decir «grande», «señor» o «maestro». «Rabí» básicamente quiere decir «mi maestro», aunque «toda la fuerza de este “mi” no siempre se retenía».²⁸

Solo Marcos dice que fue Pedro quien vio por primera vez que el árbol estaba seco. Su muerte

²⁴ Donald English, *The Message of Mark: The Mystery of Faith (El Mensaje de Marcos: El Misterio de la Fe)*, The Bible Speaks Today (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1992), 190.

²⁵ Hay un relato paralelo en Mateo 21.20–22.

²⁶ Hay un relato paralelo en Mateo 21.1—25.46; Lucas 20.1—21.36; Juan 12.20–50.

²⁷ Vea Mt 26.25, 49; Mr 10.51; 14.45; Jn 1.50; 4.31; 6.25; 9.2; 11.8.

²⁸ Hendriksen, 457, n. 549.

sucedió tan repentinamente que los apóstoles se asombraron. Los árboles moribundos se marchitan desde las ramas hasta el tronco, sin embargo, no tan rápido.

Jesús normalmente bendecía, sin embargo, en este caso maldijo, o más bien declaró el hecho de lo que sucedería. ¿Por qué maldijo el árbol? Porque no daría fruto. Un tipo de higuera primero tiene «protuberancias comestibles llamadas *taksh* que caen antes de que se formen los verdaderos higos, que maduran en junio. La ausencia de *taksh* indica que el árbol en cuestión no produciría higos».²⁹ Se han ofrecido varias otras razones, sin embargo, la presente constituía una lección de gran alcance.

Versículos 22, 23. Jesús exhortó a Pedro y a los demás apóstoles, diciéndoles: **Tened fe en Dios**, sentando con ello las bases para la clase de oración de la que habló a continuación, la clase que puede mover un monte. Jesús continuó diciendo: **Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho.** Solo alguien con un don divino de fe³⁰ podría hacer que se cumpla una maldición expresada. Tal fe no es otorgada a los cristianos hoy. A pesar de lo que profesan algunos grupos religiosos, Dios no nos guía por medio de nuestros «sentimientos». Nuestra fe es una «fe natural» (una fe no milagrosa) que se cultiva mediante el estudio de las palabras de Cristo, las Escrituras. Jesús dijo: «Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí» (Jn 6.45), lo cual está totalmente de acuerdo con la afirmación de Pablo en Romanos 10.17 en cuanto a que «la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios».

Hoy nadie recibe fe como un don espiritual; la fe que viene de oír la palabra no es una fe milagrosa. A Pedro se le concedió fe para caminar sobre el agua, lo cual fue un milagro; Jesús dijo: «Ven», y esa sola palabra proporcionó el poder milagroso de fe a Pedro. Sin embargo, por concentrarse en el viento y las olas, Pedro perdió el don y comenzó a hundirse (Mt 14.28–30). Los Setenta fueron dotados de poder para echar fuera demonios (Lc 10.17), sin embargo, probablemente perdieron la habilidad por falta de uso o por falta de oración, como les pasó a los apóstoles, lo que provocó la reprensión de Jesús en Marcos 9.19a, b, que dice: «¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros?

²⁹ Short, 1172.

³⁰ El don milagroso de la fe se menciona en 1ª Corintios 12.9.

¿Hasta cuándo os he de soportar?».

No es de extrañar que Pablo le haya dicho a Timoteo que «[avivara] el fuego del don de Dios» que estaba en él (2ª Ti 1.6). Algunos en el Nuevo Testamento recibieron una fe milagrosa temporal (vea Mt 14.28–30; Lc 10.17), aunque no tenemos un ejemplo literal de «fe [...] que trasladase montes» (1ª Co 13.2).

La forma como se expresa en Marcos 11.23 también aparece en Mateo 17.20, y una idea similar se encuentra en Lucas 17.6. Si bien no podemos estar seguros de que Jesús estaba hablando en sentido figurado, la idea de mover montes se usaba como una expresión judía común para referirse a superar las dificultades.³¹

Mover literalmente un monte no habría servido para ningún propósito práctico, sin embargo, los apóstoles harían obras mayores para inculcar fe en otros. Jesús les dijo a estos hombres:

De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré (Jn 14.12–14).

Las promesas de Jesús en Juan 14—16 eran para los apóstoles, no para nosotros. Algunos de los dones y habilidades que recibieron no son otorgados a los cristianos hoy. Incluso los apóstoles solo podían hacer tales obras «en su nombre» o por la autoridad de Jesús.

Por medio de la fe, los apóstoles «[trastornarían] el mundo» (Hch 17.6), de forma figurada, volviéndolo «al revés» (NKJV; NRSV) con su predicación. El prejuicio del judaísmo podría incluso superarse en algunos casos. Las puertas de la oportunidad a menudo se abren para la predicación del evangelio donde no creemos que pueda suceder. Las personas en la sala de juicio de César escucharían el evangelio, y pronto habrían «santos» en su casa (vea Fil 4.22). ¿Se está moviendo ese monte? A nosotros nos habría parecido así si hubiéramos vivido en esos días. La resurrección de los muertos podría parecer equivalente y más práctico que mover un monte. ¡Nadie en nuestros días puede resucitar a los muertos! La muerte es un «monte» que Cristo eliminará solo al final de los tiempos.

Si bien los cristianos hoy no pueden hacer milagros, se nos ha otorgado el don de la oración. Cuando pedimos de acuerdo con la voluntad de

Dios, Este nos escuchará (Stg 1.5–8). La forma milagrosa de recibir sabiduría por medio de la revelación ya no está disponible para nosotros, sin embargo, Dios nos ha dado Su Palabra. Podemos recibir providencialmente un «don» de parte de Él mientras estudiamos y nos sometemos a Su Palabra.

CONDICIONES PARA LA ORACION

(11.24–26)

24Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá. 25Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas. 26Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas.

Versículo 24. Primero, Jesús dijo que debemos [pedir] orando y [creer] que [...] [recibiremos] las cosas por las cuales estamos orando. A pesar del amplio alcance de la presente declaración, no debemos esperar obtener lo que para nosotros es ilícito o inoportuno tener. Santiago 4.2, 3 da excepciones a la promesa de Dios de responder a las oraciones:

Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites.

Es posible que oremos por algo y que Dios nos dé algo mejor. Cuando Pablo oró tres veces fervientemente para que Dios le quitara su «aguijón en [la] carne», la respuesta de Dios fue, en efecto, «¡No, Pablo, tengo algo mejor planeado para ti!» (vea 2ª Co 12.7–9). Pablo aceptó la alternativa con gracia, aunque le haya causado mucho dolor y vergüenza. Nuestra voluntad no debe oponerse a la voluntad de Dios. Jesús oró, «pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22.42). No podemos esperar que Dios realice un milagro en respuesta a nuestras oraciones. Con la finalización del Nuevo Testamento, la necesidad de milagros ya no existe. Hemos de usar las Escrituras, no los milagros, para guiar a otros a la fe en Cristo.

El versículo 24 describe a alguien tan seguro de la respuesta a su oración que, en lo que a él respecta, ya sucedió. Él que «creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho» (11.23). Es el tipo de fe que Jesús acababa de describir con la capacidad de mover un monte.

³¹ Barclay, 287.

Versículo 25. Segundo, Jesús indicó que tenemos que estar dispuestos a perdonar a los demás para que nuestras oraciones sean contestadas.³² Él dijo: **Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas.** No debemos confiar demasiado en el asombroso principio de Santiago 2.13b, «la misericordia triunfa sobre el juicio», la cual es una maravillosa promesa, sin embargo, no debemos olvidar la primera parte del versículo: «Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciera misericordia» (Stg 2.13a).

Versículo 26. Jesús dijo: **Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas.** ¡Esto hace que la idea de guardar rencor sea aterradora! Las palabras de Jesús nos obligan a ser tan misericordiosos con los demás como sea humanamente posible.

En los relatos del Evangelio, Jesús aludió dos veces a Oseas 6.6, diciendo: «Misericordia quiero, y no sacrificio» (vea Mt 9.13; 12.7). Las grandes bienaventuranzas de Jesús incluyen la declaración «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5.7). Mateo 6.14, 15 también nos asegura que Dios será más perdonador con nosotros si nosotros perdonamos a los demás. Es imposible hablar correctamente con Dios cuando el corazón está lleno de falta de perdón para con los demás. Cuando podemos perdonar, es evidencia de que nuestros corazones están bien con Dios. Además, la negativa a perdonar le permite a la persona no perdonada dominar nuestras vidas.

El presente versículo falta en varios manuscritos importantes, y muchos están de acuerdo en que fue tomado de Mateo 6.15. La ASV coloca el versículo en cursiva. La mayoría de las versiones modernas lo omiten, sin embargo, la NASB lo incluye entre paréntesis. Cole creía que el versículo constituye un «error» muy común en un escritor. Señaló que, independientemente de que el versículo 26 fuera parte del texto original, 11.25 también dice que se espera que perdonemos a los demás.³³ Si bien la salvación depende de la misericordia de Dios, tenemos que obedecerle para permanecer en Su gracia. El perdón es una de esas cosas que tenemos

³² Si bien 11.25a muestra que era común estar de pie (no arrodillarse) mientras se oraba, no era un mandamiento. No debemos hacer leyes donde Dios no las ha hecho; sin embargo, si arrodillarse en oración ayuda en nuestra humildad ante Dios, entonces debemos hacerlo. Hay otros ejemplos de estar de pie en oración en Génesis 18.22; 1º Samuel 1.26; 1º Reyes 8.22; Nehemías 9.4; Mateo 6.5.

³³ Cole, 182.

que hacer después de convertirnos (ser salvos), o podemos perder nuestra salvación. Cuando comparezcamos ante el Padre en el cielo en el día del juicio, tendrá que decirles a algunos: «Lo siento, pero jamás perdonastes a la persona que te ofendió. Abrigastes odio en tu corazón. No se te puede permitir entrar aquí con todas las almas amorosas que aprendieron la dulce bendición del perdón y la vivieron».

SE CUESTIONA LA AUTORIDAD DE JESÚS (11:27–33)³⁴

²⁷Volviéron entonces a Jerusalén; y andando él por el templo, vinieron a él los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos, ²⁸y le dijeron: **¿Con qué autoridad haces estas cosas, y quién te dio autoridad para hacer estas cosas?** ²⁹Jesús, respondiendo, les dijo: **Os haré yo también una pregunta; respondedme, y os diré con qué autoridad hago estas cosas.** ³⁰El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres? Respondedme. ³¹Entonces ellos discutían entre sí, diciendo: **Si decimos, del cielo, dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis?** ³²¿Y si decimos, de los hombres...? Pero temían al pueblo, pues todos tenían a Juan como un verdadero profeta. ³³Así que, respondiendo, dijeron a Jesús: **No sabemos. Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.**

Versículo 27. Jesús estaba caminando en uno de los pórticos (galerías) del templo cuando **vinieron a él los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos.** Era un lugar común para que los rabinos enseñaran mientras caminaban. El templo tenía dos pasillos magníficos, el pórtico de Salomón en el lado este, formado por columnas corintias de 9 metros de altura, y el claustro real en el lado sur, con cuatro filas de columnas de mármol blanco, cada una de alrededor de dos metros de diámetro y nueve metros de altura. En total, había 162 de estas columnas.³⁵ Los griegos también usaban «pórticos» de templo para enseñar; de hecho, los «estoicos» tomaron su nombre de *stoa* (pórtico), en el que su fundador Zeno impartió su enseñanza.

Versículo 28. Los principales sacerdotes, los escribas, y los ancianos le preguntaron: **¿Con qué autoridad haces estas cosas, y quién te dio autoridad para hacer estas cosas?** ¿Qué «cosas»

³⁴ Hay relatos paralelos en Mateo 21.23–27 y Lucas 20.1–8.

³⁵ Barclay, 290. Josefo describió el templo en *Guerras* 5.5 [184–247] y *Antigüedades* 20.9.7 [221].

había estado haciendo Jesús que requería una «autoridad» especial de los sacerdotes? Nadie sin autoridad habría purificado el templo, expulsando a los cambistas y condenándolos. Los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos querían saber quién le dio el derecho de limpiar el templo y usar los terrenos del templo para enseñar. Jesús no era sacerdote, porque pertenecía a la tribu equivocada para ser sacerdote: la tribu de Judá, no Leví (vea He 7.14). No había obtenido permiso para Sus actos de parte de los principales sacerdotes (como lo habían hecho los cambistas de dinero). Tampoco era un gobernante civil. Sin embargo, era la «casa de [Su] Padre» (Lc 2.49; Jn 2.16), una expresión que también se aplica al cielo en Juan 14.2. Constituía una insensatez preguntarle al Hijo del Padre celestial de dónde obtuvo Su autoridad, especialmente porque Sus milagros daban evidencia de Su autoridad divina.

Los principales sacerdotes, que se consideraban que tenían el control completo del templo, veían a Jesús como un intruso. Muchos hoy se niegan a escuchar la enseñanza de la Biblia a menos que provenga de alguna autoridad «ordenada» por un consejo humano. La verdad constituye su propia autoridad, y ninguna ordenación ni nombramiento de parte de una jerarquía humana puede hacer que sea más o menos verdadera. La naturaleza misma del mensaje de Jesús era autoritaria. «Y se admiraban de su doctrina, porque su palabra era con autoridad» (Lc 4.32). El reconocimiento de esa autoridad por parte de corazones honestos es lo que atraía a la gente a Él. El rechazo de esa autoridad es lo que condenaba a los fariseos. Cuando rechazaron el bautismo de Juan, «desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos» (Lc 7.30). Los fariseos estaban ciegos a cualquier verdad que no viniera de ellos mismos.

Juan 7.17 dice: «El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta» (NRSV). La decisión de buscar y conocer la verdad de Dios es la mejor decisión que podemos hacer para nuestras vidas. El rechazo de los judíos a Jesús y Sus enseñanzas no era cuestión de intelecto, sino de una disposición obstinada. Quien no está dispuesto a obedecer es indigno del conocimiento espiritual.

Versículos 29, 30. Jesús les dijo que respondería a la pregunta de ellos si respondían a la Suya. Les preguntó: **El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres?** Jesús les respondió a estos líderes con una pregunta desafiante, sin embargo, no era una trampa. Más bien, Su pregunta fue diseñada para ayudarles a ver la ceguera de ellos antes de

que fuera demasiado tarde. Si admitían que Juan era un profeta, reconocerían a Jesús como el Mesías porque Juan le había señalado como el Mesías (Jn 1.29). Todo el pueblo, excepto los fariseos y los intérpretes de la ley, habían acudido a Juan para ser inmersos (Lc 7.29, 30).

Versículos 31, 32. Como con cualquier otro esfuerzo para poner a Jesús en un dilema, estos inquisidores se vieron frustrados en su intento. Se vieron a sí mismos en la torpe posición de no estar dispuestos a dar la única respuesta lógica. Si hubieran sido hombres justos y sensatos, simplemente hubieran respondido **del cielo**. Sin embargo, sabían que Jesús los avergonzaría preguntándoles: **¿Por qué, pues, no le creísteis?** Si decían **de los hombres**, temían ser apedreados por una turba enfurecida; porque las personas **tenían a Juan como un verdadero profeta** (vea Lc 20.6).

Versículo 33. Para estos gobernantes religiosos era humillante admitir la ignorancia sobre un tema religioso; sin embargo, mintieron, diciendo: **No sabemos**. La respuesta expuso la hipocresía de los gobernantes para que todos la vieran, y le decía al pueblo que la autoridad de Jesús era la misma que la de Juan.

Jesús respondió: **Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas**. Sabía que no tenía sentido responder a la pregunta de ellos directamente porque no buscaban la verdad, sino que buscaban una manera de sorprenderle. Es la séptima de ocho veces registradas en Marcos cuando los adversarios atacaron o intentaron sorprender a Jesús y Este les respondió.³⁶ Cuando las personas no escuchan la verdad, es hora de terminar la conversación y dejar de ofrecer «perlas» de verdad a «los cerdos», a aquellos que solo las pisotearán (Mt 7.6). Jesús espera que hagamos buen juicio mientras trabajamos para evangelizar al mundo.

≡ MEDITACIONES SOBRE MARCOS 11 ≡

Jesús, nuestro gran Rey (11.1–11)

En el texto que nos ocupa, 11.1–11, Jesús estaba realizando Su entrada final a Jerusalén, donde cumpliría las profecías sobre Su muerte. Los cuatro relatos del Evangelio hablan de Su acercamiento triunfal a la ciudad (vea Mt 21.1–11; Lc 19.28–40; Jn 12.12–19).

Nuestro Señor y Sus apóstoles en ese domingo por la mañana caminó hacia Jerusalén cruzando Betania y Betfagé, acercándose al monte de los olivos

³⁶ Vea 2.7–11, 18–22, 24–28; 3.22–30; 8.11–13; 10.2–12; 11.27–33; 12.18–27.

caminando por su ladera oriental (vea Mr 11.1). Quiere decir que estaban a casi cinco kilómetros de Jerusalén.

La narrativa de esta entrada a Jerusalén se divide en dos partes. La primera mitad habla de la preparación que se hizo para el viaje de Jesús a la ciudad. La segunda mitad retrata la entrada triunfal. Jesús, el que evitó la publicidad siempre que pudo, entró a la ciudad de la manera más espectacular en una de las ocasiones judías más importantes, montado en un burro sin domesticar. Al entrar, recibió el homenaje de aquellos que lo declaraban como su Rey. El Señor de la Gloria le dio a Su nación la oportunidad de reconocerle como Rey de los judíos, aunque sabía mediante visión divina que pronto sería rechazado y condenado a muerte.

El episodio nos da una visión distinta del reinado de Jesús. Entró como el Rey, fue recibido como el Rey y se condujo a sí mismo de una manera real, aunque sabía que pronto sería crucificado. A medida que observamos Su entrada en Jerusalén, debemos ser cautivados por la naturaleza de Su reinado y motivados a darle la verdadera adoración que Él merece. ¡Alabemos a Dios por nuestro Rey, Jesús el Cristo!

1. *Es omnisciente en conocimiento.* No solo es Jesús nuestro Rey, también es el Profeta de Dios. Envío a dos de Sus discípulos a la aldea (quizás Betfagé; vea 11.1). Allí, verían un pollino atado a un poste, y habrían de traerlo de vuelta (11.2). Sería un pollino en el que nadie había montado. Además, dijo que, cuando procedieran a desatar el potro, unos transeúntes les preguntarían qué estaban haciendo. Cuando sucediera, habrían de dar una respuesta preestablecida: «el Señor lo necesita»; entonces el dueño les soltaría el asno a los discípulos (11.3).

¿Cómo sabía Jesús los detalles? Si la respuesta a esta pregunta es la suposición que dice «Él se había reunido con el hombre antes e hizo estos arreglos», tenemos que preguntarnos: «¿Cuándo pudo Jesús haber hecho tales arreglos?». No había estado en esta región por algún tiempo. Mucho antes del evento, ¿le dijo a este hombre que cierto día debía atar su pollino en un lugar determinado? ¿Sabía el hombre que cuando dos de los discípulos de Jesús vinieran y dijeran: «El Señor lo necesita», había de entregar el animal a esos discípulos?

Todo es posible, sin embargo, es mucho más realista creer que el Señor, con un conocimiento previo y divino, conocía cada detalle de los eventos que tendrían lugar. Jesús hizo todo esto perfectamente, sin permitir que Su conocimiento previo interrumpiera el libre albedrío del dueño, los actos deliberados de los discípulos o las escogencias

personales de los transeúntes.

El evento de obtener el asno proporciona más evidencia de que Jesús es el Rey omnisciente que vino a redimir a los que creían en Él. Marcos reveló que las circunstancias se desarrollaron exactamente como Jesús había profetizado (11.4–6).

2. *Es compasivo en espíritu.* Lucas dijo: «Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella» (Lc 19.41). Al parecer, Jesús había ido más allá de la cima del Monte de los Olivos. Delante de Él yacía la ciudad de Jerusalén. Sabía lo que esta ciudad le iba hacer a Él. Entre ellos estaba presente una oportunidad de salvación, sin embargo, le rechazarían y crucificarían. Con Sus lágrimas y expresiones de dolor, dijo:

¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación³⁷ (Lc 19.42–44).

Desde donde estaba, Jesús podía ver el templo, los mercados, las casas y las sinagogas que serían destruidas porque el pueblo había rechazado al Mesías. Cuando Jerusalén fue destruida, ninguna piedra quedaría sobre piedra (vea Mr 13.2).

El corazón tierno de Jesús es evidente aquí, así como en otros lugares en los que Él sirvió y predicó. En este lugar, sin embargo, Sus lágrimas nos permiten mirar directamente en Su corazón. Él vino a salvarnos, y Su corazón estaba lleno de amor por todas las personas. No quería que nadie se perdiera.

3. *Es de naturaleza divina.* Jesús vino como rey para cumplir las profecías que anunciaron la venida del Mesías. Incluso el asno estaba previsto en el texto de la profecía (Mt 21.4, 5).

Cuando comenzó Su viaje hacia la ciudad sobre este pollino que jamás había sido montado, algunos «tendían sus mantos por el camino», mientras que «otros cortaban ramas [...] y las tendían por el camino» (11.8). Estos gestos expresaron el más alto honor y bienvenida que el pueblo común podría presentar en cualquier momento. No había estandartes bellamente decorados ondeando ante Jesús. No le rodeaban insignias bordadas.

Esta multitud, formada por discípulos de la ciudad y de Galilea, fue delante de Jesús y caminó detrás de Él dando voces:

³⁷ La NLT consigna «acepta tu oportunidad de salvación».

¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene! ¡Hosanna en las alturas! (11.9, 10).

Eran términos mesiánicos que muchos de ellos usaron para adorar a Jesús, porque era el Mesías de Dios. No pudieron contener sus alabanzas.

La procesión se dirigió hacia Jerusalén. Algunos de los fariseos se acercaron y le dijeron a Jesús: «Maestro, reprende a tus discípulos» (Lc 19.39). Los líderes judíos estaban celosos y pensaban que los seguidores de Jesús estaban exagerando la bienvenida a Él. Jesús les dijo: «Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían» (Lc 19.40). Estaba revelando: «Si se supiera la verdad sobre Mí, la tierra entera, tanto lo animado como lo inanimado, me adoraría».

Mateo escribió, «... toda la ciudad se conmovió diciendo: “¿Quién es este?”. Y la multitud decía: “Este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea”» (Mt 21.10, 11). En consonancia con el tema de Su ministerio, Jesús condujo a la multitud al templo (Mr 11.11a). Luego, «habiendo mirado alrededor todas las cosas» y dándose cuenta de lo que estaba ocurriendo en el templo, «como ya anocheecía, se fue a Betania con los doce» (11.11b). El último domingo antes de Su crucifixión, Jesús fue a Betania y pasó la noche con Sus amigos allí.

Conclusión: ¿Qué clase de rey fue y es Jesús? En particular, ¿qué dice la entrada triunfal sobre Él? Dice que Él es el Rey de reyes. Es el Profeta fiel de Dios. En cada aspecto de Su vida, en Su nacimiento, en Su vida diaria, en Sus milagros y en Su viaje a Jerusalén, podemos ver la evidencia de Su deidad. No vino sin pruebas. Él es el rey compasivo. Fue a Jerusalén a morir por los que le iban a crucificar. Lloró por el hecho de que Jerusalén se estaba destruyendo a sí misma al rechazarle a Él. Es el Rey divino, el Único que el Padre envió para sentar las bases del reino y traer el reino de los cielos.

La entrada triunfal no terminó en un palacio, sino en el templo, donde Jesús continuaría Su ministerio. La entrada gloriosa no interrumpió el ministerio de Jesús ni Su participación en el propósito eterno de Dios. Había llegado a la ciudad eterna para traernos la vida eterna.

El significado de la reverencia (11.15–19)

Cuando Jesús llegó al templo después de Su entrada triunfal, miró a Su alrededor lo que estaba sucediendo en ese lugar sagrado y luego «se fue a Betania con los doce» (11.11). Lo que vio en esa tarde del domingo tuvo que haberle afectado tan profundamente que decidió que lo primero que haría

cuando regresara al templo el lunes sería devolverlo a su lugar apropiado en el servicio a Dios.

Aparentemente, tres años antes, al comienzo de Su ministerio, había purificado el templo (Jn 2.12–17); y ahora, al final de Su ministerio, se había vuelto imperativo que Él purificara nuevamente el templo. Los incidentes de restaurar el templo a su uso apropiado fueron como un paréntesis para Su ministerio. Como parte de Su misión en el mundo, deseaba devolverle el templo a Su padre, su legítimo propietario. Deseaba restaurar la reverencia y el respeto por este lugar santo.

1. *La reverencia es necesaria para la verdadera adoración a Dios.* Fue la principal preocupación de Jesús. Habló del significado y propósito original del templo. Citando Isaías 56.7 y Jeremías 7.11, dijo: «¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones?...» (Mr 11.17).

¿Qué deseaba Dios de Su pueblo? Tenía un hermoso plan en mente para Su templo, el lugar donde se adoraba Su nombre. Israel había de guiar al mundo, todas las naciones, para adorar al único Dios verdadero. El Señor habló de este propósito supremo del templo del Antiguo Testamento por medio de Su profeta Isaías:

Y a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, y que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos (Is 56.6, 7).

La profecía de Isaías describe cuatro aspectos de la adoración a Dios. Primero, el *origen* de la adoración había de ser un corazón obediente. Segundo, el *acto* de adoración había de estar de acuerdo con las instrucciones del pacto de Dios. Tercero, la *aprobación* de la adoración vendría de Dios, el Receptor de la adoración; tenía que ser aceptable a Sus ojos. Cuarto, la *experiencia* de la adoración sería de gozo para adoradores sinceros y obedientes.

Jesús no encontró este tipo de adoración teniendo lugar en el templo. En cambio, vio una adoración comercializada y formalizada que no incluía corazón ni obediencia. Dios mismo estaba ausente de la adoración que estaba teniendo lugar. Los sacerdotes dirigían al pueblo en una falta de respeto rutinario para con la adoración a Dios. Lo que estaba pasando conmovió tanto el corazón de Jesús que clamó contra ello.

2. *La reverencia es parte vital de cómo tratamos*

al pueblo de Dios. El maltrato a los demás fue gran parte de la reprimenda de Jesús. «Entrando [...] en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas» (11.15b, c).

Cientos de adoradores venían de lugares distantes para observar la Pascua. Dado que hubiera sido difícil llevar con ellos sus ofrendas para el sacrificio, se hacían provisiones para que los viajeros compraran sus corderos o aves de sacrificio en el atrio exterior del templo. Además, el impuesto del templo debía pagarse en moneda judía, y los judíos del extranjero tendrían que cambiar su dinero extranjero por moneda judía. Se tenían que atender tales necesidades; sin embargo, los líderes religiosos se estaban aprovechando indebidamente de quienes se veían necesitados de estos servicios. Lo que debía haber sido para la conveniencia de los peregrinos se convirtió en un medio de extorsión y fraude. Los sacerdotes de Dios estaban maltratando a Su pueblo.

Fue contra este terrible error que Jesús expresó con vehemencia Su indignación. Echó fuera a los traficantes de animales y volcó las mesas de los cambistas.

3. *La reverencia está vinculada con las cosas de Dios.* Jesús «no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno» (11.16). Tiene que ser que las personas que iban hacia el este o al oeste habían adquirido el hábito de tomar un atajo a través del atrio exterior, el atrio gentil, del templo. La reverencia, según Jesús, incluía tener el debido respeto por las cosas de Dios. La naturaleza sagrada del templo se ignoraba cuando se usaba para un propósito puramente secular.

Conclusión: La gran palabra en relación con la purificación del templo es «reverencia». Las Escrituras nos exigen acercarnos a Dios con reverencia y respeto.

¿Qué pasaría si los líderes de una comunidad dejaran de lado la educación y usaran una escuela exclusivamente como una instalación recreativa? El propósito mismo de la escuela sería destruido. ¿Qué sucede si una congregación decide sustituir con actividades de fraternidad los servicios de adoración? La iglesia tiene que ver la comunión como una parte importante de su vida, sin embargo, tal decisión eliminaría la adoración de Dios y el plan de Dios. Dios y Jesús ocupan el centro de la iglesia.

Dios y Cristo están por encima de nosotros y más allá de nosotros, sin embargo, nos han invitado a ser parte de ellos. Respondemos a su invitación mediante la adoración y el servicio

a ellos. Esto incluye la adoración real a Dios, el tratamiento adecuado de los demás como hijos de Dios y la aplicación adecuada del plan de Dios para evangelizar las comunidades del mundo. Lo anterior nos lleva a un importante «Así que». Leemos: «Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia» (He 12.28).

El poder de vencer (11.20–26)

Durante la última semana de Su ministerio, el Señor estaba enseñando en el templo durante el día. Pasaba las noches en el monte de los Olivos. En la noche, puede que haya ido a Betania, donde recibiría una cálida bienvenida en el hogar de Marta, María y Lázaro. En otras ocasiones, se quedaba toda la noche en el huerto de Getsemaní o en algún lugar de la vertiente occidental u oriental del Monte de los Olivos. Probablemente se abstuvo de ir a un lugar determinado todo el tiempo para que no pudiera ser fácilmente rastreado y arrestado por aquellos que querían deshacerse de Él (vea 11.18).

La emoción de la entrada triunfal no disminuyó rápidamente. El pueblo buscaba continuamente oportunidades para estar con Jesús o cerca de Él. Lucas usó la frase «todo el pueblo» en referencia a aquellos que venían a Él, representando un número muy grande (Lc 21.38). Las palabras también conllevan una constancia. Jesús básicamente tenía un tema en Su agenda durante el día: enseñarle al pueblo en el atrio de los gentiles del templo.

Cuando Jesús y Sus apóstoles se acercaban al templo el martes por la mañana, pasaron junto a la higuera que Jesús había maldecido el lunes. El árbol había muerto; se había «secado desde las raíces» (11.20). Jesús y Sus compañeros tuvieron que haber viajado a Betania el lunes por la noche por una ruta diferente a la que solían regresar el martes por la mañana. Los apóstoles se asombraron de que el árbol hubiera muerto tan rápida y completamente. Pedro, con su carácter franco, le dijo a Jesús: «Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado» (11.21). Puede que los demás apóstoles hayan estado pensando lo mismo, sin embargo, Pedro fue el que expresó la observación.

En respuesta, Jesús llamó a la atención de Sus apóstoles elegidos una aplicación extraída de la maldición de la higuera. Jesús no la aplicó a la nación; más bien, eligió, en beneficio de estos hombres, darle una aplicación práctica. Enseñó una lección moralista que sería más útil para ellos en este momento. Los miembros de este grupo enfrentaban inusuales montes de dificultad y valles de desesperación. Era urgente que desarrollaran

muchas cualidades de carácter que necesitarían. Por lo tanto, Jesús señaló tres poderes que toda persona justa debería haber hecho parte de su carácter.

1. *Fe*. Según Marcos, Jesús le respondió a Pedro simplemente diciéndoles a los apóstoles: «Tened fe en Dios» (11.22). Les dijo que los obstáculos a ser fructíferos en la vida y en el avance de cualquier labor tienen que superarse con una fe que reposa en Dios.

Jesús no estaba diciendo que el poder está en la fe, sino que está en Dios. Ciertamente, hay una diferencia. Jesús estaba señalando la oración de fe, no fe en la oración.

Naturalmente, a la declaración de nuestro Señor «Tened fe en Dios», tenemos que agregar el testimonio de otras Escrituras. Según Santiago 4.1, 2, sería inapropiado orar por algo que es ilícito que busquemos. Además, de acuerdo con 2ª Corintios 12.7-9, no queremos pedir nada que nuestro Padre nos ha dicho que no necesitamos. Pablo oró tres veces para que se le quitara el aguijón en su carne, sin embargo, Dios le mandó que ya no hiciera esa oración. Le dijo a Pablo que le proporcionaría la gracia para vivir con ello, por lo que Pablo tenía que proporcionar paciencia y perseverancia (2ª Co 12.7-9). Además, no debemos ser egoístas y vanos cuando hacemos peticiones a Dios. Santiago dijo: «Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites» (Stg 4.3). Según Lucas 22.42, no hemos de pedir que nuestras voluntades se antepongan a la voluntad de nuestro Padre. La oración de Jesús en el huerto es el ejemplo supremo.

Jesús pretendía que entendiéramos Su declaración dentro de las limitaciones que se nos dan en la Palabra de Dios. A menudo explicaba una Escritura con la guía calificativa de otras Escrituras (vea Mt 4.5, 6). Dentro de las limitaciones divinas que Dios nos ha dado, la fe es la cualidad más grande que tienen que tener los discípulos. Nos lleva al poder más fuerte disponible para el hombre, el poder de Dios. Cuando vengan las pruebas, debemos recordar la exhortación «Tened fe en Dios». Tenemos que tener una fe *activa* en Dios.

2. *Oración*. Jesús comenzó Su enseñanza sobre la oración con la característica frase «de cierto os digo» en 11.23, con la que enfatizaba la importancia de las instrucciones que estaba a punto de dar. Dijo que hemos de creer cuando oramos: «Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (11.24).

Cuando Jesús les transmitió a Sus apóstoles el poder inconmensurable de Dios disponible para ellos por medio de la oración, usó un lenguaje exagerado. En un futuro cercano, los apóstoles

se enfrentarían a numerosos montes que les iba a costar mover (11.23). Usando una figura diferente, estaba diciendo: «Pide, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá» (Mt 7.7). Sus palabras se referían a una vida de oración, a pensar en oración y al trabajo en oración. Con el tiempo, según Hechos, los apóstoles vieron eliminadas enormes montes de dificultades cuando trajeron sus vidas y sus oraciones de fe ante Dios.

Dentro de los límites divinos, la declaración de Jesús tiene una certeza invencible, un poder indescriptible y un increíble sentido de lo ilimitado. Sin embargo, lo que subyace a Su afirmación es el calificador de orar con fe. Es una fe confiada y segura. El discípulo tiene que confiar en la fidelidad de Dios, confiar en que Dios hará lo que Él ha prometido y ver su oración como ya siendo contestada.

3. *Perdón*. Jesús luego dijo: «Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas» (11.25).

La anterior afirmación es algo sorprendente para nosotros. No pensamos en perdonar a los demás como un poder, y no vemos de inmediato la conexión del perdón con la conversación anterior. Sin embargo, Jesús dijo algo similar a esto en el Sermón del Monte: «Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mt 6.14, 15). Jesús creyó, enseñó y practicó la esencialidad del perdón a los demás.

Jesús seguramente estaba recordándonos que el perdón es una cualidad necesaria para ser un discípulo de Cristo. La unidad en Cristo no puede mantenerse sin perdón, así como la unidad en el hogar requiere perdón. No podemos dedicarnos a creer en la oración si tenemos en nuestros corazones algo contra un hermano que debe ser perdonado. El perdón a los demás no es más poderoso que la fe, sin embargo, puede dificultar la oración y la fe.

Algunas veces tenemos que acudir a una persona que ha pecado contra nosotros (Mt 18.15), y otras veces necesitamos ir a una persona a la que hemos perjudicado (Mt 5.24). Independientemente de la respuesta que las personas hagan a un llamado al arrepentimiento, hemos de perdonarlas. Tenemos que manifestar el espíritu de perdón hacia ellos.

Conclusión: ¿Cómo se enfrentan las grandes pruebas de la vida? Con los tres elementos de poder: la fe, la oración y el perdón. Claramente, estos tres poderes se relacionan entre sí. La fe es primero. ¿Por qué debemos orar, si no creemos? ¿Dónde encaja el perdón? Jesús lo puso antes de la oración. Por lo

tanto, el verdadero orden es fe, perdón y oración. Estos tres, en este orden, nos dan el mayor poder de superación conocido por el hombre llevándonos al poder todopoderoso de Dios.

Jesús, el gran maestro (11.27–33)

El martes de la última semana del ministerio terrenal de nuestro Señor puede designarse como «Un día de controversia». Jesús estuvo involucrado en conversaciones similares al debate desde casi la madrugada hasta el final del día. El día fue probablemente el día más ocupado de enseñanza en todo el ministerio de Jesús.

Durante ese martes, diferentes grupos que representaban a los líderes de la nación judía se opusieron a Jesús de una manera u otra mientras desafiaban lo que Él estaba enseñando. Los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos que representaban el Sanedrín, el más alto tribunal de justicia entre los judíos, lo interrogaron sobre Su autoridad (11.27–33). Los fariseos, la secta de la que provenían los maestros del pueblo, trataron de sorprenderle con la interrogante del pago de impuestos (12.13–17). Los herodianos, que desempeñaban un papel destacado en el entorno político de los días de Jesús, se habían unido a los fariseos en esta ocasión. Los fariseos y los herodianos eran normalmente enemigos; sin embargo, se unieron para presentar un caso más fuerte contra Jesús, su enemigo en común. Los saduceos, que representaban a la clase alta, interrogaron a Jesús sobre la resurrección (12.18–27). El martes fue un día muy ocupado para el Maestro de maestros.

Mientras Jesús caminaba hacia el templo con Sus apóstoles, fue detenido por los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos del Sanedrín (11.27). Desafiaron Su derecho a enseñar entre el pueblo judío y purificar el templo como lo había hecho. El pueblo le reconocía como un rabino, y estos funcionarios querían saber quién lo había ordenado como tal. Además de purificar el templo, Jesús virtualmente había repudiado la autoridad del Sanedrín y había manifestado una autoridad mucho más elevada. Ellos querían saber de dónde extraía esa autoridad.

En consecuencia, al entrar en este debate con Jesús, le hicieron dos preguntas. Dijeron, en efecto, «¿Qué tipo de autoridad alegas tener?» y «¿Quién te otorgó esta autoridad para que nos enseñes y hagas lo que has hecho?» (11.28). El grupo que lo rodeaba le consideraba como un maestro no autorizado del pueblo. Se decían entre sí: «No tiene la posición eclesiástica y escolástica adecuada entre nosotros.

No tiene derecho a hacer lo que ha hecho». Según ellos, no tenía el derecho de regular ni controlar los asuntos del templo. El Sanedrín había otorgado ese derecho, incuestionable y exclusivamente, a los sacerdotes y a los levitas, y querían saber por qué había hecho Suya la responsabilidad de hacer lo que había hecho.

Estos miembros del Sanedrín habían venido a desafiar a Jesús de manera pública con respecto a Su derecho a purificar el templo. Pensaron que podían obligarlo a afirmar que Él era el Mesías; entonces podrían acusarlo y menospreciarlo en la mente del pueblo. Cuando Jesús respondió a sus preguntas, demostró no solo el tipo de maestro que era, sino también el tipo de maestros que debemos ser nosotros.

1. *Jesús fue un maestro perpetuo.* Enseñó a otros porque era un maestro. Era el propósito y práctica constante para Él. En el centro de Su vida, vivió como maestro. Fue el Gran Maestro que vino al mundo (vea 4.2; 6.34).

Cuando los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos le preguntaron (11.27b, 28), no intentó evitar Sus preguntas. Les permitió que le preguntaran lo que quisieran, incluso si estaban tratando de sorprenderle. Un buen maestro siempre está listo para recibir preguntas, sin embargo, no permitirá que alguien le distraiga de enseñar las verdades esenciales que los estudiantes necesitan escuchar. Recibe gustosamente las preguntas porque le dan la oportunidad de enseñar. Cuando un estudiante hace preguntas, le está mostrando al maestro dónde está en su comprensión, ayudándole así al maestro a determinar en qué dirección necesita llevar el estudio.

Estos miembros del Sanedrín estaban haciendo preguntas con corazones prejuiciosos, sin embargo, Jesús aceptó sus preguntas y las respondió de manera directa. Les dio la oportunidad de aprender si sus corazones lo permitían.

2. *Su enseñanza manifestó sabiduría.* Respondió de tal manera que el cuestionador tendría que analizar más a fondo la pregunta que planteaba y sus implicaciones. Jesús fue un maestro en el uso de preguntas para ayudarle al estudiante a pensar en el proceso de su propio razonamiento (vea 11.29, 30). A los líderes judíos, con las preguntas de nuestro Señor, se les hizo recordar las enseñanzas de Juan de que Jesús era el Mesías. Si el ministerio de Juan tuvo la aprobación del cielo, probaba la espiritualidad y el origen divino de las enseñanzas y actos de Jesús, porque Juan había identificado a Jesús.

Jesús, en Su sabiduría, hizo que los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos analizaran

profundamente lo que estaban diciendo. ¡Qué maestro fue Jesús!

3. *Fue un maestro fiel y veraz.* Se mantuvo firme en la verdad. No permitió que estos representantes del Sanedrín le distrajeran de la verdad de quién era Él ni de la verdad que estaba tratando de enseñarle al pueblo. Un buen maestro siempre se sostiene con la verdad.

Estos hombres tienen que haber percibido el propósito de la pregunta de Jesús e inmediatamente se encontraron en un dilema. No podían decir que Juan no tenía autoridad, porque el pueblo decía que Él era un profeta (11.32). Si reconocían que era un profeta, la respuesta inevitable sería «¿Por qué, pues, no le creísteis?» (11.31). Si decidían creerle a Juan, ¿por qué no aceptaron a Jesús como el Mesías, en vista de que Juan lo había identificado?

Las preguntas de Jesús desconcertaron a los líderes. Vio que no estaban dispuestos a ser honestos con sus preguntas. Por lo tanto, Él les dijo que cuando respondieran a Su pregunta, Él respondería a las de ellos. Si estos líderes realmente deseaban hablar con Jesús, tendrían que enfrentar la verdad acerca de Él.

Conclusión: ¿Qué clase de maestro fue Jesús? ¿Qué tipo de defensor de la verdad fue Él? Fue un maestro perpetuo, un maestro lógico y sabio, y

un maestro que se mantuvo firme con la voluntad de Dios.

Nosotros también podemos ser buenos maestros si seguimos las pautas que Él ejemplificó. Tenemos que comenzar con un compromiso con la justicia. Toda enseñanza fiel comienza con la integridad. Estos maestros religiosos se vieron arrinconados y dijeron: «No sabemos» (11.33). Su respuesta reveló que no serían honestos en cuanto a la conclusión a la que Jesús les había llevado. Si hubieran respondido sinceramente a la pregunta de Jesús, podrían haberse convencido y haber sido persuadidos de seguir el camino a la salvación.

Lo peor que le puede pasar a un líder religioso o a un discípulo de Jesús es perder su integridad. Cuando así sucede, pierde la oportunidad de llegar a la verdadera voluntad de Dios.

Jesús nunca nos engañará. Otros hombres han hablado de la verdad, sin embargo, Jesús *es* la verdad. No es de extrañar que estuviera dispuesto a detenerse y enseñar a cualquiera que quisiera escuchar Su mensaje sobre el reino. Él continúa guiándonos mientras buscamos Su voluntad. Volvamos a Él y recibamos Su Palabra, así nos capacitaremos para guiar a otros a aprender y permanecer en la luz.

La audacia de Jesús

Todavía era martes de la última semana en la vida de Jesús. Le llamamos «un día de conflicto»; a lo largo de este ajetreado día, Jesús debatió con los fariseos, saduceos, herodianos y escribas sobre Su autoridad para purificar el templo (Mr 11.27–33), los impuestos (Mr 12.13–17) y la resurrección de los muertos (Mr 12.18–27). Además, identificó el mayor mandamiento y segundo mayor mandamiento en respuesta a la pregunta de un interprete de la ley (Mr 12.28–31), expresó la mordaz denuncia contra los escribas y los fariseos (Mr 12.38–40) y, muy probablemente, dio el Discurso de los Olivos sobre la caída de Jerusalén (Mt 24.1–51; Mr 13.1–37).

LA PARÁBOLA DE LOS LABRADORES MALVADOS (12.1–12)¹

¹Entonces comenzó Jesús a decirles por parábolas: Un hombre plantó una viña, la cercó de vallado, cavó un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. ²Y a su tiempo envió un siervo a los labradores, para que recibiese de éstos del fruto de la viña. ³Mas ellos, tomándole, le golpearon, y le enviaron con las manos vacías. ⁴Volvió a enviarles otro siervo; pero apedreándole, le hirieron en la cabeza, y también le enviaron afrentado. ⁵Volvió a enviar otro, y a éste mataron; y a otros muchos, golpeando a unos y matando a otros. ⁶Por último, teniendo aún un hijo suyo, amado, lo envió también a ellos, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. ⁷Mas aquellos labradores dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y la heredad será nuestra. ⁸Y tomándole, le mataron, y le echaron fuera de la viña. ⁹¿Qué, pues, hará el señor de

la viña? Vendrá, y destruirá a los labradores, y dará su viña a otros. ¹⁰¿Ni aun esta escritura habéis leído:

**La piedra que desecharon los edificadores
Ha venido a ser cabeza del ángulo;**

¹¹El Señor ha hecho esto,

Y es cosa maravillosa a nuestros ojos?

¹²Y procuraban prenderle, porque entendían que decía contra ellos aquella parábola; pero temían a la multitud, y dejándole, se fueron.

Versículo 1. Jesús comenzó [...] a decirles por parábolas: Un hombre plantó una viña, la cercó de vallado, cavó un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. La palabra «parábolas» (de παραβολή, *parabolē*) es un término usado para diferentes tipos de ilustraciones y comparaciones. Una verdadera parábola contiene una lección esencial, y el resto de la historia simplemente apoya ese pensamiento principal. Sin embargo, las parábolas de Jesús también podrían tener un significado más amplio, como es el caso de la presente parábola en 12.1–12.

En contraste, una alegoría contiene varios puntos de comparación entre la verdad subyacente y los detalles del relato. La parábola de los labradores está más cerca de ser una alegoría que una verdadera parábola. Según William Barclay, «es una especie de híbrido, un cruce entre una alegoría y una parábola. No todos los detalles en ella tienen un significado interno, sin embargo, tiene más [detalles] de lo habitual».²

Jesús no hizo ningún intento por explicar la parábola porque sabía que estos líderes entendían

¹Hay relatos paralelos en Mateo 21.33–46 y Lucas 20.9–19.

²William Barclay, *The Gospel of Mark (El Evangelio de Marcos)*, 2ª ed., The Daily Study Bible (Philadelphia: Westminster Press, 1956), 293.

que estaba hablando de ellos. Después de escuchar la parábola, quisieron apoderarse de Él (12.12). Seguramente, la verdadera intención del relato era sugerirles a los judíos que aun así, si se arrepentían, les sería abierta la puerta de la salvación.³ Dios tenía un plan para Israel, sin embargo, incluía que se arrepintieran. Puesto que los judíos no estaban dispuestos a arrepentirse, Jerusalén sería destruida en una generación (vea 13.30; Mt 24.34; Lc 21.31).

La descripción que se hace de Israel como «una viña» era un concepto del Antiguo Testamento. El pasaje en Marcos contiene parte de la misma terminología griega que Isaías 5.1–6 en la LXX. Ese texto habla de «una viña en una ladera fértil», plantada «de vides escogidas». Dice que el propietario «[edificó] una torre» e «[hizo] en ella un lagar» en la viña para garantizar su procesamiento y productividad, sin embargo, las uvas que produjo eran «silvestres». Por lo tanto, el propietario «[quitaría] su vallado» y le permitiría «[ser] hollada».

La viña era una escena conocida en Israel. La torre era un lugar donde los vigilantes podían estacionarse para proteger las uvas de los ladrones y animales salvajes hasta el tiempo de la cosecha. Para la cosecha del jugo de las uvas, se forjaban lagares de roca. Hombres jóvenes pisotearían las uvas, y el jugo saldría del hoyo superior hacia un hoyo inferior, donde era introducido para su almacenamiento. Cantares de Salomón 2.15 se refiere a «viñas [...] en ciernes». Se aplican imágenes similares a todos los discípulos en la parábola de la vid y los pámpanos en Juan 15.1–6.

El dueño de la tierra en esta parábola representa a Dios, quien tenía el derecho de esperar mucho de la nación judía que Él había elegido y bendecido como Su propio pueblo. Los «labradores» («hombres de la granja»; KJV) representan a los líderes judíos que eran como arrendatarios en la viña de Dios. En varias ocasiones, parecía que Dios había retirado Su presencia de Su pueblo como un medio para probarlos. Durante los cuatrocientos años que precedieron a Juan el Bautista, Dios no envió a ningún profeta para exigir frutos de Israel. Todavía había actuado en Su gentil providencia, y podría haber sido reconocida si el pueblo le hubiera buscado.⁴

³ Donald English, *The Message of Mark: The Mystery of Faith* [El Mensaje de Marcos: El Misterio de la Fe], *The Bible Speaks Today* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1992), 194.

⁴ En una notable victoria, la familia macabea salvó a Judea de la posesión siria y le devolvió el poder a Judea en los siglos segundo y primero a.C. Hicieron la guerra

Lucas 20.9 nos dice que el dueño de la viña «se ausentó por mucho tiempo» (énfasis agregado). El retraso tuvo que haber tenido un significado especial en el relato. La viña fue plantada, y un tiempo de espera siguió a esa plantación. El tiempo permitió que la viña madurara para que pudiera producir frutos. Levítico 19.23–25 dice que un agricultor no había de usar el fruto hasta el quinto año. El requisito, sin embargo, se debió a la «inmundicia» o «incircuncisión» de la tierra en la que habían entrado. Normalmente, serían tres años entre la siembra y la cosecha antes de que hubiera frutos que podían usarse para sacrificios en el cuarto año. Al quinto año la viña proporcionaba cultivos para la mesa. Mientras tanto, el propietario había de recibir algo de la tierra para mantener sus derechos de propiedad, incluso si se trataba de productos cultivados entre las hileras.

Versículos 2–5. Y a su tiempo envió un siervo a los labradores, para que recibiese de éstos del fruto de la viña. Sin embargo, los labradores golpearon [al siervo] y le enviaron con las manos vacías. Golpearon o mataron a cada siervo que el hombre enviaba a recoger su producto. Entre los siervos del relato podríamos incluir a Juan el Bautista.

La eventualidad de que trabajadores que se negaban a pagarle al propietario lo que era suyo podría haber ocurrido a menudo cuando un propietario vivía lejos. Muchos judíos se habían hecho prósperos en otras tierras, sin embargo, todavía poseían propiedades en Israel. También podría ser que los romanos hubieran hecho inversiones y que los locales se sintieran ofendidos. La tierra de Israel tenía muchos propietarios extranjeros; les pagaban poco a los campesinos judíos para cultivar la tierra, y estos judíos se resintieron amargamente contra sus terratenientes ausentes. La cantidad de tiempo desde la siembra hasta la cosecha podría haber llevado a los sirvientes a pensar que podrían evitar pagar el alquiler. La paciencia de Dios se enseña al inferirse que le había dado a Su pueblo muchas oportunidades para obedecerle.

Versículo 6. El hombre finalmente envió a su hijo [...] amado, pensando: **Tendrán respeto a mi hijo.** El «hijo [...] amado» ciertamente representaba a Cristo, el Hijo de Dios. Sin duda, es más obvio

de guerrillas contra Antíoco Epífanes, el rey de Siria, e impusieron el gobierno hasmoneano hasta los días de Herodes el Grande. La guerra se detalla en los libros apócrifos de 1º y 2º Macabeos. Los judíos atribuyeron su victoria sobre las fuerzas sirias, mucho más poderosas, a la providencia de Dios.

para nosotros ahora que para los oyentes de Jesús. Juan 3.16 habla del «Hijo unigénito» de Dios (μονογενής, *monogenēs*), el mismo término usado de Isaac en Hebreos 11.17. La frase tiene que ser equivalente a «hijo sin paralelo», ya que Isaac no fue el único hijo de Abraham. Jesús fue el Hijo sin paralelo de Dios, el verdadero Hijo de Dios.

Para los fariseos, una característica particularmente ofensiva de la parábola era que Jesús se consideraba a Sí mismo como un «Hijo» y no como un simple siervo. Los líderes judíos creían que ningún hombre tenía derecho a referirse a sí mismo de esa manera en relación con Dios el Padre.

Versículos 7, 8. Luego, Jesús pasó del relato a la profecía.⁵ Con la parábola, una vez más les informó a los líderes judíos que conocía de sus planes y sabía que pronto Él moriría a manos de ellos. La cruz no constituía ninguna sorpresa; siempre había sido parte del plan de Dios.

Los labradores dijeron: **Este es el heredero; venid, matémosle, y la heredad será nuestra. Entonces le mataron, y le echaron fuera de la viña.** Finalmente, el dueño de la viña envió a su hijo. Dios tenía todo el derecho a pensar que los judíos reverenciarían a Su Hijo. Sin embargo, incluso mientras Jesús hablaba, estaban conspirando para darle muerte. Esteban hizo una acusación similar en Hechos 7.51, 52:

¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores.

Incluso habían dado muerte a aquellos que habían anunciado la venida del Mesías de ellos.⁶

Versículo 9. Jesús dijo que **el señor de la viña [...] [vendría] y destruirá a los labradores, y dará su viña a otros.** No nos parece razonable que los hombres puedan robar propiedades de esta manera y matar al heredero legítimo sin que el propietario aplique una rápida venganza. Jesús

⁵ J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio en cuatro partes o Armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 593.

⁶ De acuerdo con la tradición judía, Isaías fue cortado en dos durante el reinado de Manasés. (George L. Robinson y Roland K. Harrison, "Isaiah" [«Isaías»], en *The International Standard Bible Encyclopedia*, rev. ed., ed. Geoffrey W. Bromiley [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1982], 2.885–86.)

dijo que el reino sería quitado de estos judíos y dado a otra gente (obviamente los gentiles; Mt 21.43). La idea de que sus derechos a la «viña» fueran otorgados a otros sorprendía a los judíos. De acuerdo con Lucas 20.16, la gente clamó: «¡Dios nos libre!». El relato de Mateo indica que los propios interrogadores declararon lo que se haría a los perversos labradores: «Le dijeron: A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo» (Mt 21.41). Puede que Lucas muestre que la audiencia se daba cuenta del significado de la parábola. También podría ser que algunos en la multitud respondieron con esta respuesta, mientras que otros, viendo las implicaciones de la parábola, esto es, que los gentiles se convertirían en los nuevos siervos de Dios, la rechazaron con su respuesta negativa.⁷ El trato paralelo a los profetas por parte de Israel fue escandaloso, y lo sabían (Mt 23.30).

Se podría decir: «¡El dueño de la viña debería haber pedido a la famosa ley romana que recuperara sus pérdidas!». Recordemos que a los judíos probablemente les resultaba molesto el hecho de verse obligados a pedirle a la autoridad romana que castigara a las personas por actividades ilegales. Buscar ayuda en Roma habría sido admitir cierto respeto por la ley de Roma, y es parte de lo que los judíos despreciaban. Además, los gobernantes romanos probablemente consideraban como poca cosa que un judío perdiera dinero. No habrían hecho nada a menos que algún crimen o levantamiento perjudicara el Imperio Romano. Los jueces eran a menudo apáticos y fácilmente sobornados. Siempre y cuando Roma cobrara sus impuestos, los funcionarios consideraban que las dificultades de los campesinos eran irrelevantes para sus deberes gubernamentales. Si existía un problema grave para alguien que no fuera un ciudadano romano, se pasaba por alto. Es posible que propietarios ausentes no entendieran la situación actual, ya que empeoraba en Palestina. Es probable que los cuidadores de la propiedad hayan pensado que el propietario podría no estar ya vivo para castigarlos. De la misma manera, algunos piensan que Dios está distante y concluyen que se olvidará de sus pecados.

Versículos 10, 11. Jesús sabía que los eventos

⁷ Warren W. Wiersbe podría haber tenido razón al decir que Jesús repitió Su declaración «como un veredicto solemne del Juez» (Warren W. Wiersbe, *The Wiersbe Bible Commentary: New Testament [Comentario de la Biblia Wiersbe: El Nuevo Testamento]* [Colorado Springs, Colo.: David C. Cook, 2007], 123).

que venían también conducirían a Su triunfo último. Si los líderes religiosos no hubieran reconocido al hijo en la parábola como una representación de Jesús, sus actos podrían haber sido algo perdonables. Sin embargo, le dieron muerte a Jesús por lo que Él era, por afirmar ser el Hijo de Dios. Su cegador prejuicio les impedía ver la verdad que Él probó con Sus milagros. La gente común le entendió fácilmente.

Jesús les preguntó:

**¿Ni aun esta escritura habéis leído:
La piedra que desecharon los edificadores
Ha venido a ser cabeza del ángulo;
El Señor ha hecho esto,
Y es cosa maravillosa a nuestros ojos?**

Citó Salmos 118.22, 23, aplicando el concepto de la piedra como cabeza del ángulo a Sí mismo. El salmo fue reconocido como un salmo mesiánico, con la súplica «Oh Jehová, sálvanos ahora, te ruego» en el versículo 25. El equivalente griego de la frase es el «¡Hosanna!» que el pueblo clamó durante la entrada triunfal.

El hecho de que Jesús usara el salmo de esta manera seguramente ofendía a los fariseos. Se les comparó con los edificadores no calificados que no reconocieron la piedra cabeza del ángulo perfecta que había sido cortada en la cantera. Las piedras extremadamente grandes generalmente eran dejadas redondeadas y luego rodadas a un sitio de construcción para cortarlas, como tuvo que haber sido el caso de las enormes piedras del templo. Los líderes del templo cometieron un error al no desear el tipo de construcción que Dios pretendía.

El salmo sobre la piedra se hizo popular en la iglesia primitiva y fue citado a menudo (vea Hch 4.11; Ro 9.32, 33; Ef 2.20; 1ª P 2.4, 7). Los judíos rechazaron a Jesús porque no era su tipo de piedra. A menudo, la cabeza del ángulo era un tipo diferente de las otras piedras utilizadas en un edificio. Las palabras para esta piedra, κεφαλὴν γωνίας (*kephalēn gōnias*, literalmente, «cabeza de la esquina»), también describía la «piedra angular» de un arco en la construcción romana común de esos días. De cualquier manera, constituía la parte más importante de la estructura.

Versículo 12. Los enemigos de Jesús **procuraban prenderle** y le hubieran tomado como prisionero en esa ocasión, sin embargo, **temían a la multitud**. Esperarían hasta poder reunir una multitud que estuviera sometida a la voluntad de ellos. Por el momento, enviaron espías para buscar una manera de darle muerte con apariencia de justicia (vea Lc 20.20).

Lucas 20.19a dice: «Procuraban los principales sacerdotes y los escribas echarle mano en aquella hora, porque comprendieron que contra ellos había dicho esta parábola; pero temieron al pueblo». Estos hombres podían ver fácilmente lo que esto quería decir, a saber: que ellos y sus posiciones de poder serían destruidos. Le temían al pueblo **porque entendían que decía contra ellos aquella parábola**. La parábola fue contada para que pudieran ver a dónde les estaban llevando sus pecados. No se habían quejado en voz alta por el homicidio de Juan, y pronto serían fundamentales en la muerte del Hijo de Dios. No lograron estar a la altura de lo que Dios legítimamente esperaba de ellos, a saber: recibir a Su Hijo como el Cristo. En la parábola, los labradores olvidaron que el dueño seguía vivo y podía enviar oficiales para castigarles cuando finalmente viera lo despreciables que eran.

EL PAGO DE IMPUESTOS A CESAR (12.13–17)⁸

¹³**Y le enviaron algunos de los fariseos y de los herodianos, para que le sorprendiesen en alguna palabra.** ¹⁴**Viniendo ellos, le dijeron: Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no te cuidas de nadie; porque no miras la apariencia de los hombres, sino que con verdad enseñas el camino de Dios. ¿Es lícito dar tributo a César, o no? ¿Daremos, o no daremos?** ¹⁵**Mas él, percibiendo la hipocresía de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis? Traedme la moneda para que la vea.** ¹⁶**Ellos se la trajeron; y les dijo: ¿De quién es esta imagen y la inscripción? Ellos le dijeron: De César.** ¹⁷**Respondiendo Jesús, les dijo: Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. Y se maravillaron de él.**

Versículos 13, 14. Los fariseos y los herodianos continuaron sus esfuerzos para [sorprender] [a Jesús] **en alguna palabra**. Vieron que siempre estaba en guardia y no podía ser sorprendido por ellos. Comenzaron utilizando la adulación, diciendo: **Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no te cuidas de nadie; porque no miras la apariencia de los hombres, sino que con verdad enseñas el camino de Dios**. Lo felicitaron por decir lo que pensaba claramente y no mostrar favoritismo para con ninguna persona altiva, noble o rica (vea Hch 10.34, 35).

Estos «discípulos» de los fariseos, como se les

⁸ Hay relatos paralelos en Mateo 22.15–22 y Lucas 20.20–26.

llama en Mateo 22.16, podrían haber sido hombres jóvenes que tenían el potencial de desarmar las sospechas de Jesús. El detalle notable que se da aquí es que los líderes judíos enviaron a los fariseos y herodianos para sorprender a Jesús. Puede que hayan sido los «espías que se [simulaban] justos» (Lc 20.20) y esperaban sorprender a Jesús en una declaración contra Roma que pudieran informarle al gobernador.

Por lo tanto, le preguntaron: **¿Es lícito dar tributo a César, o no?** Al tomar el control de Judea en el año 6 d.C., Roma nombró a un procurador, lo cual quería decir que la provincia estaba directamente bajo control de César y tendría tropas estacionadas allí, en vista de que se consideraba un lugar problemático. Los impuestos se pagaban entonces directamente a las arcas de César, y la mayoría de los judíos equiparaba este pago con la sumisión a la esclavitud. Los herodianos aceptaban la situación con la esperanza de tener alguna influencia política con Roma, sin embargo, los impuestos eran onerosos y los judíos los resentían. Al pueblo se le requería pagar un impuesto sobre el suelo (una décima parte de todos los granos y una quinta parte del vino y frutos producidos) y un impuesto sobre la renta (el 1% de los ingresos de un hombre). Además, se aplicó un impuesto de censo⁹ a todos los hombres de entre catorce y sesenta y cinco años y a todas las mujeres entre doce y sesenta y cinco; se tenía que pagar un denario solo por el privilegio de existir en Roma.¹⁰

El pueblo de Israel se oponía al señorío de los romanos y les pagaban impuestos a regañadientes, sin embargo, los herodianos los apoyaban.¹¹ Los herodianos, como partidarios de Herodes y de Roma, tendrían fácil acceso a Pilato. Los fariseos consideraban a los herodianos como usurpadores del trono de David, ya que Herodes era un edomita y no de sangre judía pura (aunque era un converso profeso).¹² No obstante, estos dos grupos poderosos

⁹ Cada persona tenía que pagar este impuesto anual. (David Roper, *The Life of Christ, 2: A Supplement [La vida de Cristo: 2: Un suplemento]*, Serie de comentarios de La Verdad para Hoy [Searcy, Ark.: Resource Publications, 2003], 280.)

¹⁰ Barclay, 297–98.

¹¹ Josefo no mencionó a los «herodianos», ni el Nuevo Testamento nombra a los «esenios». Algunos arqueólogos creen ahora que estos grupos eran iguales, en parte debido a una declaración en Josefo acerca de que Herodes valoraba a los esenios. (Josefo *Guerras* 3.2.1 [11]; 5.4.2 [145].)

¹² El abuelo de Herodes, Antipas, se había convertido al judaísmo, probablemente para tener un mayor control de las tierras sobre las cuales Roma lo había colocado. Sin embargo, los prosélitos no se consideraban judíos completos; tampoco los eran sus hijos. Como tercera generación que era, Herodes podría haber

combinaron sus esfuerzos para actuar contra Jesús con su pregunta sobre pagar impuestos:

Si Jesús hubiera dicho que César tenía el derecho de cobrar impuestos en Judá, los herodianos se habrían sentido satisfechos, sin embargo, los fariseos le habrían denunciado ante la multitud como un hombre que se ponía del lado de sus opresores. Si, por otra parte, hubiera negado el derecho de Roma a cobrar impuestos, los herodianos habrían tenido todo lo que necesitaban para denunciarlo ante las autoridades romanas en Judea.¹³

William Hendriksen dijo: «Era una extraña coalición entre lo sagrado y lo sacrílego».¹⁴

Versículos 15, 16. Evidentemente, Jesús no llevaba dinero. **Percibiendo la hipocresía de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis? Traedme la moneda para que la vea,** y preguntó: **¿De quién es esta imagen y la inscripción?** Por venir de uno de sus propios monederos, la moneda indicaría que los propios cuestionadores estaban usando el dinero del César. La gente respondió: **De César.** La imagen en ella era la de Tiberio César, un hombre notoriamente inmoral. «César» era un nombre propio de Julio, y de Augusto por adopción; después de Tiberio, se convirtió en un título. En el frente de la moneda estaban las palabras «De Tiberio César, el Divino Augusto, el Hijo de Augusto»; y el inverso decía: «Pontifex Maximus», que le declaraba como «El Sumo Sacerdote de la Nación Romana».¹⁵ Aceptar el uso de su acuñación era reconocer el derecho y el poder del gobernante. Cuando un territorio se rebelaba, uno de los primeros actos era hacer nuevas monedas para su uso. El poder de un rey se medía con la aceptación de su moneda. Puesto que su imagen estaba en ella, era en cierto sentido su propiedad personal.

La paráfrasis de Warren W. Wiersbe establece claramente el caso. La respuesta de Jesús fue algo como lo que sigue:

sido «considerado un judío completo», aunque no le considerara religioso. (Peter Richardson, *Herod: King of the Jews and Friend of the Romans [Herodes: rey de los judíos y amigo de los romanos]* [Minneapolis: Fortress Press, 1996], 52–53.)

¹³ Ronald J. Kernaghan, *Mark (Marcos)*, The IVP New Testament Commentary Series (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2007), 230.

¹⁴ William Hendriksen, *Exposition of the Gospel According to Mark (Exposición del evangelio según Marcos)*, New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1975), 480.

¹⁵ Hendriksen, 483. Esto se inscribió en forma abreviada, al igual que la mayoría de las inscripciones en piedra y en moneda.

La imagen de César está en sus monedas, por lo que se tienen que acuñar con su autoridad. El hecho de que posean estas monedas y las usen indica que creen que valen algo. Por lo tanto, ya están aceptando la autoridad de César, o ¿no usarían su dinero! Sin embargo, no olviden que fueron creados a imagen de Dios y, por lo tanto, también deben vivir bajo la autoridad de Dios.¹⁶

Versículo 17. Respondiendo Jesús, les dijo: Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. Nadie que acepte los beneficios del estado debe negarse a pagar impuestos para sostenerlo. Un beneficio de la dominación romana lo constituía la famosa paz general (*pax Romana*), que despejó los mares de piratas y las carreteras de ladrones. Con sus acueductos y su sistema vial que promovía el comercio y la comunicación, el gobierno romano se ganó la admiración del mundo antiguo.¹⁷

Si bien Jesús abogó por el pago de impuestos, hizo notar que las personas, a diferencia de las monedas de César, tienen la imagen de Dios y pertenecen a Dios (Gn 1.26, 27). Jesús le otorgó al estado civil el derecho a existir. La enseñanza de Pablo en Romanos 13.1–6 estaba en completa armonía con la visión de Jesús. Jesús dio a entender que Sus discípulos tienen que respetar el estado civil; sin embargo, su mayor lealtad tiene que pertenecer a Dios. Por lo tanto, las personas tienen que seguir sus conciencias individuales y hacer lo correcto en el ámbito espiritual o religioso. Dios sigue reinando de manera suprema. Ningún buen judío podía debatir esa verdad, aunque no la practicara.

Jesús demostró que usar la moneda de César con el término «Augusto Divino» en ella no estaba concediendo que los Césares pasados o presentes fueran «divinos». Bien podría haber sido un punto en el argumento contra los impuestos de César. En consecuencia, la iglesia primitiva nunca se opuso a pagar impuestos; fue únicamente a la práctica de llamarle «Señor» (*Kurios Kaisar*) a César lo que rechazaron.

Cuando no estemos de acuerdo con el gobierno, podríamos expresar nuestro disgusto mediante el voto u otros medios legales; sin embargo, tenemos que seguir pagando nuestros impuestos. Se nos manda a «[honrar] al rey» (1ª P 2.17). Sin una autoridad que se respete, prevalecería la anarquía;

¹⁶ Warren W. Wiersbe, *Be Diligent (Mark) (Sé diligente [Marcos])* (Colorado Springs, Colo.: David C. Cook, 1987), 140.

¹⁷ Aún hoy, una ruta principal desde el sur de Italia hasta Roma es la Vía Apia, por la que Pablo llegó por primera vez a la capital.

la vida o propiedad de cualquiera no estaría a salvo de confiscación o destrucción. Se necesita una fuerte influencia cristiana en el gobierno, incluida la fuerza policial, ya que ha de ser un «servidor de Dios [...] para [...] bien» (Ro 13.4).

Incluso estudiantes instruidos en la Ley estaban desconcertados en cuanto a cómo podrían responder a la respuesta de Jesús. No podían acusarlo ante Pilato, porque aprobaba el pago de impuestos. No podían acusarlo ante el pueblo, porque ellos mismos pagaban a regañadientes los impuestos con las monedas de César y estaban haciendo lo que Jesús enseñaba. No es de extrañar que **se maravillaron de él**. Nadie, entonces ni ahora, podría justamente llamar a Jesús un «revolucionario». Sin embargo, la disposición a pagar impuestos tuvo que haber desilusionado a algunos de ellos y les podría haber llevado a desertar de Jesús.

LA PREGUNTA DE LOS SADUCEOS SOBRE EL MATRIMONIO Y EL MÁS ALLÁ (12.18–27)¹⁸

¹⁸Entonces vinieron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron, diciendo: ¹⁹Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de alguno muriere y dejare esposa, pero no dejare hijos, que su hermano se case con ella, y levante descendencia a su hermano. ²⁰Hubo siete hermanos; el primero tomó esposa, y murió sin dejar descendencia. ²¹Y el segundo se casó con ella, y murió, y tampoco dejó descendencia; y el tercero, de la misma manera. ²²Y así los siete, y no dejaron descendencia; y después de todos murió también la mujer. ²³En la resurrección, pues, cuando resuciten, ¿de cuál de ellos será ella mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer?

²⁴Entonces respondiendo Jesús, les dijo: ¿No erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras, y el poder de Dios? ²⁵Porque cuando resuciten de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles que están en los cielos. ²⁶Pero respecto a que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo le habló Dios en la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? ²⁷Dios no es Dios de muertos, sino Dios de vivos; así que vosotros mucho erráis.

Versículo 18. Los saduceos se acercaron a

¹⁸ Hay relatos paralelos en Mateo 22.23–33 y Lucas 20.27–39.

Jesús con lo que tuvo que haber sido uno de sus argumentos favoritos. Este argumento sobre el más allá jamás había sido respondido efectivamente por los fariseos debido a su conocimiento limitado del estado futuro. Sin embargo, Jesús sabía y entendía las Escrituras; y solo Él podría responder a sus argumentos porque Él sabe todas las cosas, incluso sobre nuestro futuro en el cielo.

La presente constituye la única vez que a los saduceos se les nombra en Marcos. Se les menciona siete veces en Mateo y una vez en Lucas, sin embargo, no se les menciona en Juan. Los miembros de esta secta eran aristocráticos y orgullosos. Debido a que estaban enamorados de este mundo y sus bienes, su espiritualidad era débil. No constituían un gran partido, sin embargo, aparentemente eran ricos. Algunos saduceos eran sacerdotes, y algunos de ellos ascendieron al sumo sacerdocio.

Los saduceos diferían mucho de los fariseos. Rechazaban las innovaciones de los fariseos¹⁹ mientras afirmaban adherirse estrictamente al Pentateuco para sus creencias. También decían **que no hay resurrección**. Pablo hizo un resumen de la doctrina de ellos cuando dijo que ellos creían «que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero los fariseos afirman estas cosas» (Hch 23.8).

Los que cuestionaban a Jesús sabían que Él creía en la vida después de la muerte, y fue posiblemente el principal desacuerdo que tuvieron con Él. Los saduceos creían que un hombre fallecido podía continuar su vida solo mediante su descendencia. No creían en la inmortalidad. Decían que la Torá no presentaba ningún argumento claro para ello. Su pregunta de prueba fue diseñada para hacer que la idea de la resurrección pareciera ridícula.

Versículos 19–22. Los saduceos le presentaron el siguiente escenario a Jesús: **Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de alguno muriere y dejare esposa, pero no dejare hijos, que su hermano se case con ella, y levante descendencia a su hermano. Hubo siete hermanos; el primero tomó esposa, y murió sin dejar descendencia. Y el segundo se casó con ella, y murió, y tampoco dejó descendencia; y el tercero, de la misma manera. Y así los siete, y no dejaron descendencia; y después de todos murió también la mujer.** El caso en sí se basaba en la ley judía del matrimonio levirato²⁰ (vea Dt 25.5–10). En una familia con dos o

¹⁹ Josefo dijo que «los fariseos [habían] entregado al pueblo muchas prácticas por sucesión de sus padres, que no están escritas en las leyes de Moisés» (Josefo *Antigüedades* 13.10.6 [297]).

²⁰ *Levir* es de la palabra latina para «cuñado».

más hermanos, si uno moría sin tener hijos con su mujer, el siguiente hermano había de casarse con la viuda y criar un hijo para su hermano muerto.²¹ El niño llevaría el nombre del fallecido y sería el heredero legal del difunto en lugar del padre físico. Lo anterior garantizaba que el nombre de la familia continuaría y que la propiedad permaneciera dentro de la familia. Para los días de Jesús, era evidentemente una «ley poco utilizada», excepto entre los judíos más ortodoxos.²² Sin embargo, todos recordaban a Onán, que había sido muerto por Dios por negarse a tener descendencia con la mujer de su hermano fallecido (Gn 38.8–10).

Versículo 23. Los saduceos luego preguntaron: **En la resurrección [...] ¿de cuál de ellos será ella mujer...?** Su caso podría haber sido exagerado, sin embargo, reflejaba un problema para el que nadie había podido encontrar una solución razonable. Seguramente, pensaron, incluso hermanos amorosos en el cielo podrían discutir por una mujer. Tuvieron que haber esperado que Jesús negara la creencia ortodoxa en una resurrección o hiciera alguna declaración por la que pudieran criticarlo. Apenas podían esperar que Él rechazara la resurrección, sin embargo, anticipaban que podría decir algo despectivo sobre la ley de levirato. Al parecer, había hablado en contra de leyes sobre carnes limpias e inmundas en Marcos 7.15, 20–23.

Jesús tuvo que refutar el argumento de los saduceos en contra de la resurrección, ya que toda la doctrina de su evangelio dependía de ello. Negar la existencia de espíritus se acerca a negar la existencia misma de Dios. La incredulidad básica de los saduceos tenía que ver con la existencia del espíritu del hombre. Si no había espíritu en el hombre, no podría haber resurrección.

Versículo 24. Los saduceos, como los fariseos, habían cometido el grave error de agregarles a las Escrituras. Habían asumido que cualquier vida futura tendría que ser así. Sin embargo, después de que ascendió, Jesús autorizó a Pablo a decir que los cristianos tendrán «cuerpos espirituales» en la eternidad (1ª Co 15.42–44). Si bien las necesidades de la carne ya no existirán (1ª Co 6.13), no quiere decir que no nos conoceremos en la gloria. Seguramente, todavía reconoceremos y amaremos a nuestros amigos de esta vida.

²¹ El relato apócrifo de Tobit, escrito alrededor del año 200 a.C., habla de una mujer que tenía siete maridos, pero sin hijos. (Tobit 3.8.) Puede que los saduceos hayan creído que el relato se basaba en hechos.

²² John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels* (*Armonía de los evangelios del laico*) (Nashville: Broadman Press, 1961), 260.

Puesto que los saduceos aceptaban el Pentateuco, Jesús les respondió comenzando desde ahí. Comenzó donde estaban y continuó desde ahí. La suposición de los saduceos sobre el más allá reflejaba su punto más débil, a saber: **[ignoraban] [...] el poder de Dios.**

Versículo 25. Jesús respondió que **cuando resuciten de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles que están en los cielos.** Si bien no tendremos sexo, al igual que los ángeles, y el matrimonio será innecesario para nuestro gozo en la vida celestial, no seremos como los ángeles en todos los aspectos. De hecho, en cierto sentido los juzgaremos a ellos (1ª Co 6.3). Incluso seremos como Cristo cuando le veamos (1ª Jn 3.1, 2). Los saduceos no sabían que Dios tiene el poder de levantar a Sus santos y de darles cuerpos gloriosos que no necesitan realización sexual.

Cuando nos apartamos de la Palabra de Dios, todos nuestros esfuerzos por comprender la realidad de nuestra existencia futura serán inútiles. Si los saduceos hubieran estudiado toda la Palabra de Dios, habrían encontrado las implicaciones de la resurrección en 1º Reyes 17.22 y 2º Reyes 4.35 (vea Sal 133.3; Ecl 3.11). En la reaparición de Samuel después de su muerte, habrían visto pruebas de que nuestra existencia continúa después de la muerte (1º S 28.12–19). David confiaba en que volvería a ver a su hijo muerto (2º S 12.15–23). Los casos de aquellos traspasados a la eternidad sin ver la muerte también suponen vida más allá de lo que conocemos en la tierra (Gn 5.22–24; 2º R 2.11).

Job tenía una gran certeza de que miraría a Dios «en [su] carne» (Job 19.25, 26). Incluso la idea de «andar en» el valle de sombra de la muerte, en lugar de simplemente «entrar» en él, supone una vida futura (Sal 23.4). Además, David profetizó que el (Mesías) «santo» no permanecería en el sepulcro (Sal 16.10; vea Hch 2.27). Otras Escrituras relacionadas aluden a la vida eterna.²³ Por supuesto, la dependencia de los saduceos únicamente en el Pentateuco eliminaba la posibilidad de que aprendieran de estos pasajes posteriores.

Versículos 26, 27. Las enseñanzas más asombrosas de Jesús son aquellas en las que resaltó verdades del Antiguo Testamento que nadie más había notado. Estas ideas se aclararon cuando Jesús expuso el significado real de los pasajes. Jesús sabía que la respuesta más simple

²³ Vea Is 14.9; 25.8; 26.19; 66.24; Ez 37.1–14; Dn 12.2.

es la mejor respuesta. Aquí, volvió a las palabras de Dios, citando de Éxodo 3.6, «el pasaje sobre la zarza ardiente», según la NASB.²⁴ Lo que estaba escrito en los escritos de Moisés había sido dicho por Dios: **Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.** Jesús le dio forma a Su argumento con el tiempo presente del verbo «ser». Los patriarcas habían muerto hacía ya mucho tiempo cuando Dios le declaró lo anterior a Moisés, sin embargo, Dios seguía siendo el Dios de ellos. Puesto que es siempre el **Dios de vivos**, los judíos tenían que reconocer que esos patriarcas aún tenían que estar vivos en espíritu, aunque sus cuerpos habían fallecido hace mucho tiempo.

Lo anterior demuestra que a Dios le preocupan los justos que han fallecido. Si no existieran, entonces Dios sería «el Dios de *nada*».²⁵ La creencia de los patriarcas en una vida futura tuvo que haber sido generalmente admitida para que los argumentos de los hebreos tuvieran valor. Por ejemplo, el escritor de ese libro habló de que Isaac fue «[vuelto] a recibir» (He 11.19).

El razonamiento de Jesús no prueba el hecho de la resurrección, sin embargo, sí muestra la existencia de espíritus más allá de la sepultura. Por lo tanto, se tenía que ver la resurrección como una posibilidad real, y no una imposibilidad, como imaginaban los saduceos. Por supuesto, hoy tenemos una prueba mucho mayor con la resurrección de Cristo: «Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho» (1ª Co 15.20).

El error de los saduceos movió a Jesús a decirles: **vosotros mucho erráis.** La declaración también puede traducirse como «se están engañando a sí mismos».²⁶ Sin la convicción de que Dios ofrece vida eterna, los hombres están, de hecho, sin esperanza y son dignos de lástima (vea 1ª Co 15.19). Incluso con la revelación que produce fe, tenemos poco conocimiento de lo que Dios ha preparado para nosotros más allá de esta vida (vea 1ª Jn 3.2a). Sin embargo, Jesús ha afirmado que ni siquiera la muerte puede destruir la relación justa que tiene una persona con Dios.

No creer en una vida después de la muerte constituye un error trascendental, porque la falta de preocupación por el más allá y el juicio elimina la motivación para creer en Dios. La fe en Él constituye una necesidad absoluta (He 11.6).

²⁴ N. del T.: La frase no aparece en la Reina-Valera.

²⁵ Roper, 286.

²⁶ Hendriksen sugirió que «“Ustedes se equivocan” [...] podría no ser una mala interpretación» (Hendriksen, 489).

La única pregunta de verdadero significado en la vida es «¿Estoy listo para encontrarme con Dios?».

EL MAYOR MANDAMIENTO (12.28–34)²⁷

²⁸Acercándose uno de los escribas, que los había oído disputar, y sabía que les había respondido bien, le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos? ²⁹Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. ³⁰Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. ³¹Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos. ³²Entonces el escriba le dijo: Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él; ³³y el amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios. ³⁴Jesús entonces, viendo que había respondido sabiamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios. Y ya ninguno osaba preguntarle.

Versículo 28. Mateo 22.34, 35 informa que cuando los fariseos vieron cómo silenciaron a los saduceos, enviaron a un «intérprete de la ley» con su pregunta más desafiante: **¿Cuál es el primer mandamiento de todos?** Un intérprete de la ley era un experto en la Ley, en otras palabras, enviaron a su mejor hombre con su mejor pregunta para Jesús.

Bien podría ser que muchos de los escribas entre los fariseos posteriormente se convirtieran al cristianismo. Hechos 6.7 menciona a sacerdotes que creyeron. Estos sacerdotes/ escribas eran instruidos en las Escrituras, sin embargo, probablemente más en leyes orales tradicionales que los fariseos conocían bastante bien.

Algunos judíos consideraban que el mandamiento a sacrificar constituía el más grande de los mandamientos, y otros creían que el mandamiento a purificarse era el más importante. Algunos aparentemente pensaban que el uso de «filacterias» era el más importante (Mt 23.5).

Según el rabino Simlai:

Seiscientos trece preceptos fueron comunicados a Moisés, trescientos sesenta y cinco pre-

ceptos expresados en negativo, correspondientes al número de días solares [en el año], y doscientos cuarenta y ocho preceptos positivos, correspondientes al número de miembros²⁸ del cuerpo del hombre.²⁹

Independientemente de la respuesta dada por Jesús, alguien podría haber defendido firmemente que otro mandamiento era el más grande.

Versículos 29–31. Como de costumbre, Jesús respondió rápidamente a la pregunta de ellos, citando de Deuteronomio 6.4, 5 (el Shema³⁰) y Levítico 19.18.³¹ Él dijo: **El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos.** Estaba declarando que todo en la vida podía resolverse amando a Dios y amando al prójimo. Jesús había sabido por mucho tiempo el fundamento de todo el propósito de Dios para la Ley, y había venido a cumplirla. El final de la Ley había de verse en la venida de la «simiente» (descendencia) profetizada de Abraham (Gá 3.19).

Aparentemente, incluso en los días de Jesús, el Shema era citada diariamente en las oraciones matutinas y vespertinas. También se utilizó en el servicio semanal de las sinagogas. Sin embargo, no quiere decir que la forma de aplicar el Shema era bien entendida. Quizás se expresaba al principio como una defensa contra el paganismo y luego contra los cristianos. Constituía una de las porciones más conocidas de las Escrituras, sin embargo, en general no se reconoció como la más significativa. Unos pocos eruditos perceptivos entre los rabinos podrían haber creído que era el mayor mandamiento.

¿Cómo hemos de amar a Dios? Nos ha dicho: «con todo tu corazón», es decir, con todas nuestras emociones; «con toda tu alma [ψυχή, *psuchē*]»,

²⁸ Este recuento se refiere a articulaciones y huesos, excluyendo dientes.

²⁹ Talmud de Babilonia *Makkoth* 23b. Los «preceptos negativos» se refieren a acciones que se deben evitar, mientras que los «preceptos positivos» son mandamientos a hacer algo.

³⁰ El nombre «Shema» viene de la primera palabra en Deuteronomio 6.4, שְׁמָע (*sh'ma*, «escucha»).

³¹ R. A. Cole, *The Gospel According to St. Mark: An Introduction and Commentary (El Evangelio según San Marcos: Una Introducción y Comentario)*, The Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1973), 192.

²⁷ Hay un relato paralelo en Mateo 22.34–40.

o «vida», como se traduce la palabra en 10.45. Tenemos que amarle lo suficiente como para renunciar a nuestras vidas por Él o para dedicar nuestras vidas a Su servicio. También dijo que hemos de amarle «con toda [nuestra] mente» o intelecto. En lugar de enorgullecernos de nuestros propios logros, hemos de buscar la gloria de Dios. ¿Cómo puede alguien afirmar que ama a Dios con toda su mente si no estudia Su Palabra con diligencia y regularidad? La voluntad de Dios tiene que tener preeminencia en nosotros. Además, se nos dice que le amemos «con todas [nuestras] fuerzas», con todo el poder y el vigor que poseemos. Nuestra fuerza física y la destreza mental han de usarse para Dios con completo dominio propio.

Amar a Dios de esta manera nos llevará a obedecer todos Sus mandamientos. Incluso bajo el Antiguo Testamento, el amor a Dios y al prójimo era el objetivo de la Ley; por lo tanto, obedecer este mandamiento, como lo resumió Jesús, cumple la ley de Dios (Ro 13.8–10). En otra ocasión, Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn 14.15). El amor nos motivará a hacer el bien a nuestro prójimo en todas las formas que podamos concebir como lo mejor para ellos. Amar de manera genuina al prójimo como a uno mismo evitará que una persona peque contra ese prójimo.

En Su debate con el intérprete de la ley en Lucas 10.25–37, Jesús contó una parábola en respuesta a la pregunta «¿Quién es mi prójimo?». El relato que usó, el del buen samaritano, se ha convertido en uno de los más populares de todos Sus relatos. Sin embargo, el relato respondía a una pregunta ligeramente diferente: «¿De quién debo ser el prójimo?». Jesús amplió el concepto de un «prójimo» para incluir más que los que están cerca. Si deseamos ser los prójimos que debemos ser, no haremos la pregunta que hizo el escriba; simplemente serviremos a todos los que nos rodean cuando tengamos oportunidad. Como de costumbre, Jesús citó una ley conocida, sin embargo, le dio la interpretación que Dios originalmente había pensado para ella, en lugar de la explicación judía del momento. «La singularidad de la enseñanza de Jesús fue percibida incluso por Sus enemigos».³²

Versículos 32, 33. El escriba reconoció la sabiduría de las palabras de Jesús y dijo: **Bien,**

³²R. C. Foster, *Studies in the Life of Christ (Estudios en la vida de Cristo)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1971), 1177.

Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él. La respuesta de Jesús constituía obviamente una verdad absoluta. En este contexto, el intérprete de la ley se vio obligado a estar de acuerdo sin objeción. Estuvo de acuerdo con la enseñanza de que Dios era «uno» y dijo que **amarle** era más importante **que todos los holocaustos y sacrificios**. Basándonos en Su respuesta a este inquisidor, podemos decir que Jesús lo vio como un estudiante sincero de la Palabra de Dios.

Los rabinos enseñaron la importancia del amor, sin embargo, ninguno (o muy pocos) había unido los dos mandamientos en el contexto del templo. Enseñar y practicar el amor a Dios y el amor a los demás habría impuesto más perfectamente la voluntad de Dios sobre los judíos. Incluso los profetas habían enfatizado la «misericordia» sobre el sacrificio formal (Os 6.6).

Las tres grandes porciones de la enseñanza judía consistían en la Ley, el templo y la elección especial de Israel. Cuando Pablo fue acusado de oponerse a las tres, fue atacado por una multitud (Hch 21.28). Jesús había sido probado en relación con el templo y la elección especial de Israel; en este contexto, estaba siendo probado en relación con Su ortodoxia sobre la enseñanza más grande de la Ley. El escriba fue lo suficientemente sabio como para admitir que Jesús había pasado la prueba sin errores. Con su mente instruida en la ley, repitió las palabras de Jesús lenta y exactamente. Sabía que Jesús se había enfocado en un punto indiscutible.

Versículo 34. El escriba **había respondido sabiamente**, lo que llevó a Jesús a decir: **No estás lejos del reino de Dios**. Las palabras de Jesús nos recuerdan 1° Samuel 15.22, que declaraba que la obediencia de Israel era más importante para Dios que cualquier sacrificio. El escriba admitió la sabiduría de Jesús y puede que ya había llegado a esta convicción. De ser así, estaba reconociendo que Jesús era tan sabio y conecedor como él mismo con respecto a la Ley. Como era un verdadero buscador de la verdad, estaba muy cerca del reino. No era como los que intentaban sorprender a Jesús en algo. Como Jesús había dado una respuesta irrefutable, y como los escribas no estaban dispuestos a avergonzarse más, **ya ninguno osaba preguntarle**. La jerarquía judía, admitiendo tanto su derrota como su desesperación, determinó que tenían que actuar más rápidamente para darle muerte.

JESÚS, SEÑOR Y CRISTO
(12.35–37)³³

³⁵Enseñando Jesús en el templo, decía: **¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David?**

³⁶Porque el mismo David dijo por el Espíritu Santo:

Dijo el Señor a mi Señor:

Siéntate a mi diestra,

Hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies.

³⁷David mismo le llama Señor; ¿cómo, pues, es su hijo? Y gran multitud del pueblo le oía de buena gana.

Versículos 35–37. Mientras Jesús continuaba enseñando en el templo, preguntó: **¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David?** (12.35). Revirtió la situación, obligando a Sus inquisidores a enfrentar una decisión que también nosotros tenemos que enfrentar: En resumen, «¿Quién es Jesús?». Mateo 22.41 dice que los fariseos aún estaban juntos cuando Jesús presentó la presente serie de preguntas. Comenzó preguntando acerca de la autoridad de Juan (Mr 11.30) y se negaron a responder. Concluyó con un desafío igualmente difícil. Jesús solía responder fácilmente a las preguntas, fueran o no sinceras. Podría haber explicado la fuente de Su autoridad y la de Juan, sin embargo, se negó a dar una respuesta porque no la habrían aceptado.

El propósito de Jesús en plantear esta última pregunta fue mostrar que, antes de que hicieran arreglos para Su muerte, estos líderes de los judíos tenían que reconocer la verdadera grandeza del Mesías a quien profesaban estar esperando. Estaban anticipando un Mesías como David, que derrotaría a sus enemigos y los liberaría de su esclavitud financiera y política a Roma. Si había de ser el «hijo de David», ¡seguramente podría hacer lo que David había hecho y guiarlos a la victoria sobre sus enemigos! Para entender Marcos 12.35, tenemos que saber que «Cristo» no era para ellos un nombre personal sino un título. La palabra hebrea «Mesías» (מָשִׁיחַ, *Mashiach*) y el equivalente griego, «Cristo» (Χριστός, *Christos*), se refieren al Ungido de Dios. Los judíos concedieron que el Mesías había de ser el hijo de David (vea Mt 22.43), sin embargo, solo entendieron que quería decir que Él era del linaje de David.³⁴ Tuvieron dificultades para entender

cómo podría ser el Mesías el Señor de David. En este punto, Jesús expuso que el Padre y el Hijo comparten el trono del cielo,³⁵ y dijo:

Dijo el Señor a mi Señor:

Siéntate a mi diestra,

Hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies (12.36; vea Sal 110.1).

Varios pasajes del Nuevo Testamento muestran a Jesús como descendiente de David (Mt 1.1; Lc 3.23–31). Sin embargo, los escribas habían complicado la frase «hijo de David» (υἱὸς Δαυίδ, *uios David*) con sus connotaciones políticas. La intención de Dios nunca fue que el Mesías manifestara autoridad política. Jesús intentó mostrarles a estos líderes religiosos que la idea de un Mesías guerrero que fundaría un imperio terrenal era incorrecta.³⁶ **David mismo le llama Señor; ¿cómo, pues, es su hijo?** (12.37a). En vista de que David era el antepasado, el pensamiento judío exigía que fuera más grande que su «hijo». Si era así, ¿cómo podía David llamarle «Señor»? Para que Cristo sea el «Señor» de David, tiene que ser superior a David.

No es necesario creer que Jesús, en esta coyuntura, estaba afirmando ser más grande que David; simplemente estaba mostrando que el Mesías sería más grande. ¿Cómo es posible? No tenían una respuesta porque sabían que el Mesías/Cristo había de ser un hombre. Jesús les había presentado un dilema sin respuesta a menos que se pudiera ver a Cristo como algo más que humano.

Los líderes religiosos habían elegido involucrar a Jesús en un debate, y a la multitud le encantó la manera inteligente como derrotó los esfuerzos de ellos para sorprenderle en el error.³⁷ Los fariseos no podían explicar cómo el hijo de David podía ser llamado «Señor» porque no aceptaban la deidad de Cristo (vea Mt 22.45, 46). Para ayudarlos, Jesús enfatizó que David había hablado **por el Espíritu Santo** y que las palabras del salmista fueron divinamente inspiradas. Los fariseos tuvieron que haber estado de acuerdo en que David estaba inspirado y se daban cuenta de que no era solo algo que Jesús estaba inventando para mostrar que el Mesías era más que un simple hombre. De hecho, este punto es un tema fundamental de fe establecido en el Nuevo Testamento. Quien cree en las Escrituras tiene que aceptar la inspiración

³³ Hay relatos paralelos en Mateo 22.41–46 y Lucas 20.41–44.

³⁴ Esta idea se encuentra en muchos pasajes: Sal

89.20–29; Is 9.7; 11.1; Jer 23.5, 6; 33.14–18; Ez 34.23, 24.

³⁵ Foster, 1177.

³⁶ Barclay, 312.

³⁷ English, 200.

tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento y, en consecuencia, comprender que Jesús es más que un hombre.

Al intentar refutar este poderoso argumento presentado por Jesús, los rabinos han sostenido que Salmos 110 no tenía la intención de ser un salmo mesiánico. Negando que fue escrito por David, algunos incluso han afirmado que fue escrito por Abraham o Ezequías.

Pedro usó esta misma cita en el día de Pentecostés para demostrarles a más de tres mil oyentes que el Jesús a quien habían crucificado era el Señor (Hch 2.34, 35). La conclusión inspirada de Pedro fue al punto. Él dijo: «Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (Hch 2.36). La única forma para que el Mesías fuera superior a David era que fuera algo más que el simple hijo de David.

Si la audiencia de Jesús en Marcos 12.35–37 aceptaba la verdad aseverada por Él, tendrían que reconocer al Mesías como divino. No es de extrañar que Salmos 110 fuera usado continuamente por los primeros cristianos en debates con los judíos para defender la deidad de Cristo. Como los fariseos no podían reconciliar lo anterior con sus prejuicios, vieron una alternativa: Tenían que darle muerte a Jesús. Sus ideas preconcebidas les impedían aceptar la verdad obvia cuando se les señalaba en sus propias Escrituras. Las personas hoy rechazan la clara enseñanza por la misma razón.

El punto de vista que dice que Cristo comparte un trono con Dios en el cielo constituye una motivación profunda para los cristianos. Podemos confiar en que todos Sus enemigos serán derrotados. Aunque la causa de Cristo a veces parezca pisoteada, no siempre será así. ¡Cristo reina como rey!

El capítulo 12 ha sido llamado «El Capítulo de Preguntas»: «De dieciséis preguntas registradas, los líderes judíos preguntaron cinco, y Jesús preguntó once».³⁸ Comenzaron preguntando de dónde extraía Su autoridad, y Jesús aparentemente se negó a responderles. Si hubieran sido honestos y le hubieran aceptado como el Mesías Davídico, se habrían dado cuenta de dónde obtenía Su autoridad. Jesús, aparentemente sin responderles, respondió para que todos los verdaderos creyentes puedan ver la verdad.

Y gran multitud del pueblo le oía de buena gana (12.37b). La declaración probablemente aplica

³⁸ Foster, 1178.

a 12.38–40 así como a 12.35–37.³⁹ La expresión es similar a la que se usó de Herodes cuando escuchó a Juan el Bautista (6.20). Pese a que escuchó a Juan, decapitó al Bautista, mostrando su debilidad y inconstancia para con la verdad de Dios. Puede que algunos en la audiencia de Jesús hayan sido presa de una debilidad similar poco después cuando pidieron que crucificaran a Jesús.⁴⁰

Otra posibilidad es que estas personas encontraran gozo al saber que su Mesías era mayor que David, lo que sin duda los llevó a anticipar una gran victoria sobre sus opresores romanos.⁴¹

El pueblo ordinario «le escuchó gustosamente» (KJV), mientras que los fariseos se rindieron y se fueron. Como a menudo era el caso, al pueblo ordinario le agradaba escuchar las palabras de Jesús y las aceptaba con una fe simple, sin buscar excepciones. Esto muestra que incluso en la última semana de la vida de Jesús, las masas (especialmente Sus seguidores de Galilea) estaban ansiosas por escucharlo. A menudo nos sorprende que el pueblo ordinario viera claramente la verdad cuando los que eran líderes religiosos no podían ver lo que era claramente lógico y verdadero. Algunos, principalmente de Judea, siguieron ciegamente al Sanedrín y pidieron la sangre de Jesús.

LA OSTENTACIÓN DE LAS ESCRIBAS (12.38–40)⁴²

³⁸Y les decía en su doctrina: Guardaos de los escribas, que gustan de andar con largas ropas, y aman las salutations en las plazas, ³⁹y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas; ⁴⁰que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación.

Versículos 38, 39. Jesús parece haber estado abordando directamente el tema de lo que se tiene que evitar para practicar el amor a Dios y al prójimo y para aceptar a Cristo como Señor. Mateo 23.1–36 da una descripción más completa de la denuncia que hace Jesús de las prácticas hipócritas de los escribas y los fariseos. Aquí dijo: **Guardaos**

³⁹ Barclay hizo notar que fue Estéfano, en el siglo xvi, quien dividió los versículos. Se dice que lo hizo mientras viajaba desde su casa hasta su taller de impresión. (Barclay, 312–13.)

⁴⁰ Hendriksen, 501.

⁴¹ Allen Black, *Mark (Marcos)*, The College Press NIV Commentary (Joplin, Mo.: College Press Publishing Co., 1995), 219.

⁴² Hay relatos paralelos en Mateo 23.1–39 y Lucas 20.45–47.

de los escribas, que gustan de andar con largas ropas (12.38b).⁴³ Ser visto por los hombres era el objetivo de ellos; amaban los asientos principales en las sinagogas y en las fiestas, y hacían largas oraciones como un pretexto de santidad (12.39, 40b). Se esperaba que los rabinos oraran durante una hora diaria, con meditación una hora antes y una hora después.⁴⁴ Si bien parecían ser justos y santos, ¡idearon planes para dejarse las casas de las viudas! Jesús denunció nada más plenamente que la hipocresía.

Los escribas no eran una secta (como lo eran los fariseos); ser escriba era una ocupación. Sin embargo, muchos de los escribas tuvieron que haber sido fariseos. La reprensión de ellos por parte de Jesús frente a una multitud tuvo que haber avergonzado a los escribas y especialmente a los fariseos, que amaban grandemente el espectáculo público (12.37, 38). Jesús habló contra las filacterias grandes (cajas que contenían Escrituras) que llevaban para mostrar su piedad (Mt 23.5). Es probable que estos «expertos en la ley» también llevaran franjas (vea Nm 15.38) para mostrar su lugar entre las personas especiales de Dios y su conocimiento de la Ley. Su vestimenta los hacía parecer distintos (y más importantes) que los demás.

Además, estos líderes **aman las saluciones en las plazas** (12.38c); les encantaba el saludo «Rabí», que significaba «Mi Grande» o «Mi Maestro» (Mt 23.7, 8). Incluso en **cenar**, querían **los primeros asientos** (12.39b). Amaban **las primeras sillas en las sinagogas** (12.39a). Los asientos prominentes en las sinagogas eran los que estaban frente a la audiencia. Sentados allí, los que buscaban el elogio de los hombres no podían ser obviados. En las cenas había un estricto orden de honor en los asientos; los de más honor eran colocados lo más cerca posible del anfitrión. En Lucas 14.7–11, Jesús recomendó que los invitados tomaran los asientos más bajos para evitar ser avergonzados cuando se les pidiera descender. ¡Los orgullosos y altaneros merecen ser humillados!

Versículo 40. Cuando nadie estaba mirando, estos líderes religiosos **[devoraban] las casas de las viudas**. En el presente capítulo se menciona a continuación a una viuda pobre, tal vez para contrastar su sinceridad y generosidad con la hipocresía descrita en esta sección. A los judíos

⁴³ Sin duda, las túnicas rabínicas representaban un nivel de conocimiento (educación) o autoridad, como lo hacen las ropas clericales hoy en algunas denominaciones.

⁴⁴ Talmud de Babilonia *Berakoth* 32b.

se les enseñaba que todos los rabinos debían tener una ocupación, aunque nada era más honorable que apoyar a un rabino. Algunos de los fariseos se aprovechaban de esta enseñanza y, en realidad, engañaban a las viudas pobres para dejarse sus casas. Los escribas también **[hacían] largas oraciones**, que no eran sinceras, sino sólo **por pretexto**.

Jesús dio a entender que se impondrán castigos mayores y menores en el día del juicio (vea Mt 11.20–22), y parece seguro que «será más tolerable el castigo para Tiro y Sidón» en ese día que para aquellos que ocultan su servicio a Satanás con ropas de justicia. Jesús dijo que **recibirán mayor condenación**. No es de extrañar que Jesús pronunciara un «ay» contra los fariseos que hacían a sus discípulos / conversos «dos veces más hijo del infierno» que ellos mismos en Mateo 23.15. Enseñó que es el carácter lo que hace que la persona sea agradable a Dios, no un puesto de prestigio, ni ropas finas, ni obras de justicia externas.

LA OFRENDA DE LA VIUDA POBRE (12.41–44)⁴⁵

⁴¹Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. ⁴²Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un cuadrante. ⁴³Entonces llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; ⁴⁴porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento.

Versículos 41–44. El presente relato aclara la enseñanza precedente de Jesús y resalta su belleza. ¿Era esta una de las viudas de la que se habían aprovechado los fariseos y un charlatán entre ellos le había arrebatado su hogar (12.40)? Dios tenía leyes especiales que protegían a las viudas. El Antiguo Testamento emitió las siguientes advertencias: «A ninguna viuda ni huérfano afligiréis. Porque si tú llegas a afligirles, y ellos clamaren a mí, ciertamente oiré yo su clamor» (Ex 22.22, 23).

Otros pasajes refuerzan las ideas de benevolencia y generosidad. Deuteronomio 24.19–21 les mandó a los israelitas que dejaran las gavillas de sus granos, aceitunas y uvas para que fueran recogidas por los necesitados. En 26.12, 13, además

⁴⁵ Hay un relato paralelo en Lucas 21.1–4.

de su sostenimiento de los levitas, el pueblo de Dios recibió instrucciones de dar un diezmo «al extranjero, al huérfano y a la viuda». Se pronuncia una maldición en 27.19 contra cualquiera que le negara justicia a personas en estos grupos.

Jesús comenzó a **[mirar] cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho** (12.41). Después de su debate con los escribas y los fariseos, puede que Jesús haya buscado un momento de silencio mientras observaba al pueblo adorando.

Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un cuadrante (12.42). Su ofrenda fue hecha en el Atrio de las Mujeres, donde había trece cofres en forma de trompeta.⁴⁶ Se les llamaba apropiadamente «Las trompetas». Se echaban ofrendas en ellas para las obras o necesidades especiales del templo (como aceite o vino para los sacrificios). La moneda llamada «blanca» era un *leptón*,⁴⁷ que literalmente quería decir «una moneda delgada». Era la más pequeña de todas las monedas griegas y casi no tenía valor. Ni siquiera compraría una hogaza de pan.

Jesús les dijo a Sus discípulos: **De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca** (12.43c). Es poco probable que ella permitiera que alguien más viera lo que estaba dando, sin embargo, Jesús lo sabía. Dio todo lo que tenía, entregándose totalmente al Señor.

Muchos no darán a menos que puedan ver algún retorno inmediato de una ofrenda, algo con lo que esta mujer no podía contar. Retener una ofrenda hasta que podamos hacer una donación impresionante es lo que Pablo impidió al mandar dar regularmente a medida que prosperamos (1^a Co 16.2).

Otros estaban dando grandes sumas de dinero **de lo que les sobra**, sin embargo, esta mujer **echó todo lo que tenía, todo su sustento** (12.44). «¡Qué insensato era dar todo lo que tenía!», dirían algunos. Jesús no lo vio así. En Hechos 4.34–37, se menciona la gran ofrenda de Bernabé, sin embargo, es probable que otros que quedaron sin nombrar dieran grandes cantidades (vea Hch 2.44, 45).

El presente relato muestra que Dios juzga los corazones de las personas, no solo sus actos externos. El sacrificio de esta mujer evidenció su

⁴⁶ Mishná *Shekalim* 5.6.5.

⁴⁷ Hendriksen dijo que un *leptón* era un «cuarto. ¿Un cuarto de qué? ¿De un dólar? No, de un *as* o *asario*. ¡Y un asario valía solo una *decimosexta parte de un denario!*». Un denario era el salario común de un obrero. Las monedas dadas por esta mujer, por lo tanto, «no valían más que la fracción de un centavo» (Hendriksen, 506–7).

total compromiso con Dios. Si esta viuda recibió o no un retorno inmediato por su fe y generosidad no es importante. Ella merecía el lugar más alto en cualquier cena; y, aunque nunca lo hubiera recibido en este mundo, seguramente será recompensada en el próximo. Será bendecida eternamente por su amante Salvador. Su honra en la gloria podría ser inconmensurable. Le trajo gran gozo al Señor, particularmente porque la hipocresía de los fariseos lo había estado angustiando.

≡ MEDITACIONES SOBRE MARCOS 12 ≡

Jesús, el Cristo rechazado (12.1–12)

Jesús reprendió a los principales sacerdotes, a los ancianos y a los escribas por tratar de tenderle trampa y por negarse a ser honestos en sus respuestas (11.33). Siguió Su debate con ellos con tres parábolas, y les refirió cada parábola para describir cómo ellos, como clase de líderes que eran, le habían rechazado. Las parábolas fueron sobre dos hijos (Mt 21.28–32), unos labradores malvados (Mt 21.33–41; Mr 12.1–12; Lc 20.9–16) y una fiesta de bodas (Mt 22.1–14). Los tres evangelios sinópticos mencionan a los labradores malvados, sin embargo, solo Mateo incluye las otras dos parábolas.

En el texto que tenemos ante nosotros, 12.1–12, Jesús les reveló a estos líderes religiosos la verdad sobre lo que habían hecho con el Cristo.

1. *La verdad fue expresada en una parábola.* ¿Cómo trataron los líderes religiosos de Israel a Jesús? El hecho de que habían rechazado al Cristo fue expuesto en la parábola detallada de los labradores malvados.

En el relato que contó Jesús, un propietario de tierras plantó una viña y dispuso que tuviera todos los recursos para un desarrollo exitoso. La cercó para protegerla. Proporcionó un lagar para que las uvas fueran procesadas adecuadamente después de cosechadas. Edificó una torre de vigilancia cerca de ella para observar y proteger la viña. Luego contrató aparceros para que la cultivaran y, con el tiempo, cosechara sus frutos. Después de hacer estos arreglos, el propietario se fue al extranjero, dejando su viña en manos de estos granjeros contratados (12.1).

Con el paso del tiempo, llegó la temporada de la cosecha. El propietario envió un siervo a los labradores para recibir una porción razonable del producto de la viña (12.2). Los aparceros golpearon al siervo y lo enviaron con las manos vacías (12.3).

El dueño envió a otro siervo, y los labradores también le rechazaron. Cuando se acercó, le arrojaron piedras, le hirieron en la cabeza, le

maldijeron y le enviaron de regreso al propietario (12.4). El dueño les envió otro, y le atacaron y le dieron muerte. Varios otros fueron enviados, sin embargo, fueron golpeados o muertos (12.5).

Por fin, el dueño envió a su único hijo, creyendo que lo tratarían con respeto; sin embargo, le mataron y echaron su cuerpo fuera de la viña (12.6, 8). Estaban pensando que, al deshacerse de este único heredero, se apoderarían de la viña (12.7).

El propietario no tuvo más remedio que ir a la viña, imponerse como propietario y destruir a los malvados hombres que habían actuado de manera tan corrupta. Después de tratar con ellos, puso la viña bajo el cargo de hombres nuevos que la cultivarían con fidelidad (12.9).

2. *La verdad fue aplicada a Israel.* Los miembros del Sanedrín incluso reconocieron que la parábola era sobre ellos. La Escritura dice: «Y procuraban prenderle, porque entendían que decía contra ellos aquella parábola; pero temían a la multitud» (12.12a, b).

De la parábola surgen varias implicaciones. El propietario en la parábola representa a Dios; y la viña es Israel, Su nación elegida en ese momento. En la siembra de la viña, se describe el origen de la nación de Israel. El vallado alrededor de la viña simboliza la protección de la nación. Israel tenía protección geográfica por montes al norte, desierto al sur y mar al oeste. Más importante era la protección espiritual provista por la Ley que habían de tener en sus corazones. El lagar nos recuerda las disposiciones hechas para preservar la vida espiritual dada a Israel, y la torre sugiere el ministerio vigilante de los sacerdotes y profetas.

Los labradores que trabajaban en la viña eran personas como los principales sacerdotes, los ancianos y los escribas, los líderes religiosos del pueblo, cuyo deber era salvaguardar y cultivar la viña de Israel para su Dueño. Los siervos que fueron enviados para recibir el fruto representan a los profetas de Dios, muchos de los cuales fueron tratados de una horrible manera.

El Dueño que envió a Su único Hijo, por supuesto, es Dios mismo. El Hijo fue enviado de último, y el destino de la nación estuvo determinado por lo que hicieron con Él.

Marcos 12.9 y Lucas 20.16 describen a Jesús respondiendo a Su propia pregunta después de contar la parábola, sin embargo, Mateo 21.41 dice que la gente hizo la declaración. Obviamente, ambos pueden estar en lo correcto. En el año 70 d.C. Jerusalén fue destruida; sin embargo, cuarenta años antes, había sido rechazada, y los privilegios fueron pasados a otros, los gentiles.

3. *Esta verdad ilustró no solo lo que había sucedido sino también lo que estaba por suceder.* En Marcos 12.10, 11, Jesús dijo:

¿Ni aun esta escritura habéis leído:
La piedra que desecharon los edificadores
Ha venido a ser cabeza del ángulo;
El Señor ha hecho esto,
Y es cosa maravillosa a nuestros ojos?

El Señor estaba citando Salmos 118.22, 23, y lo aplicó a los líderes religiosos judíos. Los describió como especialistas en construcción que fueron a una cantera de piedra para encontrar una piedra especial que sería la piedra cabeza del ángulo de un fundamento que estaba siendo edificado. Cuando llegaron a la piedra ideal, la piedra perfecta, la ignoraron como una piedra débil e inadecuada. Estaban ciegos ante el valor de la piedra que habían ignorado.

Los constructores tenían que haber sabido qué piedra elegir; sin embargo, rechazaron la mejor piedra de todas, la que Dios, el Maestro Constructor, había hecho «Cabeza del ángulo». Los expertos fallaron; pasaron por alto la piedra más obvia y más importante.

En la ilustración, Jesús, el Hijo, es la piedra que fue rechazada. Los líderes religiosos, los que debían haber tenido conocimiento, aunque así lo creían, rechazaron al Mesías. Los miembros del Sanedrín y demás líderes religiosos de esos días deseaban traer el reino mesiánico; sin embargo, estaban ciegos a Jesús, el verdadero Mesías, y no entendían la clase de reino que Él estaba estableciendo. Lo rechazaron a Él y al reino que vino a establecer.

Conclusión: La historia de Israel es expuesta en la presente parábola: Habían visto al Cristo perfecto, habían visto la evidencia convincente y habían rechazado a Jesús en favor de su religión establecida. No hay nada peor que pueda hacerse que rechazar al Cristo que vino al mundo y sufrió hasta el extremo para salvarnos. Es la gran verdad que tenemos que aprender de la parábola.

Donde hay falta de fe, tarde o temprano habrá juicio impartido por el pecado y por culpa del pecado. Cristo tiene derecho a esperar el fruto de parte de Sus seguidores: Si nos negamos a devolverle a Jesús lo que legítimamente le pertenece, ¿no deberíamos esperar que venga a la viña y reclame lo que es Suyo?

Lo más grande que cualquiera puede hacer es recibir a Cristo de manera bíblica; lo peor que alguien puede hacer es rechazar a Cristo. El primer camino conduce a la vida eterna, mientras que el segundo camino conduce a la destrucción eterna.

Jesús, el maestro sabio (12.13–17)

En 12.13–17, podríamos sorprendernos al ver la camaradería entre los fariseos y los herodianos. Estos dos grupos generalmente se oponían entre sí, sin embargo, en la presente escena los vemos unidos en una causa común. Los fariseos protestaban por la opresión de Roma y se oponían al pago de impuestos. Los herodianos, debido a la influencia de Herodes el Grande, creían, hasta cierto punto, en pagar impuestos a Roma. Sin embargo, en el caso de Jesús, estos dos enemigos se habían unido como aliados contra Él. Más adelante, sucedió algo similar cuando Pilato y Herodes se hicieron amigos durante los juicios de Jesús. Dos facciones se fundieron en una por un deseo siniestro de deshacerse de Jesús.

Los dos grupos de representantes fueron impulsados por un motivo tortuoso. «Y le enviaron algunos de los fariseos y de los herodianos, para que le sorprendiesen en alguna palabra» (12.13). Preguntaron: «¿Es lícito dar tributo a César, o no? ¿Daremos, o no daremos?» (12.14c, 15a).

Jesús respondió a estos dos grupos de líderes con una sabiduría y una astucia que superaban con creces todo lo que ellos o la multitud a Su alrededor habían visto. En este retrato de Él, se nos permite ver la dignidad y la naturaleza prístina de la verdadera sabiduría cuando es expresada y aplicada a las preguntas que incluso críticos plantean.

1. *Jesús habló con la verdad.* Estos fariseos y herodianos habían venido a Jesús con labios manchados de engaño. Sus primeras palabras fueron presentadas bajo una gruesa capa de adulación: «Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no te cuidas de nadie; porque no miras la apariencia de los hombres, sino que con verdad enseñas el camino de Dios» (12.14a, b). Sus palabras no sinceras en realidad dieron una imagen verdadera de Jesús. Lo retrataron como un hombre dedicado a la verdad, un hombre que no permitía que nadie interfiriera en Su compromiso con la verdad. Lo describieron como alguien imparcial. El texto griego quiere decir literalmente: «No se dejaría persuadir por el rostro de nadie». Lo consideraron como Aquel que enseñaba el camino de Dios en verdad.

Sería difícil encontrar una representación mejor de Jesús que la presente descripción. Lo que estos líderes dijeron acerca de Jesús era exacto, sin embargo, le habían pagado este tributo como un manto de adulación y nada más. Estaban usando la verdad para producir error.

Después de llamar la atención, plantearon

su pregunta para tenderle trampa. Su consulta fue diseñada para recibir un «sí» o un «no». Obviamente, la pregunta de estos hombres tenía un defecto que Jesús, en Su sabiduría, percibió de inmediato. Pensaron que solo una de las dos respuestas era posible, y sabían que cualquiera de las respuestas incriminaría a Jesús. Si Él decía: «Sí, debes pagar impuestos a César», los fariseos podrían denunciarlo como un traidor a los judíos. Si decía: «No, no debes pagar impuestos a César», los herodianos podían acusarlo de alta traición. Parecía una trampa ineludible.

No podemos ver nada honorable, sincero ni amable en lo que estaban haciendo estos líderes. Estaban tratando de usar la verdad acerca de Jesús para ponerle trampa a Él y a otros, sin embargo, Jesús logró ver la hipocresía de ellos, y les dijo, en efecto, «Sé lo que están haciendo. ¿Por qué me están probando hipócritas de esta manera?».

A pesar de que estaban tratando de tenderle trampa, Jesús les respondió de una manera veraz y fiable. Nadie podía cuestionar Sus motivos.

2. *Jesús fue sensato.* Su respuesta inmediata fue pedir una moneda: «Traedme la moneda para que la vea» (12.15c). Estaba pidiendo una moneda romana, la cual tendría la respuesta. Jesús no tenía una, sin embargo, alguien en el grupo llevaba una consigo. Jesús la tomó y señaló la semejanza del emperador y su título en la moneda. Mientras los espectadores contemplaban la imagen, les preguntó: «¿De quién es esta imagen y la inscripción?» (12.16b). De repente, los coloca-trampas cayeron en la trampa. Esta moneda de Roma no era para Dios, y la adoración del hombre no era para Roma. Dos esferas de la vida fueron traídas ante sus ojos: el ser espiritual y el ciudadano civil.

Usando la imagen y la inscripción en la moneda, Jesús presentó dos interpretaciones ante Su audiencia: Primero, todos vivían en un lugar en el que participaban de los beneficios del gobierno romano; y segundo, Dios sustenta la vida de cada persona. Cada individuo tiene una responsabilidad para con Dios, en quien vive, se mueve y tiene su ser; y cada persona tiene una responsabilidad para con el gobierno que le defiende y le provee de otras maneras.

3. *Jesús también fue práctico.* La respuesta que dio con la ilustración fue simple e irrefutable. En resumen, dijo que todos los hombres le deben algo al gobierno, y todos los hombres tienen un deber para con Dios y con el estado. Ninguna respuesta podría ser más significativa ni más práctica que la que dio Jesús.

Su respuesta fue asombrosa en su brevedad.

Las pocas palabras de Jesús fueron al meollo del problema y se ocuparon del problema. Su respuesta fue amplia. La pregunta sobre los impuestos se había prolongado durante años, sin embargo, Jesús cubrió todos los aspectos de la pregunta en minutos. Su respuesta personificó la justicia. ¿Qué podría ser más justo que darle a César lo que era de César y darle a Dios lo que era de Dios? Su respuesta reflejó Su sabiduría. Solo el Hijo de Dios podría haberse ocupado de tal pregunta de esta manera.

La respuesta que dio Jesús le puso fin al debate. Lucas dijo: «Y no pudieron sorprenderle en palabra alguna delante del pueblo, sino que maravillados de su respuesta, callaron» (Lc 20.26).

Conclusión: En los versículos que nos ocupan, se le puede ver a Jesús como el Maestro de la sabiduría infinita. En Su respuesta a estos hombres, lo hizo con sinceridad, sensatez y sentido práctico. La verdadera sabiduría siempre tiene estas cualidades. Una enseñanza así generalmente da como resultado la persuasión. Escucharemos a aquellos que proclaman la verdad con una sensatez que nace de la espiritualidad. Este tipo de predicación persuade el corazón honesto.

Cuando se nos dice en las Escrituras que el segundo miembro de la Divinidad vino a la tierra, ¿qué imagen de Él visualizamos? Sabiendo que Dios es longánimos y lleno de misericordia, esperaríamos que el Mesías sea veraz, lleno de amor, perfecto y en posesión de sabiduría celestial. Ningún líder religioso arrogante podría engañarlo. ¿No es eso exactamente lo que vemos en la presente escena?

Cuando nos volvemos a Jesús en fe, arrepentimiento, confesión y bautismo para el perdón de los pecados, comenzamos a caminar con el Cristo de la sabiduría infinita. A medida que vivimos bajo el señorío de Jesús, le servimos a alguien que es absolutamente sincero y fiel con nosotros. En vista de que estamos cimentando nuestra vida eterna en el Cristo, el Hijo de Dios, es imperativo que tengamos la seguridad de que Él es el camino, la verdad y la vida.

Cuando miramos el cielo con los ojos de Jesús (12.18–27)

Los saduceos constituían un poderoso partido religioso en los días de Jesús. Creían solo en el Pentateuco, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento. No deseaban nada con la tradición oral que valoraban los fariseos. En cuanto a sus corazones, parecen haber sido arrogantes, seguros de sí mismos y cínicos. Varios saduceos servían como miembros del Sanedrín. El sumo sacerdote

en los días de Cristo, Caifás, era un saduceo, y él y el Sanedrín controlaban el templo. Algunos de los saduceos eran ricos. El materialismo constituía una gran motivación para ellos.

Este grupo religioso, como clase social que eran, no creían en el más allá, los ángeles, los espíritus ni en el cuidado providencial personal de Dios. La vida del hombre en esta tierra, según ellos, constituía todo el sentido del «ser». Estaban convencidos de que la Torá guiaba a las personas a la vida más provechosa que podían tener en este mundo.

Con una actitud depresiva, algunos de los saduceos acorralaron a Jesús (12.18). En su debate con Él, estaban siguiendo a los fariseos y herodianos, que acababan de involucrar a Jesús en un debate sobre el pago de los impuestos romanos y habían sufrido una derrota humillante. Los saduceos estaban seguros de que podrían confundir a Jesús y ridiculizar Su creencia en la resurrección con la pregunta que le habían preparado.

Le presentaron a Jesús quizás su argumento favorito contra la resurrección de entre los muertos. Pusieron ante Jesús un matrimonio hipotético que involucraba a siete maridos de una mujer. Cada marido murió sin dejar ningún heredero que llevara el nombre del hermano. De acuerdo con la ley del matrimonio levirato, un hermano sobreviviente (o el pariente más cercano) había de casarse con la mujer del difunto que no había dejado ningún hijo (12.19). El primer hijo nacido en esa unión matrimonial llevaría adelante el apellido y heredaría la heredad familiar. Los saduceos idearon una serie de eventos en los que seis hermanos se casaron con la misma cuñada, uno tras otro, muriendo cada uno sin dejarle un hijo a esta mujer (12.20–22a). Su relato concluyó con la muerte de la viuda después de haberse casado con estos siete hermanos (12.22b).

Los saduceos, pensando que habían arrinconado sin esperanza a Jesús, esencialmente le preguntaron: «En la resurrección, ¿de quién será mujer? ¿Qué hará Dios en un caso como este?» (vea 12.23). Su pregunta asumió que la vida en la eternidad será como la vida terrenal. Probablemente, los fariseos no tuvieron éxito en debatir con los saduceos sobre el tema porque esperaban que la vida en el cielo incluyera el matrimonio como lo conocemos en este mundo.

Jesús respondió a la pregunta de ellos indicándoles la verdad sobre la vida eterna que se revela en las Escrituras. Él dijo: «¿No erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras, y el poder de Dios?» (12.24). Jesús luego describió las características de

la vida eterna que experimentarán los redimidos de Dios.

1. Jesús les dijo a estos saduceos que *la vida eterna se vivirá en un plano espiritual*. En el cielo, el matrimonio ya no será necesario. Él dijo: «Porque cuando resuciten de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles que están en los cielos» (12.25). Su mensaje era que la vida celestial será muy diferente a la vida en este mundo. Los redimidos tendrán una relación espiritual entre ellos que es mucho mayor que incluso la relación matrimonial que el esposo y la esposa disfrutaban en esta vida. El tiempo como lo conocemos no existirá, y no habrá muerte. Jesús dijo que Sus inquisidores necesitaban conocer la Palabra de Dios para conocer la vida en el cielo.

Los saduceos no habían entendido que hay un hogar celestial para los siervos del Señor, y que la vida allí es una vida espiritual más elevada que la que podemos conocer en esta vida. Pablo más adelante les escribiría a los corintios, diciendo: «Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual» (1ª Co 15.44). No sabemos cómo será la vida en la presencia de Dios, sin embargo, será en un plano espiritual y será mucho más grandioso que cualquier cosa que hayamos conocido en esta vida.

2. Jesús también dijo que *la vida en el cielo será una existencia eterna, no terrenal*. Les dijo a los líderes religiosos que tenían que conocer el poder de Dios para comprender cómo sería la vida eterna. Dios tiene el poder de darnos nuevos cuerpos para el cielo. Puede darnos vida espiritual en cuerpos espirituales, y esa vida será mucho mayor que cualquier cosa que conozcamos aquí. En el cielo, no habrá muerte, ni enfermedad, ni deterioro.

Experimentaremos vida eterna, y de esta manera seremos como los ángeles. Jesús citó de Éxodo 3.6 cuando dijo:

Pero respecto a que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo le habló Dios en la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? (Mr 12.26).

Dios, el Eterno, siempre vive y siempre vivirá. En Su creación, hizo al hombre a Su imagen eterna. Por lo tanto, el espíritu del hombre nunca morirá. Como Dios, es eterno. El cuerpo, la casa en la que vive el hombre, tiene que morir, porque está hecha de polvo; sin embargo, el hombre real, el espíritu o el alma, nunca puede morir. Los que estén en el cielo tendrán un tipo diferente de cuerpo, porque «... la carne y la sangre no pueden heredar el reino

de Dios...» (1ª Co 15.50). Leemos en 2ª Corintios 5.1, «Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos».

3. Jesús dijo que *la vida celestial tendrá un propósito más elevado*. Les dijo a aquellos que lo estaban cuestionando que tendrían que conocer la naturaleza de Dios para entender cómo será la vida en la eternidad. Hizo la siguiente afirmación: «Dios no es Dios de muertos, sino Dios de vivos» (12.27a). Dios es el Dios vivo, y todo lo relacionado con Él está vivo. Abraham, Isaac y Jacob están con Dios, no como hombres muertos, sino como espíritus que han partido y están viviendo con Él en la eternidad.

Cuando lo pensamos, podemos ver en nosotros mismos la naturaleza de Dios. Por ejemplo, está claro que en cada uno de nosotros se aprecia la comunión con los demás. ¿Qué haríamos sin la comunión que gozamos en nuestras familias y con nuestros amigos? De manera similar, Dios ama tener comunión con Su creación. Tiene comunión con nosotros ahora, y tendrá una comunión aún mayor con Su familia celestial cuando entremos en la eternidad. Cuando Juan describió la eternidad para los hijos de Dios, dijo: «Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes» (Ap 22.3, 4).

Los saduceos no habían entendido y no habían creído la naturaleza espiritual de la eternidad. Las mismas Escrituras que citaron para sustentar su argumento hablaban de la naturaleza eterna y viva de Dios. Jesús les mandó que regresaran y volvieran a estudiar las Escrituras.

Conclusión: Dos veces en esta conversación, Jesús les dijo a los saduceos que habían cometido un error al no estudiar las Escrituras; lo dijo al principio de Su respuesta y al final de la misma (Mr 12.24, 27b). Dijo que estaban debatiendo con las Escrituras, sin embargo, no las habían entendido. Además, dijo que por no conocer las Escrituras, no habían logrado captar el poder de Dios (12.24).

La Biblia es uno de los regalos más grandes que el Espíritu Santo nos ha dado. Pedro confirmó este hecho con las siguientes palabras: «Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia» (2ª P 1.3). Su declaración es exhaustiva, porque dice: «... todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad». Podríamos apropiarnos de esta frase sin perjudicarla si dijéramos: «Su poder

divino nos ha otorgado todo lo que necesitamos saber sobre la vida eterna y el cielo».

Recordemos que seguir a Jesús implica buscar la Palabra de Dios. La Palabra nos guía a llevar una vida semejante a la de Cristo, a pensar correctamente de Dios y a cultivar la esperanza eterna que los cristianos deben tener. Solo la Palabra de Dios puede llevarnos a ver el cielo como lo vio Jesús.

«El primer mandamiento» (12.28–34)

Después de que Jesús terminó Su debate público con los saduceos, un escriba vino a Él con una pregunta. Este hombre era un fariseo, un intérprete de la ley que era hábil con los argumentos y conocía las Escrituras del Antiguo Testamento. Cuando escuchó cómo Jesús les había respondido a los fariseos, los herodianos y los saduceos, quedó impresionado con la sencillez, la profundidad y la precisión de las respuestas de Jesús. Tuvo que haber pensado que, con la pregunta que estaba a punto de formular, podría hacer que Jesús resolviera una controversia que se había debatido entre los fariseos durante mucho tiempo.

Los rabinos habían contado 613 mandamientos en la Torá.⁴⁸ Habían dividido estos mandamientos en dos categorías, los mandamientos positivos y los mandamientos negativos. El gran debate había sido cuál de estos mandamientos era el más grande o el más necesario a cumplir. Los fariseos, como clase que eran, habían puesto gran énfasis en obedecer incluso los mandamientos más pequeños y, en el proceso, habían descuidado los asuntos más importantes de la Ley, como la justicia, la misericordia y la verdad. Jesús los reprendería más adelante (vea Mt 23.23).

Algunos judíos estaban insatisfechos con este énfasis y realmente deseaban saber qué era esencial para servir a Dios. Puede que este escriba haya sido uno de ellos. Quizás comenzó a oponerse a Jesús, sin embargo, su actitud cambió cuando escuchó las respuestas del Maestro a las preguntas que le fueron presentadas. La pregunta no parece haber sido una pregunta con trampa, como las anteriores. El hombre le preguntó a Jesús: «¿Cuál es el primer mandamiento de todos?» (12.28b).

Jesús, considerando su pregunta como una pregunta sincera y apropiada, respondió con una respuesta directa, citando Deuteronomio 6.4, 5:

El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda

tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos (Mr 12.29–31a).

El pasaje alude a la soberanía, unidad y relación de pacto de Dios con Su pueblo. Según las Escrituras, todos nosotros tenemos una obligación de amor para con Dios y con nuestro prójimo. El mandamiento a amar a Dios exige lo mejor dentro de nosotros. Mientras que Deuteronomio divide nuestro ser en tres partes, se mencionan cuatro partes en Marcos. Jesús dijo: «Y amarás al Señor tu Dios con todo tu *corazón*, y con toda tu *alma*, y con toda tu *mente* y con todas tus *fuerzas*» (12.30; énfasis añadido). Reconociendo la considerable coincidencia entre estas palabras, es mejor decir que hemos de amar a Dios con todas las facultades que conforman nuestro ser.

Jesús le llamó a este mandamiento «el primer mandamiento», el mandamiento supremo. ¿Por qué es el mayor de todos los mandamientos?

1. *Por su plenitud.* El amor genuino a Dios se caracteriza por su exhaustividad. El mandamiento incluye todos los demás mandamientos. Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn 14.15). ¿No podríamos decir también: «Si amas a Dios, guardarás Sus mandamientos»? El amor es como un paraguas; todos los demás mandamientos de Dios se acomodan bajo él. Las palabras «Amarás al Señor tu Dios» y «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» en 12.30, 31 resumen los Diez Mandamientos. Los primeros cuatro mandamientos se relacionan con nuestro deber para con Dios, y los últimos seis se relacionan con nuestro deber para con las demás personas.

El amor es la motivación suprema. El que ama de verdad hace todo lo que debe hacer. No podemos amar a Dios sin estar comprometidos a hacer lo correcto y lo bueno.

2. *Por su santidad.* El verdadero amor viene de Dios. Cuando Dios nos da amor, nos está dando una parte de Sí mismo.

Pablo dijo: «Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gá 5.14). El amor genuino por los demás surge del amor de Dios. Juan describió los efectos prácticos del amor, diciendo:

Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor (1ª Jn 4.7, 8).

⁴⁸ Talmud de Babilonia *Makkoth* 23b–24a.

Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también amarnos unos a otros (1ª Jn 4.11).

Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano (1ª Jn 4.19–21).

3. *Porsusfrutos*. El amor tiene una productividad que supera todas las demás virtudes. El amor de Dios crea en nosotros un amor por nuestros hermanos y hermanas. Juan afirmó esta verdad: «En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos» (1ª Jn 5.2).

Además, el amor de Dios motiva nuestra obediencia a Su Palabra. El amor nos motiva a guardar Sus leyes. Sin amor, no habría valor moral para nuestra obediencia. Juan escribió: «Pues este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos» (1ª Jn 5.3).

Además, el amor crea pureza. Cada pecado es una violación de la ley del amor, y cada gracia o virtud es una expresión de amor. Dios no tiene asociación con el pecado (Stg 1.13; 1ª Jn 1.5; 4.16).

Conclusión: ¿Por qué es el amor el mandamiento más grande? Por su plenitud, su santidad y sus frutos. «Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor» (1ª Co 13.13). Dios es amor, y la única manera en que podemos ser como Él es permitir que nuestros corazones se llenen de Su amor.

El intérprete de la ley en Marcos 12 comprendió y agradeció la verdad y lo dijo con franqueza:

Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él; y el amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios (12.32, 33).

Reconociendo que este hombre había respondido inteligentemente, Jesús le dijo: «No estás lejos del reino de Dios» (12.34a). No solo quedó impresionado el intérprete de la ley, también se impresionaron otros que escucharon la conversación. Marcos dijo: «Y ya ninguno osaba preguntarle» (12.34b).

«El amor al prójimo» (12.29–31)

Un escriba, intérprete de la ley farisaico, le preguntó a Jesús cuál era el mandamiento más grande en la ley de Moisés (12.28). En respuesta,

Jesús le habló del amor. Primero, dijo, es amar a Dios; y segundo, hemos de amar a los demás (12.30, 31).

Queremos enfocarnos en el segundo, el mandamiento de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. En Santiago 2.8, se le llama «la ley real», y en Romanos 13.8 se le identifica como el cumplimiento de la ley. En Gálatas 5.14, Pablo dijo: «Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Cuando Jesús le dijo al joven rico que guardara los mandamientos, mencionó específicamente El mandamiento «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 19.19).

La gran pregunta acerca de este importante mandamiento es «¿Cómo amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos?». Examinemos las características de ese tipo de amor.

1. *El amor al prójimo es un amor práctico*. Todos tenemos experiencia en amarnos a nosotros mismos: Atendemos nuestras necesidades y nos aseguramos de que tenemos las necesidades para llevar una buena vida.

La llamada «regla de oro» es la pauta más práctica para ayudarles a otros a llevar vidas felices: «Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas» (Mt 7.12). La regla se caracteriza por su amplitud «todas las cosas»; por su metodología: «... que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos»; y por su espiritualidad: «esto es la ley y los profetas». ¿Qué mejor manera de amar al prójimo que hacer por él lo que queremos que haga por nosotros?

2. *El amor al prójimo es un amor activo*. Este mandamiento exige una respuesta inmediata. No se trata de cómo nos sentimos para con el prójimo (los sentimientos pueden variar), sino de lo que hacemos por el prójimo. Cuando vemos al prójimo necesitado, ¿lo ayudamos?

Nuestro Señor ilustró esta verdad con Su relato del buen samaritano (Lc 10.30–37). A diferencia del sacerdote y el levita en el relato de Jesús, que «[pasaron] de largo» cuando vieron a alguien necesitado, el samaritano demostró un amor activo:

Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él (Lc 10.33, 34).

Al final del relato, Jesús preguntó: «¿Quién, pues,

de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?» (Lc 10.36). El intérprete de la ley respondió: «El que usó de misericordia con él» (Lc 10.37). Las palabras finales de Jesús dieron un mensaje que todos necesitamos escuchar: «Ve, y haz tú lo mismo» (Lc 10.37). No hemos de pasar de largo de alguien que necesita ayuda. El amor al prójimo es mostrar más que simpatía.

3. *El amor al prójimo es un amor continuo.* No es un amor de vez en cuando; es un amor cotidiano. Cada pasaje en el Nuevo Testamento que trata este tema presenta continuidad. Romanos 13.8–10 dice:

No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor.

Podríamos decir que el mandamiento de amar a los demás es una consecuencia del primer y principal mandamiento. Si amamos a Dios con todo nuestro corazón, amaremos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. El amor por nuestro prójimo es el resultado de nuestro amor por Dios.

Conclusión: ¿Qué es el amor al prójimo? Son obvias tres características. Es práctico: Tratamos de proporcionar lo que realmente necesita nuestro prójimo. Es activo: no amamos a nuestro prójimo como nos amamos a nosotros mismos a menos que realmente los estemos ayudando. Es continuo: amar al prójimo continúa de día en día y de año en año. No se manifiesta sólo cuando ocurre un desastre. Es parte de nuestro diario andar con Jesús.

¿Cómo le servimos a Jesús? Comenzamos con el punto central de la vida, nuestros corazones, asegurándonos de estar bien con el Señor; y luego vamos a nuestra familia, a nuestra comunidad local, a nuestra comunidad nacional, y a las naciones del mundo que nos rodean. La predicación del evangelio comenzó en Jerusalén y salió de allí para llegar a los rincones más lejanos de la tierra. Este movimiento es como el de nuestro amor por Dios. La benevolencia muestra nuestra compasión, sin embargo, la gran compasión no es nuestra Gran Comisión. Cuando salimos al mundo entero, nuestro propósito es enseñarles el Evangelio a los demás. Mientras lo hacemos, queremos manifestar corazones compasivos para con aquellos con quienes nos encontramos. Debemos amar a cada persona con la que nos encontremos y buscar lo

mejor para ellos. Debemos ser prácticos en lo que hacemos por ellos, debemos abrir nuestras manos para ayudarlos y debemos estar listos para ministrarlos en todo momento, compartiendo el mensaje de Cristo.

El que es un buen amigo generalmente tendrá buenos amigos, y el que es un buen prójimo generalmente tendrá buenos prójimos. Sin embargo, como cristianos que somos, hemos de manifestar el amor al prójimo sea que tengamos o no buenos prójimos. Así es como el amor de Dios afecta nuestra diario vivir.

¿Quién es Jesús? (12.35–37)

Cerca del final de los debates de Jesús con los líderes religiosos, Jesús también hizo una de las afirmaciones más claras en todo Su ministerio terrenal sobre quién era y qué era. Es Su cita de Salmos 110 en el presente debate lo que nos llama la atención. Citó de la primera parte del salmo, mostrando que Él era el Señor de David. Luego les preguntó a Sus oyentes, en efecto, «¿Cómo puede ser si no fuera el Hijo de Dios?». Mateo 22.46 dice: «Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más». Al hacer de este salmo, un salmo que Sus oyentes aceptaban y creían, la pieza central de Su argumento, Jesús silenció a Sus críticos y los despidió con Sus afirmaciones divinas que sonaban verdaderas en sus mentes.

Usando este salmo mesiánico y el uso que hizo nuestro Señor del mismo como fundamento, preguntemos: «¿Quién es Jesús?».

1. *Jesús es Señor de David.* Él es el Prometido, el Mesías. Jesús interpretó Salmos 110 diciendo:

Porque el mismo David dijo por el Espíritu Santo:

Dijo el Señor a mi Señor:

Siéntate a mi diestra,

Hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies.

David mismo le llama Señor; ¿cómo, pues, es su hijo? (Mr 12.36, 37a).

David no podría haber estado refiriéndose a uno de Sus descendientes posteriores, que sería un rey tan excelente que se convertiría en Señor de David. Tal argumento no armoniza con la afirmación de Jesús. Jesús estaba afirmando que Él era alguien más que el descendiente de David; estaba afirmando que Él era el Señor de David y que David fue llevado a reconocer este hecho por medio del Espíritu Santo.

2. *Jesús es el Hijo de Dios;* de lo contrario, no podría haber sido el Señor de David. El salmo que citó decía que el Señor, Yahvé, le dijo: «Siéntate a

mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies» (12.36b; vea Sal 110.1). El Dios eterno, el Padre de todos nosotros, le pidió a Jesús que viniera y tomara asiento a Su diestra, el lugar de honor y poder. Le pidió que se sentara en este lugar hasta que todos Sus enemigos fueran hechos Su estrado. El simbolismo del estrado siempre ha sido el de conquista. La persona que pone sus pies sobre un estrado, obviamente tiene control completo de ese estrado. Sería el caso de Cristo: reinaría hasta que se hubiera logrado la victoria total. El Padre lo invitó a sentarse a Su lado como Señor hasta que todos Sus enemigos sean vencidos. Pablo lo puso de la siguiente manera en 1ª Corintios 15.27, 28:

Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas. Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.

3. *Jesús es el Dios/Hombre enviado del cielo.* En Su argumento, Jesús se elevó por encima de Su genealogía humana. No negó que era un hijo físico de David, sin embargo, fue por encima de Su ascendencia. Dijo que era el Señor de David antes de venir a vivir a esta tierra. Sus oyentes habían admitido que era el Hijo de David. Su genealogía exigía que aceptaran esta verdad. También admitían que el Mesías, cuando fuera que viniera, vendría por medio de la línea davídica. Jesús afirmó en Su debate con ellos que Él era más que el descendiente de David; era su Señor. Cuando así dijo, no pudieron responderle. No hay manera de responder este argumento, excepto decir que Jesús es humano y divino, que es el Hijo de Dios y el Hijo del hombre. Estaba con el Padre en los días de David. Estaba con Dios, y era Dios antes de entrar en este mundo (vea Jn 1.1, 2).

4. *Jesús es nuestro Señor.* Puesto que Jesús es el Mesías, es a quien Dios envió para salvarnos y guiarnos a la gloria eterna. Si Jesús fue el Señor de David, también es nuestro Señor y el Señor de todos los demás. Dios le envió a ser el Salvador y el Mesías de todas las personas. Dios, que ama a todos y desea que todos sean salvos, envió a Jesús, encarnado entre los hombres, para ser el mediador entre Dios y el hombre. Su sacrificio en la cruz se remonta a las personas del pasado y las personas de todo el tiempo restante. Pablo escribió:

Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que

todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo (1ª Ti 2.3–6).

Conclusión: Quien crea el testimonio de Jesús cuando presentó este argumento de Su deidad a los fariseos, tiene que creer que Él es el Prometido, el Dios–Hombre, el Hijo de Dios y nuestro Señor. La integridad de Jesús exige estas conclusiones trascendentales. A la luz de estas importantes implicaciones, no debería sorprendernos que la misma aplicación de este salmo aparezca en todo el Nuevo Testamento. La cita que hace Jesús de Salmos 110 constituye la confirmación más clara de Su mesianismo en el Nuevo Testamento.

La parte restante de Salmos 110 proclama la victoria que acompañará el reinado del Mesías. Dios le entregará el cetro y guiará a Sus seguidores a la victoria total. ¡Qué gran Salvador!

La maravillosa ofrenda de la viuda (12.41–44)

En el templo, se alineaban pórticos o refugios en el Atrio de las Mujeres, y las columnatas proporcionaban un lugar popular para participar en las actividades del templo. En estos claustros estaban colocados los receptáculos para las contribuciones al templo. Las ofrendas que se colocaban en estos cofres con forma de trompeta se utilizaban para el mantenimiento y servicios del templo. Quizás cada cofre tenía una inscripción que indicaba cómo se usaría el dinero colocado en él.

Marcos registró que Jesús «[se sentó] delante del arca de la ofrenda, [y] miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca» (12.41a, b). Tuvo que haber sido un momento ocupado para esa área del templo, porque «muchos ricos echaban mucho» (12.41c). Las monedas de cobre constituían las aportaciones que se estaban dando. Los ricos estaban echando grandes cantidades de monedas.

Mientras Jesús observaba el dar, Sus ojos se posaron en uno de los dadores, una mujer que era viuda. Era pobre y estaba sola. Era una figura patética, sin embargo, se convirtió en una a quien admiramos mucho. Se acercó al cofre, puso su contribución discretamente, y luego se escabulló silenciosamente (12.42). Puede que haya vivido y muerto sin saber la influencia del acto que realizó ese día.

La moneda judía más pequeña se llamaba *lepton*. Era igual en valor a un cuarto de un *assarius*; y un *assarius* era el equivalente a un

dieciseisavo de un *denarius*. Se dice que los rabinos no permitirían que nadie ofrendara menos de dos leptones. Tiene que ser que esta viuda trajera el mínimo absoluto. La palabra *lepton* aparece en el Nuevo Testamento solo en Lucas 12.59. Esta mujer echó sus dos monedas, y su dinero se unió a la colección general; sin embargo, ese no fue el final del relato.

Jesús llamó a Sus discípulos a Su alrededor y les enseñó una valiosa lección de este simple acto de dar. Comenzó con la frase «de cierto os digo», que era lo mismo que la palabra «amén», en griego y hebreo, una palabra que usó únicamente nuestro Señor en los relatos del Evangelio.

Les dijo a los discípulos que esta viuda había dado de su miseria (12.43, 44); había dado todo lo que tenía. Dijo que la mujer, dando de esta manera, había echado en el arca más que los otros donantes. Mientras que los otros habían dado de su excedente, ella había dado de su pobreza.

Jesús deseaba que Sus apóstoles notaran lo que ella había hecho y cómo había dado. Seguramente, también desea que nosotros observemos lo que ella hizo.

1. *La ofrenda de esta mujer mostró su confianza en Dios.* Al tiempo que la mujer echaba todo su dinero en el cofre, tenía que estar diciendo en su corazón: «Creo que Dios cuidará de mí. No sé cómo me proveerá, sin embargo, estoy poniéndome en Sus manos generosas». Ya no podía depender más del dinero, porque no le quedaba nada.

La verdadera entrega y la confianza en Dios van de la mano. Algunos dicen: «Tengo que guardar mi dinero. Tengo que pensar en mi futuro». Esta mujer enfrentó el mismo desafío, ¿no es así? Sin embargo, tomó el camino de la confianza en Dios. Si ella hubiera elegido quedarse con un leptón, no habría podido dar. Si daba, tenía que dar todo lo que tenía.

2. *Su entrega reveló su espiritualidad.* Dar no es solo un acto físico. Cuando el dar sale del tipo correcto de corazón, un corazón obediente, es un acto espiritual. Es algo así como orar. Se ora y se hacen peticiones, y luego se deja la respuesta a esas peticiones a Dios. En lo que respecta a la contribución, se elige dar en armonía con la voluntad de Dios y luego se deja el uso de esa

ofrenda a Dios. El dar es entre Dios y el que lo da, así como una oración es entre Dios y el que le ora.

3. *Su entrega demostró obediencia.* ¿Por qué estaba esta mujer en el templo? ¿Por qué se había preparado para echar sus monedas en el arca? Había aprendido de Dios que había de hacer este tipo de contribución a Su adoración y obra. No tuvo que haber dado simplemente porque había una necesidad; tuvo que haber estado dando porque Dios le había mandado que diera.

Ella podría haber sostenido que muchas cosas estaban mal con la adoración en el templo. Podría haber dicho: «Los líderes del templo son buscadores de riqueza. Solo hacen su labor sacerdotal por dinero». Podría haber dicho: «Solo tengo una pequeña cantidad para dar. Nadie se dará cuenta si no doy». Sin embargo, no dejó que nada se interpusiera en su camino. Deseaba obedecer a Dios, y ni siquiera la pobreza podría detenerla.

4. *Su entrega mostró humildad.* Jesús había dicho: «... no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha» (Mt 6.3). Esta mujer no hizo que los asistentes tocaran trompeta para que revelara lo que estaba haciendo. Ella dio en silencio y en privado. La ofrenda más pequeña que representa el amor sacrificial tiene un valor infinitamente mayor para Dios que la ofrenda más grande que es sin amor y ostentoso. Si le damos a Dios solo con nuestras manos, no cuenta mucho.

5. *Su entrega ejemplificó el sacrificio.* El sacrificio se mide por lo que se ha dejado atrás, no por el tamaño de la ofrenda dada. Sacrificio sin amor no es lo mismo que amor sacrificial. Dios dio a Su único hijo. Esto fue un sacrificio. Jesús dio Su vida. Esto fue un sacrificio. Esta mujer dio todo el dinero que tenía. Esto fue un sacrificio. ¿Alguna vez nos hemos sacrificado por Dios?

Conclusión: ¿Por qué Jesús nos pidió que miremos la entrega de esta mujer? Deseaba que entendamos qué es el verdadero dar. El tipo más elevado de ofrenda implica confianza en Dios, espiritualidad, obediencia, humildad y sacrificio.

Dios usa el tipo correcto de ofrenda de varias maneras en el mundo. Ha usado la ofrenda de esta mujer para enseñar y bendecir a Su pueblo por muchos años.

El Cristo ocupado

El Evangelio según Marcos ha sido llamado el «evangelio de acción». La característica es especialmente obvia en el primer capítulo, ya que el libro comienza a hablar de inmediato sobre la apretada agenda de Jesús. «Y luego» («en seguida», «al instante») es una frase clave en el libro, ya que se mueve rápidamente de un relato a otro en el ministerio de Jesús. El texto relata cómo Jesús predicó «el evangelio de Dios» en Galilea (1.15), llamó a los apóstoles a trabajar con Él (1.16–20), enseñó en las sinagogas y sanó a los enfermos y demonios poseídos (1.21–44). Como resultado, Jesús pronto se hizo tan popular «que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera en los lugares desiertos». Sin embargo, la gente «venía a él de todas partes» (1.45).

OCUPADO EN PREPARATIVOS

La obra pública de Jesús comenzó con la preparación para Su ministerio de tres años. Tres eventos narrados en Marcos 1 fueron vinculados con esa preparación.

Primero, Jesús fue bautizado por Juan (1.9–11). Después, los cielos se abrieron y el «Espíritu como paloma» descendió sobre Jesús. Entonces Dios habló desde el cielo, diciendo: «Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia» (1.11).

Segundo, Jesús se preparó para experimentar y vencer la tentación (1.12, 13). «Y luego» después de Su bautismo, el Espíritu Santo «le impulsó al desierto», donde fue tentado por Satanás durante cuarenta días (1.12). Aunque Jesús fue tentado, tal como lo somos nosotros, se negó a ceder a la tentación. Cuando estaba siendo tentado, los ángeles «le servían» (1.13), sugiriendo que los ángeles están disponibles para servirles a los discípulos de Cristo cuando somos tentados.

Tercero, Jesús se preparó eligiendo apóstoles (1.16–20). Al llamar a Pedro, Andrés, Jacobo, Juan

y los demás, Jesús indicó que no tenía la intención de trabajar solo durante Su tiempo en la tierra. Además, planeó dejar Su obra en manos de otros cuando regresara al cielo.

OCUPADO EN EL SERVICIO

Si bien Marcos enfatiza las acciones de Jesús, especialmente los milagros que realizó, el texto también deja claro que Jesús fue un predicador y un maestro. Él «vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios» (1.14), y enseñó en la sinagoga (1.21). Habló «como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (1.22). Dijo que vino al mundo a predicar (1.8).

El primer milagro registrado en Marcos es un exorcismo: Jesús le mandó a un espíritu inmundo que saliera de un hombre (1.23–26), y las personas de la multitud «se asombraron». Ellos dijeron: «¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen?» (1.27). Jesús procedió a «[echar] fuera muchos demonios» (1.34; vea 1.32, 39). Demostró Su poder y autoridad mostrando que tenía poder sobre Satanás y sus subordinados.

OCUPADO EN SANIDADES

Además de expulsar espíritus malignos, Jesús estaba ocupado sanando. Su primera sanidad registrada en Marcos se encuentra en 1.29–31, que dice que Jesús fue a casa de Simón «inmediatamente» (NASB) después de salir de la sinagoga. Aquellos en la casa «en seguida» le dijeron a Jesús que la suegra de Simón estaba enferma con fiebre. Tan pronto como Jesús la sanó, ella pudo reanudar sus labores (1.31).

Jesús sanó a muchos que estaban afligidos con diversas enfermedades (1.34). Sanó a un leproso y le dijo que no se lo contara a nadie; sin embargo, el leproso sanado «comenzó a publicarlo mucho

[...] de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad» (1.45). Todos sabían sobre el poder de Jesús para realizar milagros.

OCUPADO EN ORACION

Al describir la vida activa de Jesús, el relato del Evangelio señala que también se tomó el tiempo para orar (1.35–37). Cuando la vida estaba más ocupada, Jesús a veces se retiraba de la multitud para orar solo. Tan ocupado como estaba Jesús, nunca estuvo demasiado preocupado como para orar. El ajeteo de Su vida hizo que fuera aún más necesario que pasara tiempo solitario orando a Su Padre. Jesús pasó mucho tiempo en oración.

CONCLUSIÓN

Jesús llevó una vida ocupada. Ver a nuestro Salvador como un hombre ocupado debe influir tanto en cómo le vemos como en cómo le seguimos. Algunas de las más grandes figuras religiosas en la historia del mundo se han retirado de la sociedad y han vivido, como si estuvieran, solos en la cima de una montaña, pasando su tiempo meditando, ayunando y pronunciando palabras de sabiduría. Jesús comunicó la sabiduría del cielo a la humanidad, sin embargo, no se separó del resto de la humanidad. Estaba interactuando constantemente con los demás mientras enseñaba, predicaba y hacía el bien.

Como Jesús, necesitamos estar ocupados en la obra del Señor. Hemos de seguir Sus pasos (1ª P 2.21) y de igual manera «estar» «en los negocios de [nuestro] Padre» (Lc 2.49). Debemos estar «creciendo en la obra del Señor siempre» (1ª Co 15.58). En la viña del Señor, hay mucho por hacer:

Necesitamos comprometernos a alabar a Dios, animarnos unos a otros, hacer el bien a todas las personas y tratar de salvar a los perdidos.

Tenemos que poner nuestras prioridades en orden. Nunca nos pongamos tan «[ocupados] en una y en otra cosa» (1º R 20.40) que no podamos cumplir nuestra misión principal en la vida, a saber: ¡hacer la voluntad del Señor! Jesús dijo: «... buscad primeramente el reino y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mt 6.33). El tiempo es nuestro bien máspreciado; malgastarlo es ser pobres administradores de la vida que Dios nos ha confiado. Debemos tomar en serio las palabras de Pablo, quien habló de «[aprovechar] bien el tiempo» (Ef 5.16). En lugar de demorarnos, involucremonos inmediatamente en visitar a los enfermos, ayudar a las viudas y huérfanos, y tratar de guiar a otros a Cristo.

También, como Jesús, tenemos que ocuparnos en orar. Si bien debemos ser activos en hacer la obra del Señor, es posible que también se nos deba instar a detenernos y orar. Los siervos de Cristo pueden distraerse tanto en ocuparse en los asuntos de la iglesia que no reservan tiempo para orar a Dios pidiendo Su guía, Sus bendiciones y Su ayuda.

Cuando Jesús llamó a Simón (Pedro) y Andrés, éstos «[dejaron] luego sus redes [y] le siguieron» (Mr 1.18). Si aún usted no se ha convertido en discípulo de Jesús, Él le está llamando a que lo haga. No espere hasta mañana, sino que, «inmediatamente» deje su pecado y sígale a Él. Crea en Jesús, arrepíentase de sus pecados, confiese su fe en Cristo y bautícese para el perdón de sus pecados (Hch 2.38).

Coy Roper

El Cristo poderoso

A menudo admiramos a personas poderosas que son líderes de países, fuerzas militares y negocios exitosos. ¡Cristo tiene más poder que nadie en la tierra! Consideremos lo que Marcos 2.1–12 nos revela acerca del poder de Cristo.

JESÚS TUVO EL PODER PARA REALIZAR MILAGROS

El presente texto narra un notable milagro realizado por Jesús. Un paralítico, absolutamente imposibilitado para caminar, fue llevado sobre un lecho para ver al Señor. Cuando los cuatro hombres que lo llevaban no podían llegar a Jesús de ninguna otra manera, cavaron un agujero en el techo y bajaron el lecho a través del techo hasta que el paralítico estuvo frente a Jesús. El texto dice que Jesús, «[viendo] la fe de ellos», sanó al hombre, que «se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos». La sanidad no fue gradual, sino instantánea; no se hizo en secreto, sino en público; el hombre que fue sanado sin duda necesitaba sanidad. En todos estos aspectos, esta notable sanidad difería de las sanidades supuestamente realizadas por los llamados «curanderos religiosos» de hoy.

Como resultado de la sanidad, todos los que estaban presentes «se asombraron, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa» (2.12). ¡Es posible que hayan visto algunas cosas que creían que eran milagros, sin embargo, lo que hayan visto antes no podría ni siquiera compararse con este milagro!

La sanidad del paralítico en Marcos 2.1–12 no fue el único milagro de Jesús. Incluso si no incluimos ejemplos del conocimiento milagroso de Jesús o las cosas milagrosas que le sucedieron a Jesús, por ejemplo, la transfiguración y la resurrección, lo que se registra en el Evangelio de Marcos es impresionante. Además del milagro

del presente texto, Marcos contiene registros de la expulsión de espíritus inmundos (1.23–27; 3.11; 5.1–13; 7.25–30; 9.17–27), múltiples sanidades de aflicciones físicas (1.30–34, 40–42; 3.1–5, 10; 5.21–43; 6.54–56; 7.32–37; 8.22–25; 10.46–52), la alimentación de multitudes (6.30–44; 8.1–9), y ejemplos del control de Jesús sobre el mundo natural (6.48–51; 11.12–14, 20–22). Deberíamos estar impresionados tanto por la cantidad como por la variedad de milagros realizados por Jesús. Aquellos que presenciaron Sus milagros «se asombraron en gran manera» (6.51; 7.37; vea 5.42). «Y muy pronto se difundió su fama por toda la provincia alrededor de Galilea» a lo largo de Galilea (1.28), y las multitudes se reunieron para verlo. Su asombro ante el gran poder de Jesús los llevó a glorificar a Dios (2.12).

Los cuatro relatos del Evangelio enseñan que Jesús realizó milagros. Por lo tanto, tuvo que haber sido quien decía ser: ¡el Hijo de Dios! Tenemos que creer esta verdad si deseamos ser salvos (Jn 8.24).

Cuando pensamos en Jesús, tenemos que pensar en Él no solo como amoroso y tierno, sino también como poderoso. ¡El mismo Jesús que bendijo a los niños también expulsó a los cambistas del templo! El que fue adorado cuando era un bebé más adelante anduvo sobre el agua, multiplicó los panes y detuvo las tormentas.

La Biblia habla del poder de Dios diciendo: «... es poderoso para...». Por ejemplo, leemos que Él «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Ef 3.20). Él «puede salvar y perder» (Stg 4.12).

Como el divino hijo de Dios que es, Jesús —como Dios, Su Padre— tiene poder tanto para salvar como para destruir. Por esta razón, ¡lo que Jesús dice tiene que obedecerse! ¡Lo que Él manda, es lo que tenemos que hacer! Le desobedecemos a nuestro propio riesgo. El divino Hijo de Dios que

maldijo la higuera (Mr 11.13, 14, 20, 21) puede maldecirnos, y lo hará, si nos negamos a someternos a Su voluntad.

JESUS TUVO PODER PARA PERDONAR PECADOS

Cuando Jesús sanó al paralítico, como se registra en Marcos 2.1–12, primero dijo: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (2.5). ¿Por qué dijo tal cosa? La pregunta tiene dos respuestas. Primero, los judíos equiparaban la enfermedad con el pecado. A sus ojos, perdonar los pecados era equivalente a sanar una enfermedad. Jesús hizo ambas cosas a la vez: sanó la enfermedad y la pecaminosidad del paralítico, hablando en términos de conceder el perdón de pecados.

Segundo, Jesús estaba demostrando que tenía el poder de perdonar pecados. Los escribas pensaban que Jesús fue presuntuoso porque dijo que los pecados del hombre fueron perdonados. Estaban pensando: «¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios?»; lo que los llevó a creer que Jesús estaba blasfemando afirmando ser Dios (2.6, 7). Conociendo sus pensamientos, Jesús dijo que había perdonado los pecados del hombre para demostrar que Él, el «Hijo del Hombre», tenía «potestad en la tierra para perdonar pecados» (2.10). Él podía hacer lo que solo Dios podía hacer, y la sanidad del paralítico lo demostró.

Algunos han cuestionado si Jesús realmente afirmó ser Deidad o no. En esta ocasión, lo dejó claro.

¿Tiene Jesús todavía este poder? ¡Absolutamente! «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (He 13.8). Así como Él perdonó pecados durante Su ministerio personal, Él perdona los pecados hoy. De hecho, no hay perdón sin Cristo (Hch 4.12).

¿Cómo perdona pecados hoy? Para ser perdonados, para ser salvos, tenemos que creer (Hch 16.31), arrepentirnos (Lc 13.3; Hch 17.30), confesar nuestra fe (Ro 10.9, 10) y ser bautizados en agua para el perdón de los pecados (Mr 16.16; Hch 2.38).

Al decir que tenemos que cumplir con estos requisitos, ¿limitamos a Cristo? No, simplemente anunciamos las limitaciones que Él se ha puesto a Sí

Mismo. Compare la repartición que hace Cristo del perdón con la generosidad de un hombre rico. Un hombre rico puede regalar su dinero de la manera que quiera mientras viva, sin embargo, después de morir, sus riquezas se distribuyen de acuerdo con su testamento. Entonces, si soy el amigo de este hombre rico, este podría elegir darme diez mil dólares. Cuando muera, sin embargo, si no estoy en su testamento, no recibiré nada de él; e incluso si estoy en su testamento, no recibiré nada si no reúno las condiciones que él adjunta a mi herencia en ese testamento. De manera similar, mientras Jesús vivió, mientras anduvo por la tierra, pudo perdonar a las personas según escogió; sin embargo, hoy las riquezas de Su herencia, los tesoros de Su perdón y salvación, se reparte solo a aquellos que cumplen con las condiciones de Su «testamento»: el Nuevo Testamento. ¡Dictará lo que se tiene que creer, arrepentirnos, confesar y ser bautizados para ser perdonados por el poder de Cristo! Anunciar esas condiciones es simplemente repetir las condiciones o limitaciones que Cristo mismo colocó en la concesión de perdón en esta era del Nuevo Testamento.

CONCLUSIÓN

Solo podemos imaginarnos cómo se sintieron las personas cuando se beneficiaron de los poderes sanadores de Jesús, como en Marcos 2.1–12. Los cuatro amigos del paralítico seguramente se sintieron aliviados y llenos de alegría. Habían llevado a su amigo a Cristo con dificultad, demostrando considerable fe e iniciativa. Fueron recompensados con su sanidad espiritual y física. ¡Qué gozoso tuvo que haber estado el hombre sanado! Sin antes poder levantarse, moverse por su cuenta, ahora fue sanado, ¡y fue perdonado! Podemos compartir ese sentido de liberación con otros cuando traemos a nuestros amigos a Cristo.

Si usted jamás ha experimentado ese gozo y alivio, puede hacerlo si se vuelve a Cristo. Él tiene el poder de perdonar sus pecados y hacerle Su discípulo. Él le llevará a la iglesia y al reino de Dios, ¡y le hará parte de la familia de Dios! ¿Vendrá al Cristo poderoso?

Coy Roper

El Cristo inquisitivo

Jesús hizo preguntas mientras enseñaba. En Marcos 8.27–30, les hizo preguntas a Sus discípulos, que también exigen una respuesta personal de cada uno de nosotros. Jesús desea saber lo que pensamos de Él.

«¿QUIÉN DICE LAS PERSONAS QUE SOY YO?»

Mientras Jesús caminaba con Sus discípulos por la región de Cesarea de Filipo, les preguntó: «¿Quién dicen las personas que soy yo?» (8.27). Como de costumbre, había estado ocupado haciendo milagros y enseñandoles a Sus discípulos. Era hora de que Sus discípulos pensarán cuidadosamente acerca de quién era Él. Anteriormente, había dicho: «¿Cómo aún no entendéis?» (8.21), sugiriendo que debían haber entendido mas no lo hicieron. La pregunta, por lo tanto, podría haber tenido la intención de hacerles pensar más cuidadosamente en el significado de todo lo que le habían visto hacer y oído decir.

Ellos respondieron que algunos decían que Él era «Juan el Bautista», «Elías» o «uno de los profetas» (8.28; vea Mt 16.14; Lc. 9.19). Las respuestas fueron todas de elogio. Juan el Bautista era considerado como un genuino portavoz de Dios, y atrajo a grandes multitudes (vea Mr 1.5). A Elías se le consideraba el más grande de los profetas del Antiguo Testamento. Cuando la gente decía que Jesús podría ser «alguno de los profetas», reconocían que venía de Dios y hablaba por Dios. Aunque los israelitas a menudo se habían negado a escuchar a los profetas, los respetaban. Decir que Jesús era un profeta fue un gran elogio, sin embargo, fue inadecuado. Era más que un profeta.

Si Jesús preguntara hoy: «¿Quién piensa la gente que soy yo?», ¿qué respuestas podrían darse? Algunos en el mundo actual ignoran a Jesucristo y podrían simplemente responder: «No sé. ¿Quién es

Él?». Muchos de los que han oído hablar de Jesús, para responder honestamente, tendrían que decir: «No pienso en Él en absoluto». Estas formas de pensar deben alentar a los cristianos a tomar la resolución de trabajar y orar hasta que el nombre de Jesús sea conocido por todos.

Algunos le han acusado de ser un impostor y afirmar ser algo que no era. Otros ven a Jesús como un mero hombre, un maestro bueno y sabio, pero solo un ser humano. Como cristianos que somos, creemos que Jesús es mucho más.

«¿QUIÉN DECÍS QUE SOY?»

Jesús no estuvo satisfecho solo con escuchar lo que otros tenían que decir sobre Él. Le hizo a Sus discípulos otra pregunta: «¿Quién decís que soy?» (8.29).

Pedro respondió en nombre de los Doce, diciendo: «Tú eres el Cristo» (8.29). El relato más completo de Mateo sobre la respuesta de Pedro registra que Pedro dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mt 16.16). Pedro estaba confesando fe en Jesús como «el Cristo», el «Ungido» de Dios. Usó el equivalente griego de la palabra hebrea que conocemos como «Mesías». Los judíos habían esperado durante cientos de años la venida de un Rey ungido, el Mesías, el Cristo. Pedro estaba reconociendo a Jesús como ese Mesías.

Además, Pedro dijo que Jesús era «el Hijo del Dios viviente». ¡Identificó a Jesús como el Hijo divino de Dios! No era un simple hombre. Fue más que un gran rey. ¡Era Deidad, Dios en la carne!

Esta comprensión, esta creencia, acerca de Jesús fue fundamental para seguir a Cristo. Jesús dijo que Él edificaría Su iglesia sobre la confesión de esta fe (Mt 16.16–19). Solo el que crea en Su deidad puede ser salvo (Jn 8.24). La disposición a confesar tal fe es necesaria para la salvación (Mt 10.32, 33; Ro 10.9, 10). En el Nuevo Testamento, nadie podía

ser bautizado a menos que él o ella creyera que «Jesucristo es el Hijo de Dios» (Hch 8.36, 37).

Debido a que los apóstoles habían llegado a entender lo anterior, estaban en camino de convertirse en los hombres que Jesús deseaba que fueran, esto es, hombres que podrían continuar Su misión predicándole a todo el mundo después de que regresara al cielo. Pedro respondió a la pregunta de Jesús: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?» (Mr 8.29; vea Mt 16.15, 16; Lc 9.20) confesando: «Tú eres el Cristo». Por ello, Pedro fue bendecido y enseñado por Cristo.

CONCLUSIÓN

Jesús, en efecto, le está preguntando a usted: «¿Quién dice usted que soy yo?». A Él no le placen los debates académicos sobre quién es Él, y desea que usted se comprometa con una fe genuina en Él.

Al formular su respuesta, considere la evidencia. Hay buenas razones para creer que Jesús es el Hijo de Dios, tal como lo confesó Pedro. Él sangró y murió en la cruz para salvarnos de nuestros pecados (vea Mt 26.28). Además, considere las consecuencias. Con creer en Jesús, usted puede ser salvo y bendecido por Él, al igual que Jesús pronunció una bendición sobre Pedro después de su confesión (Mt 16.17). La consecuencia de no creer en Jesús es que usted se niega la oportunidad de ser salvo. Jesús dijo: «... el que no creyere, será condenado» (Mr 16.16).

Si usted cree en Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios, actúe sobre esa creencia. Jesús desea

que responda a su conocimiento y creencia con obediencia. No es suficiente entender quién es Él o simplemente confesar su fe. Jesús dijo: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt 7.21; vea Lc 6.46). Si usted realmente cree en Jesús, querrá dejar el pecado («arrepentirte»; Hch 3.19) y ser bautizado en Cristo para que sus pecados sean lavados (Hch 22.16).

Creer en Jesús marcará una diferencia en su vida. Como cristiano que es, debe vivir de manera diferente a la gente del mundo. A menos que la fe sea exhibida mediante la obediencia y las buenas obras, es «muerta» e inútil (Stg 2.14–26). El tipo de fe que salva es la fe que obra, la fe que hace algo, la fe que actúa, la fe que obedece, la fe que funciona por medio del amor (Gá 5.6).

Su fe en Jesús debería motivarle a contarles a otros acerca del Cristo en quien cree, el Hijo del Dios viviente. Cuando Pedro confesó su fe en Jesús como el Hijo de Dios, recibió instrucciones de no decírselo a nadie. Las instrucciones de Cristo han cambiado. Ahora nos dice: «¡Díganles a todos!». Los cristianos del siglo primero estaban tan entusiasmados con su nueva fe que fueron a todas partes predicando la Palabra (Hch 8.4). Eso es lo que debemos hacer. No solo debemos obedecer personalmente a Jesucristo, también debemos proclamar Su deidad para que otros puedan obedecerle y ser salvos.

Coy Roper

El rey paradójico

Una «paradoja» es una afirmación que parece contradictoria o imposible, sin embargo, es cierta. Algunas de las explicaciones sobre Cristo y Su reino son paradójicas. Marcos 9 revela algunos hechos inesperados, sorprendentes y aparentemente contradictorios sobre el reino de Cristo.

PARA ESTABLECER EL REINO, EL REY TENÍA QUE MORIR

Una paradoja es que el reino vendría con poder, sin embargo, solo después de que el rey hubiera muerto. Marcos 9 comienza con el bienvenido anuncio de que el reino pronto vendrá «con poder». Jesús estaba anunciando el comienzo del reino, la iglesia, en el día de Pentecostés después de Su resurrección.

Jesús luego se transfiguró en Marcos 9.2–8. El evento confirmó la idea de que el reino vendría con poder. Después de todo, el Rey había sido revelado como el glorioso, el Hijo único de Dios, ¡aquel por el que Dios habló!

La conversación que siguió a esta ocurrencia parece extraña y paradójica. Según Marcos 9.9, Jesús «les mandó que a nadie dijeren lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos». ¡El Rey moriría y resucitaría! Los tres apóstoles que habían presenciado la transfiguración (Pedro, Jacobo y Juan) no entendieron a qué se refirió Jesús cuando habló de Su resurrección (9.10, 30–32).

¿Por qué no entendieron los apóstoles? No entendían cómo el glorioso reino podía ser gobernado por un Rey que podía ser muerto. ¿Cómo podría Jesús ser un Mesías crucificado? Escapaba a la comprensión de ellos. Su problema para comprenderlo fue compartido por los demás judíos, a saber: esperaban un reino terrenal. ¡Un rey muerto no puede llevar a un ejército terrenal a una victoria terrenal!

El reino poderoso de Jesús vino, no a pesar de Su muerte y resurrección, sino a causa de ello. Con Su muerte Él expió el pecado (1ª Jn 2.2) y derrotó al diablo (He 2.14); con Su resurrección, venció la muerte, demostró ser el Hijo divino de Dios (Ro 1.4) y proporcionó un camino para que todos Sus seguidores vencieran la muerte (vea 1ª Co 15.20). No parecía posible, sin embargo, el Jesús crucificado se convirtió en el poderoso Rey del reino de Dios, haciendo posible el triunfo sobre el pecado, la muerte y el infierno.

LA GENTE EN EL REINO PUEDE CREER Y AUN ASÍ NO CREER LO SUFICIENTE

Una segunda paradoja es que las personas en el reino pueden creer y aun así no creer. Marcos 9.14–29 dice que Jesús expulsó un demonio de un niño. Este espíritu maligno evitaba que el niño hablara (9.17, 25) y le causaba otros tipos de dolor y angustia. (Vea 9.18, 20, 22, 26.) El padre del niño lo había llevado a los discípulos de Jesús, sin embargo, no pudieron expulsarlo. Luego le pidió a Jesús que expulsara el espíritu maligno y le dijo: «... si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos». Jesús le dijo: «... al que cree todo le es posible». A menudo, los que están en el reino pueden identificarse con la respuesta del padre. Él clamó: «Creo; ayuda mi incredulidad» (9.22–24).

¿Cómo podemos entender esa paradoja? ¡El padre creía, sin embargo, no creía! Si no hubiera creído, no habría traído a su hijo a Jesús para ser sanado en primer lugar; sin embargo, se daba cuenta de que no creía tanto como quería. Hay grados de fe. Jesús reprendió a Sus discípulos diciéndoles: «... hombres de poca fe» (Mt 6.30; vea 8.26; 14.31; 16.8; Lc 12.28). Llamó la atención a la «tanta» fe de los demás y habló de tener «fe como un grano de mostaza» (Mt 8.10; 17.20). No hay

nada de malo en desear más fe. Así como un niño tiene que seguir creciendo, también tenemos que tratar de crecer en la fe. Cuando estamos enfermos o desanimados, cuando tenemos problemas, puede ser difícil creer que todo saldrá bien. Oremos entonces: «Señor, yo creo [en Ti y en Tu poder]; ¡ayuda mi incredulidad!».

PARA SER GRANDES EN EL REINO, TENEMOS QUE SERVIRLES A LOS DEMÁS

Quizás la paradoja más obvia es la enseñanza de Jesús que dice que para ser grandes dentro del reino, tenemos que servirles a los demás. Marcos 9.33–37 constituye una paradoja, a saber: Para ser el primero, tenemos que ponernos de último. La enseñanza confundía a los discípulos de Jesús. En los reinos terrenales, las personas luchan por más autoridad; sin embargo, Jesús dijo que Sus seguidores han de servir.

Muy a menudo dejamos que nos gobiernen las normas del mundo. Buscamos la prominencia; queremos ser reconocidos. En la iglesia, hay personas, como Diótrefes, a las que les gusta «el primer lugar» (3ª Jn 9). ¿Qué enseñó Jesús? Él prometió un tipo diferente de grandeza (vea Ap 2.26; 3.21). Para alcanzar esta grandeza en el reino de Dios, tenemos que estar dispuestos a tomar la posición más baja, para servirles a los demás. El camino hacia arriba es hacia abajo. Cada cristiano debe tener la actitud de siervo y estar dispuesto a hacer cualquier trabajo que deba hacer sin preocuparse por recibir las gracias por hacerlo. Nuestro servicio será recompensado por Dios en el cielo, sea o no reconocido o recompensado por las personas que nos rodean.

PARA PROSPERAR EN EL REINO, TENEMOS QUE RENUNCIAR A ALGUNAS COSAS

Una cuarta paradoja que se encuentra en Marcos 9 es la afirmación extrema de que cualquiera que desee obtener todos los beneficios del reino tiene que estar dispuesto a renunciar a algunas cosas. Jesús sin duda estaba siendo intencionalmente paradójico en Marcos 9.42–50 cuando habló de cortarse una mano o un pie o sacarse un ojo si causaba que la persona pecara. Estaba enfatizando que Su reino no es de esta tierra. Sabía que las manos, los pies y los ojos no hacen que las personas tropiecen; el problema es siempre el corazón. Jesús usó este lenguaje para ilustrar que se tiene que renunciar a todo lo que hace que una persona «tropiece».

Como miembros del reino espiritual de Dios, es posible que tengamos que renunciar a preciosas amistades, posesiones o pasatiempos que nos tientan a pecar o alejarnos de las reuniones de adoración y la obra de la iglesia. Es posible que tengamos que renunciar a algunas cosas que nos son queridas para cumplir nuestros roles en el reino de Dios.

CONCLUSIÓN

El reino de Dios es diferente a cualquier otro reino. ¡Tenemos un rey que fue crucificado y se levantó de entre los muertos! El grado de nuestra fe en Él determina hasta qué punto podemos ser bendecidos por nuestro Rey. El camino para llegar a ser grande en Su reino es servirles a los demás. Ese reino es tan valioso que vale la pena renunciar a todo por ser parte de él.

Coy Roper

El Cristo amoroso

El relato del Evangelio de Juan nos dice que Jesús amó a «Marta, a su hermana y a Lázaro» (11.5), que amó a Sus discípulos (13.1, 34; 15.9, 12), y que amó al apóstol Juan (13.23; 19.26; 21.7; 21.20). Él ama a todos aquellos que obedecen Sus mandamientos (14.21). Las epístolas también testifican del amor de Cristo por nosotros. Pablo escribió que «somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (Ro 8.37). En otra carta dijo: «... mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me *amó* y se entregó a sí mismo por mí» (Gá 2.20b, énfasis nuestro; vea Ef 5.2, 25). Juan escribió: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros» (1ª Jn 3.16). Su disposición a morir en la cruz para salvar a los pecadores es la prueba definitiva de Su amor por nosotros.

El hecho de que Jesús condescendiera a venir a la tierra, renunciando temporalmente a Su «[igualdad] a Dios» (Fil 2.5–10), muestra Su amor por la humanidad. Su compasión por los necesitados ejemplificó Su amor por la humanidad (vea, por ejemplo, Mt 9.36; Lc 7.13). El dolor que Jesús expresó con respecto a la ciudad de Jerusalén, que le había rechazado a pesar del amor que había mostrado a las personas allí (Mt 23.37), prueba Su naturaleza amorosa.

UNA ILUSTRACIÓN DE SU AMOR

Centrémonos en una ilustración del amor de Jesús en Marcos 10.17–27. Jesús fue abordado por un hombre que a menudo se le conoce como «el joven rico» (vea Mt 19.16–30; Lc 18.18–30). Leemos: «Entonces Jesús, mirándole, le amó» (Mr 10.21). La NLT consigna «le amó genuinamente». La NASB consigna: «Mirándole, Jesús sintió amor por él». El amor de Jesús por este joven puede ayudarnos a comprender qué es el amor.

¿Por qué amó Jesús a este hombre que se le

acercó para hacerle una pregunta? Podríamos pensar que era alguien fácil de amar; tenía cualidades admirables. Estaba entusiasmado, y ansiosamente vino «corriendo» para obtener ayuda de Jesús (10.17). Fue respetuoso; se «[hincó] delante de» Jesús (10.17). Reconoció la bondad de Jesús y reconoció Su autoridad, dirigiéndose a Él como «Maestro bueno» (10.17). Era un judío respetuoso de la ley que había guardado los Diez Mandamientos «desde [su] juventud» (10.20). Además de ser joven y tener vitalidad, era un principal y era rico. Tendemos a admirar a las personas que son ricas e influyentes, especialmente si alcanzan ese estatus temprano en la vida.

Sin embargo, la característica más impresionante de este hombre fue su deseo de vida eterna. Le preguntó a Jesús: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» (10.17). Estaba buscando ayuda de la fuente correcta, Jesús. Demasiadas personas que sienten un vacío espiritual tratan de llenarlo de una manera incorrecta. Este hombre rico y joven sabía quién tendría las respuestas correctas, y se volvió a Él.

Mirando al joven con amor, Jesús le dio tres instrucciones: «Vende todo lo que tienes»; «dalo a los pobres» y «ven, sígueme». A continuación, encontramos una de las declaraciones más tristes registradas en los relatos del Evangelio: «Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones» (10.22). Jesús dijo que «difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas» (10.23).

¿Por qué hizo Jesús tan difíciles exigencias? Para Jesús, el amor requería pedirle al ser querido lo mejor para él. Jesús miró el corazón del rico y joven principal y vio que, aunque era un buen hombre, amaba más sus posesiones de lo que amaba a Dios. Sabiendo que las riquezas le impedían estar bien con Dios, Jesús le dijo que vendiera lo que tenía,

diera los beneficios a los pobres y le siguiera. Si el joven gobernante lograba deshacerse del obstáculo de las grandes posesiones, sería libre de amar al Señor por completo (12.29, 30).

Podríamos pensar que Jesús estaba pidiendo demasiado, sin embargo, le dio esta instrucción al hombre porque le amaba. Requerir de alguien lo que necesita hacer para ser bendecido constituye una demostración de amor.

CÓMO IMITAR SU AMOR

¿Qué nos enseña la respuesta de Jesús al joven y rico principal acerca de amar a los demás? Puesto que debemos amar a los demás como Jesús nos amó, nuestro amor debería hacer que esperemos que otros den lo mejor de sí tomando en cuenta la eternidad.

Como padres, insistiremos en que nuestros hijos trabajen, cumplan con sus responsabilidades y hagan lo mejor que puedan en lo que emprendan. Sobre todo, debemos enseñarles a nuestros hijos el camino del Señor y disciplinarlos cuando sea necesario (Ef 6.4). Seguiremos el ejemplo de Dios, el Padre ideal (He 12.6).

Del mismo modo, en la iglesia, hemos de exhortarnos y alentarnos unos a otros a hacer lo correcto (He 3.12, 13). Al enseñar y aprender unos de otros, podemos llegar a conocer «más exactamente el camino de Dios» (Hch 18.26). Puede que necesitemos «[redarguir], [reprender], [y] [exhortar] con toda paciencia y doctrina» (2ª Ti 4.2). En amor, «[sobrellevaremos] las cargas de los otros» (Gá 6.2); y si alguien se extravía, trataremos de restaurarle (Gá 6.1; Stg 5.19, 20). Oraremos el

uno por el otro (Stg 5.16). Todo lo haremos si nos amamos unos a otros como Jesús nos amó.

Cuando se nos amonesta, debemos recordar que el cristiano que nos desafía a ser mejores lo hace por amor. Ese hermano o hermana desea lo mejor para nosotros, al igual que Jesús deseó lo mejor para el joven rico.

Si aplicamos el significado de amor sugerido por Marcos 10.21 a nuestras relaciones con nuestros amigos, entonces nuestro amor por ellos hará que siempre hagamos lo mejor por ellos. Les ayudaremos y alentaremos en todo lo que sea bueno, instándoles a que se abstengan de comportarse de manera incorrecta o perjudicial. Buscaremos su bien eterno enseñándoles el evangelio y animándoles a hacerse cristianos. Puede que primero tengamos que ayudarles a darse cuenta de que necesitan a Cristo como su Salvador. Podrían ser como el joven principal y regresar tristes; puede que incluso piensen que estamos entrometiéndonos si les hablamos acerca de sus almas. No obstante, tenemos que seguir los pasos de nuestro amoroso Maestro diciéndoles qué deben hacer para tener la vida eterna.

CONCLUSIÓN

Para ser bendecido por Jesús, usted tiene que hacer lo que el rico y joven principal se negó a hacer, a saber: deshacerse de lo que se interponga entre usted y Dios. Si usted se somete a Sus mandamientos y se hace cristiano, Él le bendecirá abundantemente en esta vida y le dará «vida eterna» (10.30).

Coy Roper

(Viene de la página 2)

se deduce que no debemos tener nada que ver con los dioses falsos que el hombre ha creado. En vista de que solo hay un cuerpo, una iglesia (Ef 4.4), se deduce que debemos buscar vivir y formar parte de ese cuerpo, esa iglesia. En vista de que Jesús es el Hijo de Dios, tenemos que entender que todo lo que Él nos ha dicho es verdadero; y tenemos que estar dispuestos a reposar nuestras vidas en Sus palabras. Como el Hijo de Dios que es, Jesús pronto dejaría Su vida terrenal y resucitaría luego de entre los muertos. Su resurrección sería tan poderosa en confirmar Su identidad y Su papel redentor en el plan de Dios que haría que la transfiguración fuera comprensible para los apóstoles que la habían presenciado. Entonces la reconocerían como uno de los eventos más significativos de todos los tiempos.

3. Otra parte de la verdad que Jesús estaba insinuando era que *los apóstoles tenían que enfrentar la fiabilidad de la verdad*. La verdad confirmada quedaría inexpugnable para siempre. Con el testimonio que se dio en el monte con respecto a la deidad de Jesús, mediante la gloriosa transfiguración, la conversación que trasciende el tiempo y la identificación celestial, esa verdad no puede ser manchada. La fiabilidad de la verdad en cuanto a que Jesús es el Hijo de Dios puede soportar el peso de nuestras vidas espirituales. De hecho, resistirá todos los dardos del maligno, todas las acusaciones, insinuaciones y argumentos falsos de los enemigos de la verdad.

Jesús les dijo a los tres apóstoles que Él sufriría el mismo destino que Juan (9.12, 13). «En vista de que Juan vino a predicar la verdad sobre Mí y le persiguieron», estaba diciendo Jesús, «ustedes saben que también me perseguirán a mí cuando predique

el mensaje entre el pueblo. De hecho, sufriré muchas cosas y seré tratado con desprecio». Sin embargo, cuando estas cosas sucedieran, Sus seguidores podrían sostenerse recordando la fidelidad de la verdad de la unidad de Jesús con Dios. Ni siquiera la crucifixión de Jesús destruyó la verdad; la mejoró. La verdad, una vez probada, ocupa su lugar para siempre.

Conclusión: La verdad de que Jesús es el Hijo de Dios es el don más maravilloso que el Espíritu Santo nos ha dado. De hecho, tiene un poder que tiene que manejarse de manera cuidadosa. Tiene repercusiones que nos dan una luz resplandeciente de orientación. Tiene una fidelidad que nos sostendrá cuando caigamos en las garras de la controversia y la muerte. Esta verdad de Dios, como un amigo, nos saca de la confusión y la desesperación hacia la paz, la confianza y la esperanza eterna.

Jesús oró a Dios con respecto a Sus apóstoles, diciendo: «Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad» (Jn 17.17). Pedro escribió:

Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre (1ª P 1.22, 23).

Pablo enseñó: «Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1ª Ti 2.3, 4).

Pregúntele a su corazón, como le pregunto a mí, «¿Dónde estoy en relación con la verdad que Cristo nos ha dado? ¿Veo su poder, sus repercusiones y su fidelidad?».

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).